



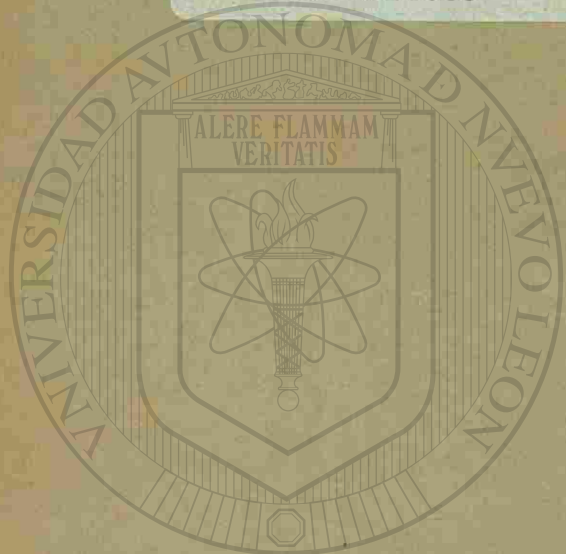
COMPASSA

LEVIER
MILON

RAIL
PQ2349
V58



1020026663

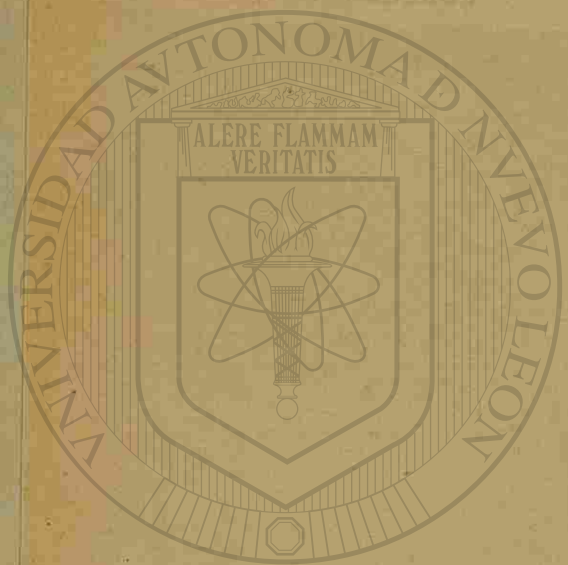


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





OBRAS COMPLETAS
DE
GUY DE MAUPASSANT
(EDICIÓN ILUSTRADA)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

N
Núm. Clas. M45312
Núm. Autor 30530
Núm. Adg. -8-
Procedencia 13
Precio _____
Fecha _____
Clasificó cy
Catalogó _____

Obras completas de Guy de Maupassant.

Versión castellana de F. R. Contreras.

EL VIEJO MILON

(Dibujos de Ch. Huard, grabados en madera por Lemoine.)

La traducción y las ilustraciones de estos libros pertenecen a D. Luis Ruiz y Contreras y nadie podrá, sin su permiso, reproducirlas. Derechos reservados, conforme a un contrato celebrado con Mr. Ollendorff, de París, editor de las Œuvres complètes illustrées de Guy de Maupassant.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO" N.º 123
1919. 1925. MONTERREY, MEXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS 1906 85900

“Ediciones literarias y artísticas,”

Oficinas: 140, calle de Alcalá, Madrid.

30590

843
M.

PQ 2349

V 55

86



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Madrid. Año de 1906. Imprenta
de Antonio Marzo, San Her-
menegildo, 32 dupdo, Tel. 1.977



EL VIEJO MILÓN

HACE ya un mes que derrama el sol su lumbre abrasadora sobre los campos. La vida radiante estalla bajo esta avalancha de fuego; la tierra, verde hasta perderse de vista, confunde su color, allá en los límites del horizonte, con el azul del cielo. Las granjas normandas, esparcidas por el valle, parecen á lo lejos bosquecillos encerrados en su cinturón de erguidas ayas; de cerca, cuando la car-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Mód. 1025 MONTECARMEL

comida cancela se abre, creeríase ver un gigantesco jardín; todos los manzanos, huesudos como sus dueños los campesinos, están en flor. Los viejos troncos negros, atestados de nudos, retorcidos, en línea en el corral, ostentan bajo el cielo sus brillantes copas rosa y blanco. El suave aroma que de ellos se desprende mézclase con el penetrante olor de los establos vecinos y con los vapores del estiércol en fermentación, que picotean las gallinas.

Son las doce de la mañana. La familia, compuesta de padre, madre, cuatro hijos, dos criadas y tres criados, come á la sombra del peral que crece delante de la puerta. No hablan. Engúllense la sopa, y en seguida se disponen á hacer lo propio con un guisado de carne con tocino. De cuando en cuando, una de las criadas se levanta y va á la bodega á llenar el jarro de sidra.

El cabeza de familia, hombre de cuarenta años, contempla una parra que extiende sus vástagos á lo largo de la pared, bajo las ventanas, retorciéndose como una serpiente.

Y dice:

—La parra del viejo brota pronto este año. Tal vez dé fruto.

La mujer también se vuelve y mira, sin decir una palabra.

La parra de que vamos hablando estaba plantada justamente en el lugar en que el viejo fuera fusilado.

* * *

Ocurrió lo que referiremos, durante la guerra de 1870. Los prusianos ocupaban toda la comarca. El general Faidherbe, con el ejército del Norte, hacíales frente.

El Estado Mayor prusiano se alojó en aquella granja. El viejo Pedro Milón, su dueño, los recibió é instaló en ella como mejor pudo.

Hacia un mes que la vanguardia alemana se hallaba en observación en el pueblo. Los franceses permanecían inmóviles á diez leguas de distancia; y, sin embargo, algunos hulanos desaparecían todas las noches.

Si los soldados que hacían la descubierta, ó los que formaban las rondas volantes, no pasaban de dos ó tres, nunca regresaban.

Por la mañana encontrábaseles muertos en el campo, junto á una cerca ó en una zanja. Sus ca-

balgaduras yacían asimismo á lo largo de los caminos, degolladas de una cuchillada.

Todas estas muertes parecían hechas por una misma persona, con la cual no podía darse.

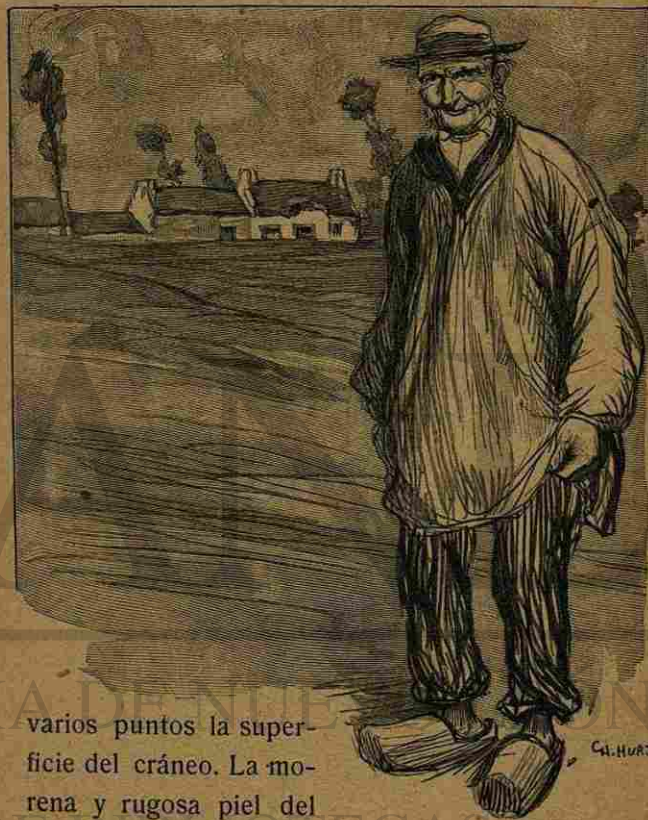
La comarca vióse invadida por el terror. Algunos aldeanos fueron fusilados á consecuencia de una simple denuncia; prendióse á varias mujeres, y se trató de obtener, por miedo, revelaciones de los niños. Pero no se descubrió nada.

Mas he aquí que una mañana apareció el viejo Milón tendido en su cuadra con una cortadura en el rostro.

Dos hulanos asesinados fueron encontrados á tres kilómetros de la granja. Uno de ellos tenía aún en la mano su sable ensangrentado, lo cual era una prueba de que se había defendido.

Constituyóse inmediatamente el Consejo de guerra, y, al aire libre, delante de la granja, se hizo comparecer al viejo Milón.

Contaba éste sesenta y ocho años. Era de corta estatura, delgado, algo giboso, y tenía unas manos enormes, parecidas á las pinzas de un cangrejo de mar. Sus cabellos lacios, ralos y finos como el plumón de un joven pato, dejaban al descubierto en



varios puntos la superficie del cráneo. La morena y rugosa piel del cuello presentaba gruesas venas, que se escondían bajo las mandíbulas para reaparecer en las sienas. Pasaba en la comarca por hombre avaro y exigente

en los negocios. Colocáronle de pie entre cuatro soldados, delante de la mesa de la cocina, que se había sacado fuera. Cinco oficiales y el coronel sentáronsele enfrente.

El coronel le dijo en francés:

—Abuelo Milón, desde que estamos aquí no nos ha dado usted motivos sino para alabarle, y ha sido usted complaciente y aun atento con nosotros. Pero una acusación terrible pesa hoy sobre usted, y es necesario que la luz se haga. ¿Cómo ha recibido usted la herida que tiene en el semblante?

El lugareño nada dijo.

El coronel agregó:

—Abuelo Milón, su silencio le condena á usted. Pero deseo que me conteste, ¿oye? ¿Sabe usted quién ha dado muerte á los dos hulanos esta mañana recogidos junto al Calvario?

El viejo articuló claramente:

—Yo he sido.

El coronel, asómbrado, calló un segundo, mirando con fijeza al prisionero. El anciano permanecía impassible, con su embrutecido aire de aldeano, baja la mirada, cual si hubiese estado hablando con el cura del lugar. Sólo por un detalle se adivinaba su

turbación interior: el viejo tragaba saliva á cada instante con un visible esfuerzo, cual si le hubiesen oprimido la garganta.

La familia del anciano, su hijo Juan, su nuera y sus dos nietecillos, estaban á diez pasos de él, á su espalda, y presenciaban la escena asustados, llenos de consternación.

El coronel siguió diciendo:

—¿Sabe usted también quién ha asesinado á los exploradores de nuestro ejército cuyos cadáveres se vienen hallando en el campo desde hace un mes?

—Yo he sido.

—¿Usted los mató á todos?

—Sí; á todos; yo he sido.

—¿Usted solo?

—Yo solo.

—Dígame usted cómo lo efectuaba.

El viejo dió entonces muestras de alterarse; la necesidad de hablar largo rato le molestaba visiblemente. Balbuceó:

—Eso yo me lo sé. Me las apañaba como podía.

—Prevengo á usted—replicó el coronel—que forzosamente me lo ha de decir todo. Por lo tanto,

bueno será que se decida al punto. ¿Cómo empezó usted?

El anciano dirigió una inquieta mirada á su familia. Vaciló un momento aún; de repente se decidió:

—Regresaba yo á la granja una noche, á eso de las diez, al día siguiente de llegar ustedes aquí. Usted y sus soldados me habían arrebatado por valor de cincuenta escudos de forraje, y, además, una vaca y dos carneros. Y me dije: «Tantas cuantas veces me quiten veinte escudos, otras tantas me los he de cobrar con creces.» Y tenía también otras cosas, ya le diré cuáles, aquí, en el corazón. En esto distingo un hulano que fumaba tranquilamente su pipa recostado en la empalizada de mi granja. Fui en busca de mi hoz y me coloqué detrás del soldado, con tanto silencio que nada debió oír. Y le corté la cabeza de un golpe, de uno solo, como si hubiera sido una espiga; ni siquiera tuvo tiempo de decir ¡ay! Puede usted buscar el cadáver en el fondo del estanque; le encontrará seguramente dentro de un saco ennegrecido por el carbón, en compañía de una piedra de la cerca.

Yo tenía un pensamiento. Despojé al prusiano de todos sus vestidos, desde las botas hasta la gorra,

y los oculté en el horno de yeso del tío Martín, al otro lado del patio.

Callóse el viejo. Los oficiales se miraban sobrecogidos. Reanudado el interrogatorio, supieron lo siguiente:



*
*
*

Perpetrado este asesinato, el viejo ya sólo tuvo una idea: «¡Matar prusianos!» Aborrecedores con un odio disimulado y feroz, y como aldeano codicioso y patriota al propio tiempo. Tenía su idea, según decía él. Esperó algunos días.

Dejábanle los prusianos en libertad de ir y venir, de entrar y salir cuando le acomodase, en gracia á su humildad con los vencedores, para quienes siem-

pre fué solícito y complaciente. Todas las tardes veía partir á los correos de campaña; él salió también una noche, luego de enterarse del nombre del pueblo á donde iban, y cuando hubo aprendido las pocas palabras de alemán que en su concepto necesitaba.

Echóse fuera del patio de la granja; se deslizó en el bosque; llegó al horno de yeso y, penetrando en el fondo de la galería, púsose el uniforme del muerto, que encontró donde lo dejara.

Después vagó por la campiña, siguiendo agachado, á fin de no ser visto, la orilla de los taludes, listo el oído é inquieto como un malhechor.

Cuando le pareció llegado el momento oportuno, acercóse al camino y se ocultó en un matorral. Y allí continuó esperando. Por fin, á eso de media noche, resonó en el duro suelo de la vereda el galope de un caballo. El viejo pegó el oído contra la tierra para cerciorarse de que el jinete se aproximaba, y hecho esto se preparó.

Acercábase el hulano al trote largo. Llevaba despachos urgentes, y caminaba con el oído avisado y despierta la vista. En cuanto le tuvo á unos diez pasos, el viejo Milón se arrastró por el sendero,



gritando: «¡Hilfe! ¡Hilfe! ¡Socorro! Socorro!» El jinete se detuvo; reconoció en el viejo un alemán desmontado; creyóle herido, y, echando pie á tierra, se aproximó sin la menor sospecha á él; y cuando se inclinaba para auxiliar á aquel desconocido, recibió en medio del vientre la encorvada y ancha hoja de un sable. Se desplomó sin agonía, sacudido únicamente por las postreras convulsiones de la hora suprema.

Radiante de alegría el aldeano se irguió al momento, y por puro placer cortó la cabeza al cadáver. Luego lo arrastró á la zanja del camino y le arrojó en ella.

El caballo esperaba tranquilamente á su dueño. El viejo Milón montó en él y le hizo galopar á través de la llanura.

Al cabo de una hora distinguió dos hulanos que regresaban juntos al cuartel. Dirigióse á ellos, gritando como antes: «*Hilfe! Hilfe!*» Los prusianos, reconociendo el uniforme, dejáronle acercarse sin la menor desconfianza, y no tardó el viejo en pasar entre ellos como una bala, dando muerte al uno de un sablazo y á su compañero de un tiro de revólver.

Luego degolló los caballos, ¡caballos alemanes! En seguida regresó al horno de yeso, ocultando en él su cabalgadura; despojóse de los vestidos, que dejó también allí, púsose sus guñapos de pordio-sero, y, yéndose á la cama, durmió tranquilamente hasta bien entrado el día.

Cuatro pasó sin salir, esperando el resultado de la información que se abrió al encontrar los cadáveres; pero al quinto día hizo una escapada y dió muerte á otros dos soldados con ayuda de la misma

estratagema. Y ya no se contuvo desde entonces. Todas las noches vagaba por la campiña matando alemanes, tan pronto aquí como allí, merodeando á la ventura, galopando á la luz de la luna por senderos desiertos, como un hulanó consagrado á la caza de hombres. Concluída su tarea, que dejaba tras de él una sangrienta hilera de cadáveres sembrados á lo largo de los caminos, el viejo jinete ocultaba el caballo y el uniforme en el fondo de la oscura galería del horno de yeso.

A eso de las doce de la mañana, con la mayor tranquilidad, encaminábase á ella, llevando al animal su ración de avena y agua, abundantes hasta la profusión, pues, por tener que exigir de él un trabajo duro y constante, cuidábale con esmero.

Y aconteció que un día uno de los hulanos atacados se defendió, cortando de un sablazo la cara del viejo, que, á pesar de todo, le dió muerte. Pero cuando fué como de costumbre á ocultar el caballo y á cambiar el uniforme por su traje habitual, le acometió tal debilidad que, no pudiendo llegar á la granja, hubo de arrastrarse hasta la cuadra que la precedía.

Y allí le encontraron ensangrentado sobre un montón de paja...

*
**

Cuando terminó su relato, el viejo levantó súbitamente la cabeza y miró con altanería á los oficiales prusianos.

El coronel, que se retorció en aquel momento el bigote, le preguntó:

—¿No tiene usted nada más que decir?

—Nada más; está la cuenta exacta; he despedido diez y seis; ni uno más ni uno menos.

—¿Sabe usted que va á morir?

—No les he pedido perdón.

—¿Ha sido usted soldado?

—Sí. Me batí en campaña hace ya tiempo. Además, ustedes mataron á mi padre, que servía á las órdenes de Napoleón I, y también á mi hijo menor, Francisco, el mes pasado, cerca de Evreux. Me la debían ustedes, y me han pagado. Ahora estamos en paz.

Los oficiales se miraban.

El viejo prosiguió:

—Ocho por mi padre y ocho por mi hijo. Esta-

mos en paz. Yo no les busqué á ustedes camorra. ¡No les conocía! Ni siquiera sé de dónde vienen. Están aquí en mi casa, y mandan cual si se encontrasen en la suya. Me he vengado en los otros. Y no me arrepiento.

Enderezando el busto, encorvado por la anquilosis, el viejo Milón cruzó al decir esto los brazos, adoptando una postura de héroe humilde.

Los prusianos hablaron en voz baja largo rato. Un capitán, que también había perdido su hijo el mes anterior, defendía á aquel magnánimo pordiosero.

De repente, el coronel se levantó y, acercándose al anciano, díjole en voz baja:

—Escuche usted, abuelo; tal vez haya un medio de salvar su vida: ese medio es...

Pero el viejo Milón no quiso oírle, y, fija la vista en el oficial vencedor, mientras el viento agitaba los escasos y desgredados pelos de su cabeza, hizo un gesto espantoso que crispó su enflaquecido semblante, partido por el sablazo, y, arqueando el pecho, escupió con toda su fuerza al prusiano en pleno rostro.

Enloquecido, el coronel alzó la mano; el viejo le escupió nuevamente.

Todos los oficiales se habían levantado y daban órdenes al mismo tiempo.

En menos de un minuto, el anciano, impasible siempre, fué empujado contra la pared y fusilado, no sin enviar sonrisas á su hijo Juan, á su nuera y á los dos niños, que contemplaban aquella escena con ojos extraviados.



UNA NOCHE DE PRIMAVERA

JUANA iba á casarse con su primo Santiago. Conocíanse desde niños, y el amor no tomaba entre ellos las ceremoniosas formas que conserva generalmente en el mundo. Se habían criado juntos, sin sospechar que se amaban. La moza, algo coqueta, hacía, sí, algunas monadas inocentes al joven; encontrábase apuesto y buen muchacho, y cuando le veía, después de una ausencia, le abrazaba de la mejor gana, pero sin estremecerse, sin ese espasmo que parece arrugar la carne desde la punta de las manos hasta el extremo de los pies.

Él, por su parte, se decía sencillamente: «Mi prima es muy linda»; y pensaba en ella con esa especie de ternura instintiva que de ordinario siente el hombre por una hermosa muchacha. Sus reflexiones no iban más lejos.

Todos los oficiales se habían levantado y daban órdenes al mismo tiempo.

En menos de un minuto, el anciano, impasible siempre, fué empujado contra la pared y fusilado, no sin enviar sonrisas á su hijo Juan, á su nuera y á los dos niños, que contemplaban aquella escena con ojos extraviados.



UNA NOCHE DE PRIMAVERA

JUANA iba á casarse con su primo Santiago. Conocíanse desde niños, y el amor no tomaba entre ellos las ceremoniosas formas que conserva generalmente en el mundo. Se habían criado juntos, sin sospechar que se amaban. La moza, algo coqueta, hacía, sí, algunas monadas inocentes al joven; encontrábase apuesto y buen muchacho, y cuando le veía, después de una ausencia, le abrazaba de la mejor gana, pero sin estremecerse, sin ese espasmo que parece arrugar la carne desde la punta de las manos hasta el extremo de los pies.

Él, por su parte, se decía sencillamente: «Mi prima es muy linda»; y pensaba en ella con esa especie de ternura instintiva que de ordinario siente el hombre por una hermosa muchacha. Sus reflexiones no iban más lejos.

De pronto, he aquí que un día Juana oyó casualmente cómo su madre decía á su tía (á su tía Alberta, porque su tía Lisón permanecía soltera): «Te aseguro que esos muchachos se amarán inmediatamente: se ve bien claro. Y, por mi parte, confíesote que Santiago es el yerno que soñé.»

Y en seguida Juana adoró á su primo Santiago. Y se ruborizó al verle, temblando su mano en las manos del joven; bajó los ojos al encontrar su mirada, é hizo remilgos para dejarse abrazar por él; de manera que Santiago no tardó en ver claro dentro de su prima. Había comprendido, y en un impulso, en que había tanta vanidad satisfecha como afecto real, había rodeado con sus brazos á la doncella, murmurando á su oído: «¡Te amo, te amo!»

Desde entonces todo fueron mimos, galanterías y demás; un despilfarro de aquellas manifestaciones amorosas que su pasada intimidad emitía sin vacilaciones y sin miramientos. En el salón, Santiago abrazaba á su prometida delante de las tres ancianas, las tres hermanas, su madre, la madre de Juana y la tía Lisón. Paseábase á solas con ella días enteros por los bosques á lo largo del riachuelo, á través de los húmedos prados, cuya mojada hierba estaba

cubierta de flores campestres. Y esperaban el momento fijado para su unión sin impaciencia muy viva, pero rodeados, envueltos en una ternura deliciosa, saboreando el encanto exquisito de insignificantes caricias, apretones de dedos y miradas apasionadas, tan largas que las almas parecían confundirse, y vagamente atormentados por el deseo aún indeciso de las grandes caricias, sintiendo como inquietudes en sus labios que se llamaban, que parecían accharse, esperarse, prometerse.

Muchas veces, cuando habían pasado todo el día en esa especie de tibieza apasionada, en esas platónicas ternuras, tenían por la noche como un enervamiento singular, y ambos dejaban oír hondos suspiros, sin saber por qué, sin explicarse la causa, suspiros hinchados por la espera.

Las dos madres y su tía, la tía Lisón, miraban aquel joven amor con risueña ternura. La tía Lisón, sobre todo, parecía trastornada contemplándoles.

Era esta señora una mujercita que hablaba poco, mostrábase poco, no hacía ruido, aparecía únicamente á las horas de comer y tornaba en seguida á su aposento, donde constantemente estaba encerrada. Tenía un bondadoso y vetusto aspecto y ojos

de mirar dulce y triste, y carecía de importancia en la familia.

Las dos hermanas, que se habían quedado viudas después de desempeñar su papel en la sociedad, teníanla en cierto modo por un ser insignificante. Se la



trataba con una familiaridad sin distingos, que ocultaba una especie de bondad algo despreciativa para la solterona. Llamábase Lisa, y había nacido cuando Béranger reinaba en Francia. Viendo que no contraía matrimonio, que indudablemente no se casaría, de Lisa se había hecho Lisón. Y en la actualidad era «la tía Lisón», una humilde anciana curiosilla, en

extremo tímida hasta con sus parientes, que la amaban con afecto que participaba de la costumbre, la compasión y una benévola indiferencia.

Los niños nunca subían á abrazarla á su aposen-

to. Sólo la criada penetraba en aquella alcoba. Enviábase en su busca para hablarla. Apenas si se sabía dónde estaba situada aquella habitación, el aposento en que transcurría solitariamente toda aquella pobre vida. Nada significaba. Cuando no estaba presente no se hablaba de ella, no se pensaba en élla. Era uno de esos seres borrosos que viven desconocidos aun para sus propios parientes, como inexplorados, y cuya muerte no hace mella ni deja vacío en una casa; uno de esos seres que no saben entrar ni en la existencia, ni en las costumbres, ni en el amor de los que viven á su lado.

Caminaba siempre á cortos pasos presurosos y mudos, no haciendo nunca ruido, no tropezando jamás con nada, pareciendo comunicar á los objetos la propiedad de no emitir ningún sonido; sus manos se hubieran creído hechas de una especie de guata, á juzgar por lo ligera y delicadamente que se posaban sobre lo que tenían que tocar.

Cuando se decía: «tía Lisón», estas dos palabras no despertaban, por así decirlo, ningún pensamiento en el cerebro de nadie. Era como si se dijese: «la cafetera» ó «el azucarero».

La perra *Linda* tenía ciertamente una personali-

dad más marcada; acariciábasela sin cesar, se la llamaba: «querida *Linda*, hermosa *Linda*, *Lindilla*». Sería infinitamente más llorada.

El matrimonio de los dos primos debía celebrarse á fines del mes de Mayo. Los jóvenes vivían con los ojos en los ojos, las manos en las manos, el pensamiento en el pensamiento, el corazón en el corazón. La primavera, tardía aquel año, vacilante, temblorosa hasta entonces bajo las claras heladas de las noches y la brumosa frescura de las madrugadas, acababa de surgir súbitamente.

Algunos días calurosos, algo velados, habían removido toda la savia de la tierra, abriendo las hojas como por milagro y esparciendo en todo sentido ese perfume incitador de los capullos y las primeras flores.

Luego, una tarde, el sol victorioso, secando por fin las flotantes nubes, habíase mostrado, vertiendo su luz sobre el valle. Su clara alegría había llenado la campiña, había penetrado en todas partes, en las plantas, en los animales, en los hombres. Las enamoradas aves revoloteaban, sacudían las alas, se llamaban. Juana y Santiago, presa de una dicha deliciosa, pero más tímidos que de ordinario, inquietos

con aquellos espasmos nuevos que entraban en ellos con la fermentación de los bosques, habían pasado todo el día el uno al lado del otro sobre un banco ante la puerta del castillo, sin atreverse á alejarse solos y mirando vagamente, á lo lejos, en el estanque, á los altos cisnes que se perseguían.

Después, llegada la noche, se habían sentido calmados, más tranquilos, y, acabada la comida, habíanse asomado, hablando despacito, á la ventana del salón, mientras sus madres jugaban á los cientos en la claridad circular de la pantalla de la lámpara y la tía Lisa hacía medias para los pobres del país.

Un elevado bosque extendíase á lo lejos, detrás del estanque, y, en el follaje aún menudo de los altos árboles, la luna había de pronto aparecido. Poco á poco habíase ido mostrando á través de las ramas que se dibujaban sobre su disco, y, ascendiendo en el cielo, en medio de las estrellas, que borraba, vertía sobre el mundo esa luz melancólica en que flotan blancuras y ensueños, tan querida de los sentimentales, de los poetas, de los enamorados.

Los jóvenes habían comenzado por mirarla; luego, impregnados de la dulzura tierna de la noche,

de la claridad vaporosa de los céspedes y los macizos, habían salido á pasos lentos, y se paseaban pisando la blanda hierba que rodeaba el reluciente estanque.

Cuando terminaron las cuatro partidas de piqué de todas las noches, las madres, que se dormían poco á poco, sintieron ganas de acostarse.

—Hay que llamar á los muchachos—dijo una.

La otra recorrió con la vista el pálido horizonte, en el cual dos sombras vagaban suavemente.

—Déjalos—dijo—¡Hace tan bueno fuera!... Lisón los esperará; ¿no es verdad, Lisón?

La solterona alzó sus ojos inquietos y respondió con su tímida voz:

—Sí; los esperaré.

Y las dos hermanas se fueron á dormir.

Entonces la tía Lisón se levantó á su vez, y dejando sobre el brazo del sillón la labor comenzada, su lana y la larga aguja, fué á asomarse á la ventana y contempló la encantadora noche.

Los dos amantes iban y venían, á través del césped, del estanque al vestíbulo, del vestíbulo al estanque. Apretábanse los dedos y no hablaban, como salidos de sí mismos, confundidos con la visible



poesía que se desprendía de la tierra. De repente Juana distinguió en el marco de la ventana la silueta de la solterona, que dibujaba la claridad de la lámpara.

—¡Toma!—dijo—. La tía Lisón nos está mirando.

Santiago alzó la cabeza.

—Sí—murmuró—; la tía Lisón nos mira.

Y continuaron soñando, andando lentamente, amándose.

Pero el rocío cubría la hierba. Tuvieron un pequeño estremecimiento, ocasionado por la frescura de la noche.

—Volvamos ya á casa—dijo ella.

Y regresaron.

La tía Lisón había cogido otra vez su media cuando penetraron en el salón; tenía la cabeza inclinada sobre su trabajo, y sus pequeños dedos huesosos temblaban ligeramente, como fatigados.

Juana se le acercó.

—Tía, vámonos á dormir.

La solterona apartó los ojos. Teníalos enrojecidos, cual si hubiese llorado. Santiago y su prometida no se dieron cuenta de ello. Mas el joven se fijó en los finos zapatos de la moza, manchados de agua. Acometióle la inquietud, y preguntóla tiernamente:

—¿No tienes frío en tus adorados piececillos?



Y de pronto, los dedos de la tía fueron presa de un temblor tan fuerte, que la labor se le escapó; el ovillo de lana rodó por el suelo, y ocultando bruscamente la cara entre las manos, la solterona rompió en grandes sollozos convulsivos.

Los jóvenes corrieron á ella; Juana, de rodillas, apartó, trastornada, sus brazos, repitiendo:

—¿Qué tienes, tía Lisón? ¿Qué tienes, tía Lisón?

Entonces la pobre vieja, balbuciente, con la voz preñada de llanto y el cuerpo crispado por la pena, respondió:

—Es... es... por eso que te ha preguntado: «¿No tienes frío... en... tus adorados piececillos?...» Nunca... se me dijeron á mí tales cosas... ¡Nunca..., nunca!





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE



EL CIEGO

¿QUÉ es esa alegría del primer sol? ¿Por qué esa luz, cayendo sobre la tierra, nos llena así de la dicha de vivir? Azul está el cielo; la campiña, verde; son blancas las casas, y nuestros encantados ojos se beben esos vivos colores, de los que hacen alegría para nuestras almas. Y nos acometen ganas de bailar, ganas de correr, ganas de cantar, una venturosa frivolidad de pensamiento, una especie de ternura ampliada; se quisiera abrazar al sol.

Los ciegos, junto á las puertas, impasibles en su eterna obscuridad, permanecen tranquilos como siempre, en medio de esa alegría nueva, y, sin comprender, apaciguan á cada instante á su perro, que quisiera saltar.

Cuando regresan, terminado el día, del brazo

de un joven hermano ó de una hermanita, si la criatura dice: «¡Qué bueno ha hecho hoy!», el otro responde: «Ya lo he notado; Lulú no podía estarse quieto.»

He conocido á uno de estos hombres, cuya vida fué uno de los más crueles martirios que se puedan imaginar.

Era un campesino, el hijo de un agricultor normando. Mientras el padre y la madre vivieron, casi casi se tuvo cuidado de él; no sufrió más que los efectos de su horrible enfermedad; pero, en cuanto los viejos desaparecieron de este mundo, la existencia cruel comenzó. Recogido por una hermana, todos en la granja le trataban como á un pícaro que se traga el pan de los demás. A cada comida se le echaba en cara el alimento; llamábanle holgazán, vago; y, aun cuando el marido de su hermana se hubiese apoderado de lo que por herencia le correspondía, se le daba con sentimiento la sopa, justamente en la cantidad necesaria para que no se muriese de hambre.

Tenía pálido rostro y dos grandes ojos blancos, como obleas, permaneciendo impasible bajo el insulto, tan encerrado en sí mismo, que se ignoraba

si le sentía. Nunca, por otra parte, había conocido ninguna ternura; pues siempre su madre le había tratado con cierta rudeza, á causa del poco cariño que le profesaba; porque en el campo los inútiles son perjudiciales, y los aldeanos harían de buena gana lo que las gallinas, que matan á sus hijos enfermizos.

En cuanto terminaba la sopa iba á sentarse delante de la puerta en verano, contra la chimenea en invierno, y no se movía hasta por la noche. No hacía ni un gesto, ni un movimiento; sólo sus párpados, que agitaba una especie de padecimiento nervioso, caían á veces sobre la blanca mancha de sus ojos muertos. ¿Tenía un espíritu, un pensamiento, una conciencia clara de su vida? Nadie se lo preguntaba.

Durante algunos años, así marcharon las cosas. Pero su impotencia para hacer nada y su impasibilidad acabaron por exasperar á sus parientes, y se convirtió en un macho de carga, en una especie de bufón-mártir, de presa entregada á la ferocidad nativa, á la salvaje alegría de los brutos que le rodeaban.

Se imaginaron todas las crueles farsas que su ce-

guera pudo inspirar. Y, para cobrarse lo que se tragaba, hicieron de sus comidas horas de placer para los vecinos y de suplicio para el impotente.

Los lugareños de las casas próximas acudían á



aquellas diversiones; se avisaban de puerta en puerta, y la cocina de la granja estaba llena todos los días.

Unas veces ponían sobre la mesa, delante del plato en que él empezaba á comer, un gato ó un perro. El animal, con su instinto, olisqueaba la enfermedad del hombre y, poco á poco, se acercaba,

comía sin ruido, lamiendo delicadamente; y cuando un golpe de lengua algo ruidoso despertaba la atención del desdichado, se apartaba con prudencia para evitar el cucharetazo que él daba al azar delante de sí.

Entonces todo eran risas, empujones y pataleo en los espectadores, amontonados á lo largo de las paredes. Y él, sin decir una palabra, se ponía de nuevo á comer con la mano derecha, mientras que, con la izquierda adelantada, protegía y defendía su plato.

Otras veces hacíanle masticar corcho, madera, hojas y hasta inmundicias que no podía distinguir.

Luego se cansaron de las bromas, y el cuñado, rabioso de tener que alimentarle, golpeóle, abofeteóle constantemente, riéndose ante los esfuerzos inútiles del inválido para rehuir los golpes ó devolverlos. Y esto dió lugar á un juego nuevo: el juego de los cachetes. Y todos, jornaleros y criadas, sentábanle á cada instante la mano en el rostro, lo que imprimía á sus párpados un precipitado movimiento. No sabía dónde ocultarse, y permanecía sin cesar con los brazos extendidos para evitar que se le acercase nadie.

Y, por último, le obligaron á mendigar. Colocabanle en los caminos los días de mercado; y en cuanto oía ruido de pasos ó el rodar de un carruaje,



tendía su sombrero, balbuceando: «¡Una limosna, por compasión!»

Pero el lugareño no es pródigo, y semanas enteras transcurrían sin que recogiese un sueldo.



Desencadenóse contra él entonces un odio despiadado. Y he aquí cómo murió:

Aquel invierno la tierra estaba cubierta de nieve y helaba horriblemente. Y su cuñado llevóle una mañana á cierta carretera muy distante para que pidiese limosna. Allí le dejó todo el día, y cuando llegó la noche aseguró á su familia que no había podido encontrarle. Luego añadió:

—¡Bah! No hay que ocuparse de él; alguien le

habrá llevado á algún sitio para librarle del frío. ¡Pardiez, no se habrá muerto! ¡Ya veréis cómo viene mañana á tragarse la sopa!

Al siguiente día no se le vió.

Después de algunas horas de espera, presa del frío, sintiéndose morir, el ciego se puso á andar. No pudiendo reconocer el camino, cubierto por aquella helada espuma, había vagado á la ventura, cayendo en las cunetas, levantándose, siempre mudo, en busca de una casa.

Pero el entorpecimiento de las nieves habíale invadido poco á poco, y, no pudiendo ya conducirle sus débiles piernas, se había sentado en una llanura. Y no se volvió á levantar.

Los blancos copos que constantemente caían le sepultaron. Su atiesado cuerpo desapareció bajo la incesante acumulación de su número infinito; y nada indicaba el lugar en que el cadáver estaba oculto.

Sus parientes fingieron interesarse por su suerte y buscarle durante ocho días. Hasta lloraron.

El invierno era crudo y el deshielo se hizo esperar. Mas he aquí que un domingo, conforme iban á misa, los de la granja observaron que una bandada de cuervos revoloteaba un buen rato sobre la lla-



nura, para caer después como negra lluvia en montón en el mismo sitio, marchando y volviendo sin cesar.

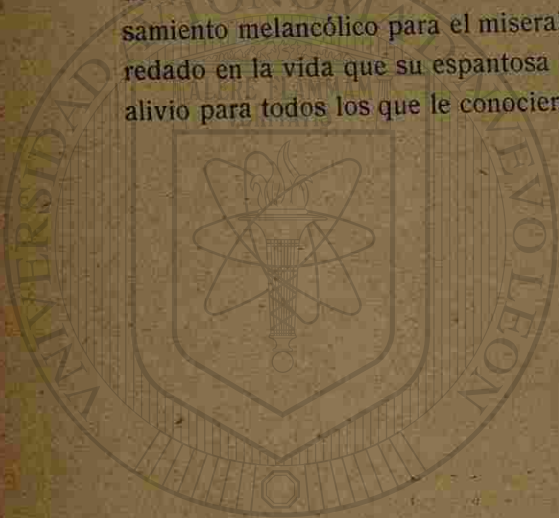
A la semana siguiente, las sombrías aves aún estaban allí.

Formaban bajo el cielo una nube, cual si se hubiesen reunido de todos los puntos del horizonte; y se dejaban caer con grandes gritos sobre la brillante nieve, que manchaban de un modo extraño, registrándola con obstinación.

Un mozo fué á ver lo que hacían, y descubrió el cuerpo del ciego, medio devorado ya, todo desgarrado. Sus pálidos ojos habían desaparecido, picoteados por los largos picos voraces.

30530

Y no puedo nunca experimentar la viva alegría de los días de sol sin un recuerdo triste y un pensamiento melancólico para el miserable, tan desheredado en la vida que su espantosa muerte fué un alivio para todos los que le conocieran.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL PASTEL

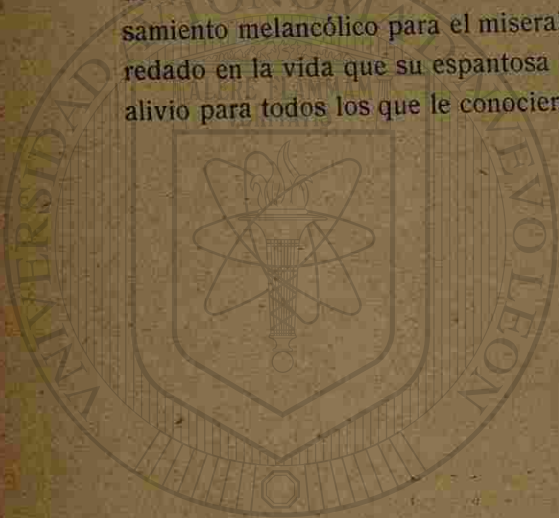
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MATEOS"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

DIGAMOS que se llamaba la señora de Anserre, á fin de que no se descubra su nombre verdadero.

Era uno de esos cometas parisienses que dejan tras sí como un rastro luminoso. Hacía versos é inventaba noticias, tenía un corazón poético y era soberanamente hermosa. Recibía poco, nada más que á las personas distinguidas, á aquellos á quienes comúnmente se llama príncipes de algo. Ser admitido en su casa era un título, un verdadero título honorífico; así al menos se apreciaban sus invitaciones.

Su marido desempeñaba el papel de un satélite obscuro. Ser el esposo de un astro no es cosa que carezca de inconvenientes. Aquél, sin embargo, había tenido una idea feliz; la de crear un Estado en

Y no puedo nunca experimentar la viva alegría de los días de sol sin un recuerdo triste y un pensamiento melancólico para el miserable, tan desheredado en la vida que su espantosa muerte fué un alivio para todos los que le conocieran.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MATEOS"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

DIGAMOS que se llamaba la señora de Anserre, á fin de que no se descubra su nombre verdadero.

Era uno de esos cometas parisienses que dejan tras sí como un rastro luminoso. Hacía versos é inventaba noticias, tenía un corazón poético y era soberanamente hermosa. Recibía poco, nada más que á las personas distinguidas, á aquellos á quienes comúnmente se llama príncipes de algo. Ser admitido en su casa era un título, un verdadero título honorífico; así al menos se apreciaban sus invitaciones.

Su marido desempeñaba el papel de un satélite obscuro. Ser el esposo de un astro no es cosa que carezca de inconvenientes. Aquél, sin embargo, había tenido una idea feliz; la de crear un Estado en

el Estado y poseer un mérito propio, mérito de segundo orden, es verdad; pero, en fin, conduciéndose de aquel modo, los días en que su esposa recibía, él recibía también; tenía su público especial que le apreciaba y le escuchaba, prestándole más atención que á su brillante compañera.

Habíase entregado á la agricultura, á la agricultura de gabinete. Porque hay agricultores de gabinete, como hay generales de gabinete—¿acaso no lo son todos los que nacen, viven y mueren sobre los redondeles de cuero del Ministerio de la Guerra?—marinos de gabinete—los del Ministerio de Marina—; colonizadores de gabinete; etc., etc. Había, pues, estudiado la agricultura; pero la había estudiado profundamente, en sus relaciones con las demás ciencias, con la economía política, con las artes—entran las artes en todas las salsas, puesto que «trabajos de arte» se llama á los horribles puentes de los caminos de hierro—. Había, en fin, conseguido que se dijera de él: «Es un hombre inteligente.» Se le citaba en las revistas técnicas, y su mujer habíale hecho nombrar miembro de una comisión en el Ministerio de Agricultura.

Esta gloria modesta le bastaba.

Bajo pretexto de reducir gastos, invitaba á sus amigos el día que su mujer recibía á los suyos; de manera que unos y otros se mezclaban, mejor dicho, no, formaban dos grupos. La señora, con su escolta de artistas, académicos y ministros, ocupaba una especie de galería amueblada y decorada con arreglo al estilo del Imperio. El señor se retiraba generalmente con sus labradores á una habitación más pequeña, que hacía las veces de fumadero, y que la señora de Anserre llamaba irónicamente el salón de Agricultura.

Ambos bandos estaban bien atrincherados. El señor, sin envidia, por otra parte, penetraba á veces en la Academia, donde cambiaba cordiales apretones de manos; pero la Academia desdeñaba infinitamente al salón de Agricultura, y era raro que uno de los príncipes de la ciencia, del pensamiento ó de cualquier otra cosa, se aventurase entre los labriegos.

Estas recepciones hacíanse sin gastos: un te, un bollo, y nada más. Al principio, el señor había reclamado dos bollos, uno para la Academia y otro para los labradores; pero la señora había justamente replicado que aquel modo de obrar hubiese dado á entender que allí había dos bandos, dos recepcio-

nes, dos partidos, y el señor no insistió; de manera que sólo se servía un bollo, del que la señora de Anserre hacía los honores á la Academia y que pasaba en seguida al salón de Agricultura.

Pues bien; este bollo fué en breve para la Academia un motivo de observación de los más curiosos. La señora de Anserre nunca le partía con propias manos. Este papel recaía siempre en uno ú otro de los ilustres concurrentes.

Cargo tan especial, particularmente honroso y solicitado, duraba más ó menos tiempo para cada uno, en ocasiones tres meses, pocas veces más; y se observó que el privilegio de «dividir el pastel» parecía llevar consigo una multitud de superioridades más, una especie de realeza ó, mejor dicho, de vice-realeza muy acentuada.

El partidor reinante hablaba más alto que nadie, tenía un marcado tono de mando; y todos, absolutamente todos los favores de la dueña de la casa, eran para él.

Llamábase á estos seres afortunados en la intimidad, á media voz, por detrás, los «favoritos del pastel», y cada cambio de favorito ocasionaba en la Academia una especie de revolución.

El cuchillo era un cetro; el pastel, un emblema; felicitábase á los elegidos. Los labradores nunca cortaban el bollo. Hasta el señor estaba excluido de este cargo, bien que se comiese su parte.

El pastel fué sucesivamente partido por poetas, pintores y novelistas. Un músico célebre midió las



porciones durante algún tiempo; sucedióle un embajador. En ocasiones, un hombre menos conocido, pero elegante y solicitado, uno de esos á quienes se llama, según las épocas, verdadero *gentleman*, ó perfecto caballero, ó *dandy* ó de otro modo, sentóse á su vez delante del pastel simbólico.

Cada cual, durante su reinado efímero, atestigüaba al esposo una consideración mayor; luego, cuando llegaba la hora de su caída, pasaba á otro el cu-

chillo y confundíase de nuevo entre la multitud de cortesanos y admiradores de la «hermosa señora de Anserre».

Tal estado de cosas duró mucho, mucho tiempo; mas los cometas no tienen siempre el mismo brillo. Todo envejece en el mundo. Hubiérase dicho que, poco á poco, el apresuramiento de los partidores disminuía; en ocasiones parecían vacilar cuando se les tendía el plato; aquel cargo, antes tan envidiado, cada vez solicitábase menos y se conservaba menos tiempo, pareciendo los comensales cada vez menos orgullosos de él. La señora de Anserre prodigaba las sonrisas y las amabilidades; mas, ¡ay!, ya nadie partía el pastel de buena gana. Los nuevos invitados parecían negarse á efectuarlo. Los «antiguos favoritos» reaparecían uno á uno como príncipes destronados á quienes se coloca por un instante en el poder. Luego, los elegidos hiciéronse raros, muy raros. Durante un mes ¡oh prodigio! el encargado de partir el pastel fué el señor de Anserre; en seguida pareció cansarse, y un día se vió á la señora de Anserre, á la bella señora de Anserre, partirle con propias manos.

Mas esto parecía molestarle mucho, y al siguiente

día tanto insistió con un invitado, que éste no se atrevió á desairarla.

Sin embargo, el símbolo conocíase de sobra, y mirábanse unos á otros disimuladamente y con semblante asustado, ansioso. Partir el pastel no era nada; pero los privilegios á que tal favor había siempre dado derecho causaban miedo ahora; así que, en cuanto la bandeja aparecía, los académicos pasaban en tropel al



salón de Agricultura, como para guarecerse detrás del marido, que sonreía sin cesar. Y cuando la señora de Anserre, ansiosa, dejábase ver á la puerta con el pastel en una mano y en la otra el cuchillo, todos parecían alinearse en derredor del esposo como para pedirle protección.

Pasaron dos años más. Ya nadie partía; pero, por una vieja costumbre inveterada, aquella á quien se-

guíase llamando galantemente la «hermosa señora de Anserre» buscaba con la vista todas las noches un individuo fiel que tomase el cuchillo; y siempre en torno de ella se producía el mismo movimiento: una huída general, hábil, llena de maniobras combinadas y diestras, para evitar la orden que veían en sus labios.

De repente, he aquí que un día preséntase en la casa un jovenzuelo tan inocente como ignorante. No conocía el misterio del pastel; así que, cuando apareció éste, en el momento de escapar todos, en el momento de tomar la señora de Anserre de manos del criado la bandeja y el cuchillo, continuó tranquilamente á su lado.

—¿Tiene usted, querido caballero, la amabilidad de partir este bollo?—dijole la dueña de la casa.

Él se apresuró á despojarse de los guantes, entusiasmado al verse honrar de aquel modo.

—¿Cómo no, señora? Con el mayor placer—contestó.

A lo lejos, en los rincones de la galería, en el marco de la puerta, abierta de par en par, del salón de los labradores, los invitados miraban estupefactos. Luego, cuando vieron que el nuevo in-

vitado partía sin vacilar, aproximáronse vivamente.

Un viejo poeta festivo dió al neófito un par de palmaditas en el hombro.

—¡Bravo, joven!—dijole al oído.

Le miraban con curiosidad. Hasta el esposo pareció asombrado. Por lo que hace al joven, le sorprendía la consideración que de repente parecía mostrársele, extrañando sobre todo las marcadas atenciones, el evidente favor y la especie de mudo reconocimiento que le significaba la dueña de la casa.

Parece, no obstante, que por último comprendió.

¿En qué momento, en qué lugar le fué revelada la cosa? No se sabe; pero, cuando reapareció en la velada siguiente, mostraba un aire preocupado, avergonzado casi, y miraba con inquietud á su alrededor. Dió la hora del te. Apareció el lacayo. La señora de Anserre, sonriente, cogió el plato y buscó con la vista á su amigo; mas éste había escapado tan pronto, que ya no le distinguió. Se echó entonces á buscarle, y en breve le halló en el fondo del salón de los labradores. Del brazo del esposo, consultábale con angustia acerca de los medios empleados para la destrucción de la filoxera.

—Querido caballero—le dijo—¿tendría usted la amabilidad de partirme este bollo?

Él se ruborizó hasta las orejas y balbuceó algo, perdiendo el tino. Pero el señor de Anserre tuvo piedad de él, y, volviéndose hacia su esposa,



—Amiga mía—le dijo—, serías muy amable si dejaras de molestarnos: hablamos de Agricultura. Que Bautista te divida el pastel.

Y nadie, desde aquel día, partió ya el bollo de la señora de Anserre.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO HERRERA"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

EL SALTO DEL PASTOR

DE Dieppe al Havre, la costa es una serie interrumpida de escarpadas rocas de unos cien metros de altura y erguidas como una pared. De trecho en trecho, esta larga hilera de blancos peñascos desciende bruscamente, y un vallecillo angosto, de rápidas pendientes cubiertas de césped y juncos marinos, baja, desde la meseta cultivada, á una playa cubierta de guijarros, á la que llega por una hondonada semejante al lecho de un torrente. La Naturaleza ha formado estos valles, que las tempestuosas lluvias han rematado con aquellas hondonadas, tallando lo que quedaba de roca, ahondando hasta el mar el lecho de las aguas que sirve de paso á los hombres.

A veces vislúmbrase en estos valles un pueblo que azota el duro huracán.

—Querido caballero—le dijo—¿tendría usted la amabilidad de partirme este bollo?

Él se ruborizó hasta las orejas y balbuceó algo, perdiendo el tino. Pero el señor de Anserre tuvo piedad de él, y, volviéndose hacia su esposa,



—Amiga mía—le dijo—, serías muy amable si dejaras de molestarnos: hablamos de Agricultura. Que Bautista te divida el pastel.

Y nadie, desde aquel día, partió ya el bollo de la señora de Anserre.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO HERRERA"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

EL SALTO DEL PASTOR

DE Dieppe al Havre, la costa es una serie interrumpida de escarpadas rocas de unos cien metros de altura y erguidas como una pared. De trecho en trecho, esta larga hilera de blancos peñascos desciende bruscamente, y un vallecillo angosto, de rápidas pendientes cubiertas de césped y juncos marinos, baja, desde la meseta cultivada, á una playa cubierta de guijarros, á la que llega por una hondonada semejante al lecho de un torrente. La Naturaleza ha formado estos valles, que las tempestuosas lluvias han rematado con aquellas hondonadas, tallando lo que quedaba de roca, ahondando hasta el mar el lecho de las aguas que sirve de paso á los hombres.

A veces vislúmbrase en estos valles un pueblo que azota el duro huracán.

He pasado el estío en uno de esos claros de la costa, albergado en casa de un aldeano cuya morada, situada de cara á las olas, permitíame ver desde la ventana un enorme triángulo de agua azul limitada por las verdes pendientes del peñasco y manchada á veces por blancas y lejanas velas en un golpe de sol.

El camino que conducía al mar seguía el fondo del desfiladero, y, bruscamente, hundíase entre dos paredes de marga y convertíase en una especie de profundo pantano, antes de desembocar en una hermosa sábana de guijarros extendidos, redondeados y pulimentados por la secular caricia de las olas.

Este sitio se llama el «Salto del Pastor».

Ved aquí el drama al cual debe ese nombre:

* * *

Cuéntase que aquel pueblo hallábase antiguamente gobernado por un sacerdote austero y violento. Había salido del Seminario lleno de odio hacia los que viven con arreglo á las leyes naturales, y no conforme á las de Dios. De inflexible severidad para consigo mismo, mostróse para los demás

implacablemente intolerante; una cosa llenábale sobre todo de cólera y de disgusto; y era esta cosa el amor. Si hubiese vivido en las ciudades, en medio de los civilizados y refinados que disimulan tras de los velos delicados del sentimiento y de la ternura los brutales actos que impone la Naturaleza; si hubiese confesado en la sombra de las elegantes naves á las pecadoras perfumadas cuyas faltas parecen atenuadas por la gracia de la caída y la nube de ideal en torno del beso material, tal vez no hubiera sentido aquellas locas revueltas, aquellos furros desordenados que le acometían ante el sucio emparejamiento de los pordioseros en el lodo de una cuneta ó sobre la paja de una granja.

Comparaba con los brutos á aquellas gentes que no conocían el amor y se unían solamente como los animales; y les odiaba por lo grosero de su alma, por la sucia satisfacción de su instinto, por la repugnante jovialidad de los viejos cuando hablaban todavía de aquellos inmundos placeres.

Tal vez encontrábase también, á pesar suyo, torturado por la angustia de apetitos no satisfechos y minado por la lucha de su cuerpo rebelado contra un espíritu despótico y casto. Ello era que todo



lo tocante á la carne le indignaba, poníale fuera de sí; y sus violentos sermones, llenos de amenazas y furiosas alusiones, hacían bromear á las mozas y á los muchachos, que se miraban á hurtadillas en la misma iglesia; y los labriegos de blusa azul y las labradoras de mantilla negra, se decían al salir de misa, volviéndose hacia la casucha, cuya chimenea lanzaba al cielo un hilo de negro humo:

—No bromea con eso el señor cura.

En cierta ocasión hasta llegó á enfurecerse sin motivo. Iba á ver á un enfermo. Pues bien; apenas

hubo penetrado en el corral de la granja divisó un grupo de niños, los de la casa y los de la vecindad, aglomerados en torno del camastro del perro. Miraban curiosamente alguna cosa, y contemplábanla inmóviles, con atención concentrada y muda. El sacerdote se acercó á ellos. Era que la perra paría allí. Delante del camastro, cinco cachorros se movían en torno de la madre, que los lamía tiernamente, y, en el momento en que el cura alargaba el cuello por encima de las cabezas de los muchachos, aparecía un nuevo perrillo. Llenos de alegría, todos los galopines se pusieron á gritar: «¡Otro, otro!» Aquello era un juego para los muchachos, un juego natural en que nada impuro entraba; contemplaban aquel nacimiento como hubieran mirado llover manzanas; pero el ensotanado se crispó de indignación y, extraviada la cabeza, levantó su paraguas de tela azul y se puso á golpear con él á los chiquillos. Éstos huyeron á escape. Entonces él, viéndose solo frente á la perra recién parida, golpeóla con toda su fuerza. Como estaba sujeto por una cadena, el animal no pudo huir; y como se revolvía gimiendo, el cura la emprendió á patadas, aplastándola con los pies, hízola echar fuera un último cachorro y la

remató á taconazos. Luego dejó el cuerpo ensangrentado en mitad de los recién nacidos, que, chillones y torpes, buscaban ya las tetas.

Daba largos paseos solitarios caminando á grandes zancadas, con aire salvaje. Y un día del mes de Mayo, al regresar de una lejana excursión, conforme avanzaba á lo largo de la roca mirando al pueblo, acometióle un acceso de furia. No se veía ninguna casa; sólo se divisaba la desnuda costa, que el Océano acribillaba con sus flechas de agua.

El agitado mar removía sus espumas, y las grandes nubes sombrías se reunían en el horizonte aumentando la fuerza de la lluvia. El viento silbaba, soplabá, tumbaba las jóvenes mieses y zurraba al empapado abate, pegando á sus piernas la humedecida sotana y llenando de ruido sus oídos y de tumulto su exaltado corazón.

Descubrióse, ofreciendo su frente á la tempestad, y poco á poco fué acercando á la aldea. Pero alcanzóle una ráfaga tan fuerte que no pudo seguir avanzando. De repente divisó junto á una red de ovejas la choza ambulante de un pastor.

Aquello era un abrigo, y á él dirigió sus pasos. Los perros, atontados por el huracán, no se movieron cuando se acercó; y llegó á la cabaña de ma-



dera, especie de camastro establecido sobre ruedas, que los pastores arrastran durante el estío de paraje en paraje.

Encima de un escabel, la puerta inferior se abría, dejando ver la paja de dentro.

El sacerdote iba á penetrar cuando divisó en la sombra una pareja amorosa que se abrazaba. Entonces, bruscamente, cerró la puerta con pasador; y en seguida, empuñando las varas, doblando su delgado cuerpo, tirando como una bestia y resoplando

bajo su empapada ropa de paño, echó á correr, arrastrando hacia la pendiente rápida, hacia la pendiente mortal, á los jóvenes sorprendidos en mutuo abrazo, que golpeaban por dentro con el puño, creyendo sin duda que aquello era una broma de un transeúnte.



Cuando estuvo en lo alto del precipicio soltó la ligera choza, que rodó hacia la parte inclinada.

Precipitaba su carrera locamente impelida, yendo cada vez más veloz, saltando, tropezando como una bestia, golpeando la tierra con sus varas.

Un viejo mendicante que se había guarecido en un agujero la vió pasar sobre su cabeza, oyendo horribles gritos que salían de la vivienda de madera.

De repente perdió una rueda en un choque, cayó de lado y corrió como una bola, como una casa desarraigada correría desde la cima de un monte; luego, llegando al borde de la última hondonada, saltó describiendo una curva y, cayendo en el fondo, se estrelló en él como un huevo.

Los amantes fueron de allí extraídos magullados, aplastados, con todos los miembros rotos, pero abrazados siempre, ligados los brazos por los codos en el espanto como en el placer.

El cura no permitió que sus cadáveres entraran en la iglesia, y negó su bendición á los féretros.

Y el domingo, en el púlpito, habló con calor del séptimo mandamiento de la ley de Dios, amenazando á los enamorados con un brazo vengador y misterioso, y citando el ejemplo terrible de los dos infortunados muertos en el momento de pecar.

Conforme salía de la iglesia, dos gendarmes le detuvieron.

Un vigilante de Consumos había presenciado la

hazaña del sacerdote desde el fondo de su garita.
Fué condenado á trabajos forzados.

Y el campesino que me refirió esta historia añadió con gravedad:

—Le he conocido, caballero. Era un hombre rudo, indudablemente, pero no le gustaban las bagatelas.



COSAS VIEJAS

QUERIDA Colette:
No sé si recordarás un verso del señor de Sainte-Beuve, que juntas leímos y que ha quedado grabado en mi pensamiento; porque este verso me dice á mí muchas cosas, y en repetidas ocasiones, sobre todo desde hace algún tiempo, tranquiliza mi corazón. Hele aquí:

¡Nacer, vivir y morir en la misma morada!

Actualmente estoy sola en esta casa donde nací, donde he vivido y donde espero acabar mis días. Esto no es muy alegre que digamos, pero es dulce, porque aquí me hallo rodeada de recuerdos.

Mi hijo Enrique es abogado; pasa aquí dos meses cada doce. Juana habita con su esposo en la otra extremidad de Francia, y yo soy quien va á verla

hazaña del sacerdote desde el fondo de su garita.
Fué condenado á trabajos forzados.

Y el campesino que me refirió esta historia añadió con gravedad:

—Le he conocido, caballero. Era un hombre rudo, indudablemente, pero no le gustaban las bagatelas.



COSAS VIEJAS

QUERIDA Colette:
No sé si recordarás un verso del señor de Sainte-Beuve, que juntas leímos y que ha quedado grabado en mi pensamiento; porque este verso me dice á mí muchas cosas, y en repetidas ocasiones, sobre todo desde hace algún tiempo, tranquiliza mi corazón. Hele aquí:

¡Nacer, vivir y morir en la misma morada!

Actualmente estoy sola en esta casa donde nací, donde he vivido y donde espero acabar mis días. Esto no es muy alegre que digamos, pero es dulce, porque aquí me hallo rodeada de recuerdos.

Mi hijo Enrique es abogado; pasa aquí dos meses cada doce. Juana habita con su esposo en la otra extremidad de Francia, y yo soy quien va á verla

todos los otoños. Hállome, pues, aquí sola, completamente sola, pero rodeada de objetos familiares, que sin cesar me hablan de los míos, de los muertos y de los ausentes.

No leo mucho, soy vieja; pero pienso sin cesar ó, mejor dicho, sueño. ¡Oh! ¡Y ya no sueño á la manera de otro tiempo! ¿Recuerdas nuestras locas ocurrencias, las aventuras que combinábamos en nuestros cerebros de veinte años y todos los entre vistos horizontes de felicidad?

Nada de todo aquello se ha realizado; ó mejor dicho, lo que ha tenido efecto es otra cosa menos deliciosa, menos poética, pero satisfactoria para los que saben tomar valientemente un partido en la vida.

¿Sabes por qué las mujeres somos desgraciadas con tanta frecuencia? Porque cuando jóvenes se nos enseña á creer demasiado en la dicha. Jamás se nos educa en la idea de que hay que combatir, luchar y padecer. Y, al primer choque, nuestro corazón hácese añicos; esperamos, abierta el alma, los torrentes de acontecimientos felices. No los vemos pasar más que semibuenos, y sollozamos inmediatamente. La dicha, la verdadera dicha de nuestros

sueños, he aprendido á conocerla. No consiste en la venida de una gran felicidad, porque las grandes felicidades son muy raras y muy cortas, sino que



reside sencillamente en la espera infinita de una serie de alegrías que no llegan jamás. La dicha es la espera feliz, es el horizonte de esperanzas, es, pues, la ilusión inacabable. Sí, querida amiga; lo único bueno son las ilusiones, y, vieja como soy, aún las tengo nuevas á diario; sólo que, no siendo los mis-

mos mis deseos, han cambiado de finalidad. Te dije antes que soñando paso la mayor parte del tiempo. ¿Qué otra cosa podría hacer? Y tengo dos maneras de soñar. Voy á comunicártelas; tal vez te sean útiles.

¡Oh! La primera es muy sencilla; consiste en sentarme junto al fuego, en un sillón bajito y tan blando como mis viejos huesos lo requieren, y transportarme á los acontecimientos que pasaron.

¡Qué corta es una vida! Sobre todo las que transcurren por entero en el mismo sitio.

¡Nacer, vivir y morir en la misma morada!

Los recuerdos están amontonados, pegados unos á otros; y cuando se es vieja, parece en ocasiones que hace apenas diez días se era joven. Sí; todo se deslizó, como si se tratara de un día: mañana y tarde; y llega la noche, ¡la noche sin amanecer!

Mirando horas y horas al fuego, el pasado renace como si entre él y el presente mediara sólo un día. No se sabe ya dónde se está; el sueño se le lleva á una; se atraviesa nuevamente toda la propia existencia entera.

Y en ocasiones me hago la ilusión de que soy

una niña; tantas y tales son las impresiones de otro tiempo, las sensaciones de juventud, hasta los impulsos, los latidos de corazón, toda esa savia de los



diez y ocho años; y tengo, claras como realidades nuevas, extrañísimas visiones de cosas olvidadas.

¡Oh! ¡Cómo me asaltan entonces los recuerdos de mis paseos de muchacha! Allí, en mi silloncito, delante de la chimenea, volvía á ver de un modo raro hace varias tardes una puesta de sol en el Monte de

San Miguel, y á continuación una cacería en el bosque de Uville, con el olor de la tierra húmeda y los perfumes de las flores bañadas de rocío, y con el calor del gran astro hundiéndose en el agua y la tibieza mojada de sus primeros rayos mientras galopaba por el soto. Y todo lo que pensé entonces, mi exaltación poética ante las infinitas lejanías del mar, el vivo é intenso goce que experimentaba al rozar los ramajes, mis menores ideas, todo, los pequeños trozos de ensueño, de deseo y de sentimiento, todo, todo me vino á la imaginación cual si me hubiera estado ocurriendo, como si después no hubiesen transcurrido cincuenta años, enfriando mi sangre y cambiando enormemente mis esperanzas.

Pero mi otra manera de revivir el pasado es mucho mejor.

Sabrás, ó no sabrás, querida Colette, que en casa nada se destruye. Tenemos arriba, en el desván, un gran aposento destinado á los objetos ya inútiles, llamado «la habitación de las cosas viejas». Todo lo que se pone inservible es encerrado allí. Muchas veces subo á este aposento y miro á mi alrededor. Entonces encuentro gran número de insignificancias en las cuales no me había ocurrido pensar, y que

me recuerdan otras tantas cosas. No son esos benditos muebles amigos que conocemos desde nuestra niñez y á los cuales va unido el recuerdo de acontecimientos, de alegrías ó de tristezas; fechas



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. NUEVO LEÓN
"ALEJANDRO DE LA TORRE"
Año 1925, MONTEVIDEO, MENDOZA

de nuestra historia, que han tomado, á fuerza de confundirse en nuestra vida, una especie de personalidad, una fisonomía; que son los compañeros de nuestras horas dulces ó sombrías, los únicos compañeros ¡ay! que estamos seguros de no perder, los únicos que no mueren como los otros, aquellos cu-

yas facciones, cuyos amantes ojos, cuya boca y cuya voz desaparecieron para siempre. En la confusión aquella, encuentro chucherías estropeadas, esas viejas cosillas insignificantes que rodaron por espacio de cuarenta años junto á nosotros sin que nunca nos fijásemos en ellas, y que, cuando de pronto se vuelven á ver, toman una importancia, una significación de testigos antiguos. Me hacen el efecto de esas personas á quienes se vió tiempo infinito sin que se revelasen, y que, de repente, una tarde, por un motivo fútil, desbórdanse en una charla inacabable, contando acerca de sí mismas unas cosas que ni siquiera se sospechaban.

Y voy de un objeto á otro con ligeras sacudidas en el corazón, exclamando: «¡Toma! Esto yo lo rompí; y lo rompí el día que Pablo marchó á Lyon», ó bien: «¡Ah!, esta es la pequeña linterna de ma-má; aquella linterna que empleaba para ir á la iglesia las noches de invierno.»

Hasta encuentro cosas que no me dicen nada, que vienen de mis abuelos: cosas que no conoció ninguna de las personas vivas hoy, cuya historia, cuyas aventuras no sabe nadie; á cuyos propietarios nadie conoció. Nadie vió las manos que las sobaron

ni los ojos que las miraran. ¡Y éstas me hacen pensar mucho tiempo! Representan para mí á seres abandonados, cuyos últimos amigos fallecieron.

Tú, mi querida Colette, no debes comprender esto, y te van á hacer reir mis tonterías, mis infantiles y sentimentales manías. Eres parisiense, y vosotras las parisienses no conocéis esta vida interna, estas excursiones al propio corazón. Vivís exteriormente, con todos vuestros pensamientos al aire libre. Como paso la existencia sola, no puedo hablar-te más que de mí. Cuando me contestes, háblame de ti un poco, que pueda yo ponerme en tu lugar, como te podrás tú poner mañana en el mío.

Pero tú no comprenderás nunca por entero el verso del señor de Sainte-Beuve:

¡Nacer, morir y vivir en la misma morada!

Mil besos de tu antigua amiga

ADELAIDA.»





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



MAGNÉTISMO

OCURRIÓ lo que vamos á referir, al finalizar una comida de hombres solos, á la hora de los interminables cigarros y las incesantes copitas, entre el humo y el cálido entorpecimiento de la digestión, cuando las cabezas están ligeramente trastornadas por la absorción de una gran variedad de manjares y licores.

Llegó á hablarse del magnetismo, de los juegos de Donato y de los experimentos del doctor Charcot. De pronto aquellos hombres escépticos, amables, indiferentes á toda religión, pusieron á referir cosas extrañas, historias increíbles, pero verdícas, según afirmaban, cayendo bruscamente en creencias supersticiosas, agarrándose á este último ramal de lo maravilloso, convertidos en personas

devotas de ese misterio del magnetismo, y defendiéndole, en nombre de la Ciencia.

Sólo uno sonreía: un vigoroso mancebo, célebre perseguidor de muchachas y cazador de mujeres, en el cual una incredulidad por todo había agarrado tan fuertemente, que ni siquiera admitía la controversia.



Repetía burlándose:

— ¡Bolas, bolas, bolas! No discutiremos á Donato, que es sencillamente un muy discreto prestidigitador. Cuanto al señor Charcot, de quien se dice que es un sabio, me hace el efecto de esos cuen-

tistas por el estilo de Edgardo Poe, que acaban volviéndose locos á fuerza de meditar extraños casos de locura. Ha comprobado la existencia de fenómenos nerviosos inexplicados y todavía inexplicables, avanza en ese desconocido que á diario se explora, y, no pudiendo comprender siempre lo que ve, se acuerda quizás demasiado de las explicaciones eclesiásticas de los misterios. Además, quisiera oír-

le hablar; creo que ha de decir algo muy distinto de lo que ustedes repiten.

Una especie de movimiento de piedad prodújose en torno del incrédulo; ocurrió algo así como si el joven hubiese soltado una blasfemia en una asamblea de frailes.

Uno de aquellos señores exclamó:

— Sin embargo, bien hubo milagros en otro tiempo.

— Lo niego—replicó el joven—. ¿Por qué no los había de haber ahora?

Entonces cada cual aportó un hecho, presentimientos fantásticos, comunicaciones de almas á través de los largos espacios, secretas influencias de un ser sobre otro. Y se afirmaba, declarábanse los hechos indiscutibles, mientras que el encarnizado incrédulo repetía:

— ¡Bolas, bolas, bolas!

Por último se levantó, tiró el cigarro, y con las manos en los bolsillos,

— Esténme ustedes atentos—añadió—. A mi vez voy á contarles dos historias, que luego les explicaré. Véanlas aquí:

» En el pueblecillo de Etretat, los hombres, mari-

nos todos, van todos los años al banco de Terranova á la pesca del bacalao. Pues bien; una noche, el hijo de uno de aquellos marineros, despertó sobresaltado, gritando que «su padre había muerto en el mar». Calmóse al arrapiezo, que se despertó nuevamente aullando «que su padre se había ahogado». Al cabo de un mes sabíase que, en efecto, el padre había sido arrancado del puente de su embarcación por un golpe de mar y había muerto.

»Se habló de milagro; todo el mundo se sobrecojió; calculáronse las fechas, y resultó que el accidente y el sueño habían casi coincidido; de donde se dedujo que habíanse producido la misma noche, á la misma hora. Y ahí tienen ustedes un misterio del magnetismo».

El narrador se interrumpió. Entonces, uno de los oyentes, impresionadísimo por el relato, preguntóle:

—¿Y usted explica eso?

—Perfectamente, señor mío; he encontrado el secreto. Me había sorprendido y aun vivamente intrigado el hecho ese; pero yo, como ustedes ven, no creo por principio. Así como otros empiezan por creer, yo empiezo por dudar; y cuando no comprendo, continuo negando toda comunicación telepática



de las almas, seguro de que mi penetración es suficiente. Pues bien; he buscado, he buscado, y he concluido, á fuerza de interrogar á todas las esposas de los marinos ausentes, por convencerme de que no transcurrían ocho días sin que una de ellas, ó cualquiera de sus hijos, soñase ó anunciase, al despertar, que «su padre había muerto ahogado». El temor horrible y constante de este accidente hace que á todas horas hablen de él, que en él piensen sin cesar. Ahora bien; si una de esas frecuentes predicciones coincide, por una casualidad sencillísima, con una muerte, al punto empíezase á hablar de milagro, porque se olvidan de repente to-

dos los demás sueños, todos los demás presagios, todas las demás profecías de desgracia que no se confirmaron. Por mi parte, tuve conocimiento de más de cincuenta, cuyos autores, ocho días después, no se acordaban de ellas. Pero, si el hombre hubiera, efectivamente, muerto, el recuerdo habría en breve despertado, y se hubiese comprobado la intervención de Dios, según los unos; del magnetismo, según los otros.

—Lo que está usted diciendo—declaró uno de los fumadores—es muy justo; pero veamos su segunda historia.

—¡Oh! Mi segunda historia es muy delicada para referida. Me ocurrió á mí mismo; así que desconfío algo de mi propia apreciación. No se puede ser equitativamente juez y parte. En fin, allá va:

»Entre mis relaciones mundanas figuró no hace mucho una mujer, en la cual yo no pensaba, á la que nunca había mirado atentamente, en la que no había reparado, según suele decirse.

»La clasificaba entre las insignificantes, á pesar de que no era fea; el caso es que me parecía tenía ojos, nariz, boca y cabellos vulgares, y, en conjunto, una fisonomía ordinaria: era uno de esos seres por

los cuales el pensamiento no parece preocuparse sino casualmente, sin poderse detener; en los que el deseo no se fija.

»Pues bien; una noche, conforme despachaba mi correspondencia al amor de la lumbre, antes de acostarme, sentí, en medio de aquella confusión de ideas, de aquella procesión de imágenes que se mueven en el cerebro cuando se está unos segundos meditando, con la pluma levantada, una especie de débil hálito que cruzó mi imaginación, un ligero estremecimiento de corazón, é inmediatamente, sin motivo, sin ningún encadenamiento de ideas lógico, vi distintamente, vi cual si la hubiera estado tocando, de los pies á la cabeza y sin ningún velo, á aquella mujer en quien no había nunca pensado más de tres segundos seguidos, el tiempo necesario para que su nombre cruzase por mi mente. Y de pronto le hallé un sinnúmero de cualidades que antes no había observado, un encanto dulce, un lánguido atractivo; despertó en mí esa especie de inquietud amorosa que impulsa á perseguir á las mujeres. Pero no pensé en ella mucho tiempo. Me acosté, quedéme dormido, y soñé.

»Todos ustedes habrán tenido, supongo, esos sue-

ños singulares que hacen dueño de lo imposible, que abren puertas infranqueables, alegrías inesperadas, impenetrables brazos.

»¿Cuál de nosotros, en esos sueños turbulentos, nerviosos, jadeantes, no ha tenido, estrechado, aplastado, poseído con una agudeza de sensación extraordinaria, á aquella que ocupaba la imaginación? ¿Y han notado ustedes qué sobrehumanas delicias proporcionan estas ventajas del sueño? ¡En qué embriagueces locas sumergen, con qué fogosos espasmos sacuden, y qué ternura infinita, acariciadora, penetrante, introducen en el corazón por la que se estrecha desfallecida y calurosa, en esa ilusión brutal y adorable que parece una realidad!

»Todo esto, yo lo sentí entonces con inolvidable violencia. Aquella mujer fué mía, mía hasta tal punto, que la tibia suavidad de su carne quedábame entre los dedos, el olor de su piel en el cerebro, el sabor de sus besos en los labios, el sonido de su voz en los oídos, el círculo que formaran sus brazos en los riñones, y el encanto ardiente de su ternura en toda mi persona, mucho tiempo después de mi exquisito y engañoso sueño.

»Y tres veces se renovó durante la noche este sueño mismo.

»Al amanecer, la mujer antes indiferente me obsesionaba, me poseía, ocupaba mi cabeza y mis sentidos, de tal modo que no podía pasar un segundo sin pensar en ella.

»Por fin, no sabiendo qué hacer, me vestí y fui á visitarla. Mientras subía la escalera iba tan conmovido, que temblaba y mi corazón latía fuertemente: un vehementísimo deseo me invadía de los pies á la cabeza.

»Entré. Ella se levantó de un salto al oír pronunciar mi nombre; y de pronto nuestras miradas se cruzaron con suprema fijeza. Tomé asiento.

»Murmuré algunas banalidades que ella parecía no escuchar. Yo no sabía qué decir ni qué hacer; entonces, bruscamente, me arrojé sobre ella y la estreché en mis brazos; y todo mi sueño fué una realidad tan rápida, tan fácil, tan locamente, que de pronto dudé si estaba despierto... Durante dos años, aquella mujer fué mi amante...»

—¿Qué deduce usted de eso?—dijo una voz.

El narrador parecía titubear.

—Deduzco... deduzco, que todo se debió á una

coincidencia, ¡caramba! Por otra parte, ¡vaya usted á saber! Tal vez fuera una mirada de ella que yo no había observado, y que surgió en mi cerebro aquella noche por uno de esos misteriosos é inconscientes llamamientos de la memoria que nos representan en ocasiones cosas descuidadas por nuestra conciencia, y que para nuestra inteligencia pasaron inadvertidas.

—Todo lo que usted quiera—concluyó uno de los presentes—. Pero, si después de eso no cree usted en el magnetismo, es usted un ingrato, mi querido señor.



UN BANDIDO CORSO

EL camino ascendía suavemente hacia el centro del bosque de Aitône. Los desmesurados abetos formaban sobre nuestras cabezas una bóveda quejumbrosa, dejaban oír algo así como un lamento continuo y triste, mientras que á derecha é izquierda sus delgados y rectos troncos semejaban un ejército de tubos de órgano, de los que parecía salir la monótona música del viento en las cimas.

Al cabo de tres horas de marcha, el número de aquellos largos y juntos maderos disminuyó; de trecho en trecho un árbol gigantesco, apartado de los demás y abierto como una sombrilla enorme, ostentaba su copa de un sombrío verde; y de pronto llegamos al límite del bosque, á unos cien metros por bajo del desfiladero que conduce al inculto valle de Niolo.

coincidencia, ¡caramba! Por otra parte, ¡vaya usted á saber! Tal vez fuera una mirada de ella que yo no había observado, y que surgió en mi cerebro aquella noche por uno de esos misteriosos é inconscientes llamamientos de la memoria que nos representan en ocasiones cosas descuidadas por nuestra conciencia, y que para nuestra inteligencia pasaron inadvertidas.

—Todo lo que usted quiera—concluyó uno de los presentes—. Pero, si después de eso no cree usted en el magnetismo, es usted un ingrato, mi querido señor.



UN BANDIDO CORSO

EL camino ascendía suavemente hacia el centro del bosque de Aitône. Los desmesurados abetos formaban sobre nuestras cabezas una bóveda quejumbrosa, dejaban oír algo así como un lamento continuo y triste, mientras que á derecha é izquierda sus delgados y rectos troncos semejaban un ejército de tubos de órgano, de los que parecía salir la monótona música del viento en las cimas.

Al cabo de tres horas de marcha, el número de aquellos largos y juntos maderos disminuyó; de trecho en trecho un árbol gigantesco, apartado de los demás y abierto como una sombrilla enorme, ostentaba su copa de un sombrío verde; y de pronto llegamos al límite del bosque, á unos cien metros por bajo del desfiladero que conduce al inculto valle de Niolo.

En las dos altas cumbres que dominan este paraje, algunos viejos árboles disformes parecen haber subido penosamente, como exploradores enviados delante de una compacta muchedumbre. Volviéndonos divisamos todo el bosque, extendido á nuestros pies, semejante á una inmensa cubeta de madera cuyos bordes, que parecían tocar al cielo, eran desnudas rocas que le cerraban por todas partes.

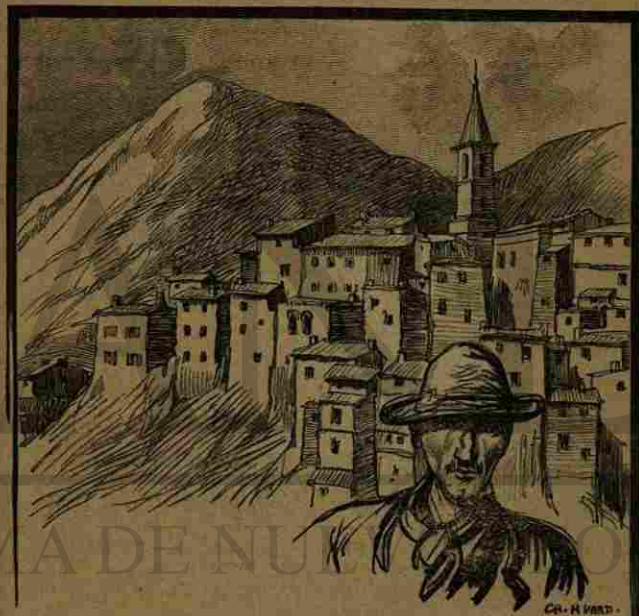
De nuevo nos pusimos en marcha, y diez minutos después llegábamos al desfiladero.

Entonces contemplé un país sorprendente. A la conclusión de otro bosque un valle, pero un valle como no los había yo visto, una soledad de piedra de diez leguas de longitud, extendida entre dos montañas de dos mil metros de altura y sin un sembrado, sin un árbol á la vista. Es el Niolo, la patria de la libertad corsa, la inaccesible ciudadela de donde nunca los invasores pudieron expulsar á los montañeses.

— Ahí es también donde están refugiados todos nuestros bandidos — me dijo mi acompañante.

Pronto llegamos al fondo de aquel agujero inculto y de indescriptible belleza.

Ni una hierba, ni una planta; granito, nada más que granito. Delante de nosotros, hasta donde alcanza la vista, un desierto de granito resplande-



ciente, calentado como un horno por un furioso sol que parece expresamente suspendido sobre aquel desfiladero de piedra. Cuando se alzan los ojos hacia las cuestas, quédase deslumbrado y estupefac-

to. Muéstranse rojas y labradas como festones de coral; todas las cimas son de pórvido; y el cielo, por encima de ellas, parece violeta, lila, descolorido por la vecindad de aquellos extraños montes. Más abajo el granito es gris chispeante, y á nuestros pies parece raspado, molido; caminamos sobre un polvo reluciente. A nuestra derecha, en un largo y tortuoso carril, un tumultuoso torrente ruge y corre. Y se tambalea uno bajo aquel calor, entre aquella lava, en aquel valle ardiente, árido, inculto, cortado por aquel arroyo turbulento, que parece tener prisa por huir, impotente para fecundar las rocas, perdido en aquel horno que se le bebe ávidamente sin verse nunca por él atravesado y refrescado.

Pero de pronto apareció á nuestra izquierda una cruz de madera clavada en un pequeño montón de piedras. Un hombre había sido muerto allí. Dije á mi acompañante:

—Hábleme usted de sus bandidos.

Él me contestó:

—He conocido al más célebre, al más terrible de todos ellos, al llamado Santa Lucía, y voy á referir á usted su historia.

»Al ser muerto su padre en una disputa, por un

joven del país, según se dijo, Santa Lucía quedó solo con su hermana. Era un muchacho débil y tímido, pequeño, enfermizo, sin ninguna energía. No prometió la *vendetta* al asesino de su padre. Todos sus parientes fuéronle á ver, suplicáronle se vengase; él permanecía sordo á sus amenazas y sus ruegos.

»Entonces, siguiendo la vieja costumbre corsa, la hermana, llena de indignación, le quitó su ropa negra, á fin de que no llevase luto por el fallecimiento de una persona muerta sin venganza. Fué también insensible á este ultraje, y, por no descolgar la escopeta, aún cargada, de su padre, se encerró en un aposento de la casa, dejando de salir en absoluto, incapaz de arrostrar las desdeñosas miradas de los mozos del país.

»Transcurrieron dos meses. Parecía haber olvidado hasta el crimen, y vivía con su hermana en el fondo de su casa.

»Y, un día, aquel en quien recaía la sospecha del asesinato, se casó. A Santa Lucía no pareció impresionarle la noticia; mas he aquí que, para desafiarle sin duda, el supuesto criminal pasó, al ir á la iglesia, por delante de la morada de los huérfanos.

»El hermano y la hermana comían, asomados á la ventana, unos pastelillos fritos, cuando el joven di-



visó á la gente de la boda desfilando delante de su casa. De repente empezó á temblar; se incorporó, sin decir palabra; se santiguó; tomó la esco-

peta, que tenía colgada en el hogar, y salió á la calle.

»Cuando, más adelante, hablaba de esto, decía:

»—No sé lo que sentí; fué como un calor súbito en la sangre; comprendí que era necesario hacer aquello; que, á pesar de todo, yo no hubiera podido resistir, y fui á esconder la escopeta en el bosque del camino de Corte.

»Una hora después regresaba sin nada en las manos, con su aire habitual, fatigado y triste. Su hermana se creyó que no tenía ninguna idea.

»Pero, al anochecer, desapareció.

»Su enemigo debía ir á Corte aquella noche misma, á pie y con sus dos testigos de boda.

»Avanzaban por el camino cantando; Santa Lucía se irguió de pronto ante ellos, y, mirando frente á frente al asesino, exclamó:

»—¡Ha llegado tu hora!

»Luego, á quemarropa, disparó sobre él su escopeta.

»Uno de los testigos escapó; el otro miraba al joven, murmurando:

»—¿Qué has hecho, Santa Lucía? ¿Qué has hecho?

»Después quiso ir á Corte á buscar quien auxiliase al herido.

»Pero Santa Lucía le gritó:

»—Si das un paso más, te rompo una pierna.

»El otro, que conocía su timidez, le replicó:

»—No eres capaz.

»Y siguió corriendo.

»Mas no tardó en caer con el muslo roto de un balazo.

»Y Santa Lucía, acercándose á él, agregó:

»—Voy á examinar tu contusión; si no es grave, me contentaré con eso; si es grave, te remataré.

»Miró detenidamente la herida; y juzgándola mortal, volvió á cargar lentamente la escopeta, invitó al herido á rezar una oración y le partió el cráneo.

»Al siguiente día estaba en el monte.

»¿Y sabe usted lo que el tal Santa Lucía hizo luego?

»Toda su familia fué detenida por los gendarmes. Su tío el cura, de quien se sospechaba le había incitado á la venganza, fué también encarcelado y acusado por los parientes del muerto. Pero se escapó, cogió á su vez una escopeta y se reunió á su sobrino en el bosque.



»Entonces Santa Lucía mató, uno tras otro, á los acusadores de su tío, sacándoles los ojos para enseñar á los demás á no afirmar lo que no hubiesen visto.

»Mató á todos los parientes, á todos los aliados de la familia enemiga. Mató además catorce gendarmes, incendió las casas de sus adversarios y fué hasta su muerte el más terrible de todos los bandidos de que se tiene memoria.»

*
*
*

El sol desaparecía detrás de Monte Cinto y la inmensa sombra de la montaña de granito se extendía sobre el granito del valle. Apretamos el paso para llegar antes que anoheciera al pueblecillo de Albertacce, especie de montón de piedras pegadas á los costados de piedra del árido desfiladero. Y dije pensando en el bandido:

—¡Qué terrible costumbre la de vuestra «vendetta»!

Mi acompañante replicó con resignación:

—¿Qué quiere usted? ¡Se cumple con un deber!



VELANDO EL CADAVER

HABÍA muerto sin agonía, tranquilamente, como mujer cuya vida fué irreprochable; y descansaba ahora en la cama boca arriba, cerrados los



ojos, tranquilas sus facciones, los largos cabellos blancos cuidadosamente peinados cual si hubiese hecho su tocado diez minutos antes de morir, y toda

El sol desaparecía detrás de Monte Cinto y la inmensa sombra de la montaña de granito se extendía sobre el granito del valle. Apretamos el paso para llegar antes que anoheciera al pueblecillo de Albertacce, especie de montón de piedras pegadas á los costados de piedra del árido desfiladero. Y dije pensando en el bandido:

—¡Qué terrible costumbre la de vuestra «vendetta»!

Mi acompañante replicó con resignación:

—¿Qué quiere usted? ¡Se cumple con un deber!



VELANDO EL CADAVER

HABÍA muerto sin agonía, tranquilamente, como mujer cuya vida fué irreprochable; y descansaba ahora en la cama boca arriba, cerrados los



ojos, tranquilas sus facciones, los largos cabellos blancos cuidadosamente peinados cual si hubiese hecho su tocado diez minutos antes de morir, y toda

su fisonomía de difunta tan recogida, tan reposada, tan resignada, que se comprendía que un alma ternísima había habitado en aquel cuerpo, que aquella anciana serena había llevado la más tranquila de las existencias, que en su fin no había habido ni sacudidas ni remordimientos.

De rodillas junto al lecho mortuario, su hijo, un magistrado de principios inflexibles, y su hija Margarita, en religión la hermana Eulalia, lloraban amargamente. Desde su infancia habíales inculcado una irreprochable moral, enseñándoles la religión sin debilidades y el deber sin transacción. Él, el varón, habíase hecho magistrado, y blandiendo la ley sacudía sin piedad á los débiles, á los desfallecidos; ella, la muchacha, empapada en la virtud que la había bañado en aquella familia austera, habíase casado con Dios, disgustada de los hombres.

No habían conocido á su padre; lo único que sabían era que había hecho á su madre desgraciada; y no tenían más detalles acerca de él.

La religiosa besaba locamente una de las manos de la muerta, una mano de marfil semejante á la del Cristo amortajado. Al otro lado del cuerpo tendido, la otra mano de la difunta parecía tener to-

davía la colcha estrujada con ese errante gesto que se llama el decisivo; y la ropa había allí conservado pequeñas arrugas, como un recuerdo de los movimientos que preceden á la eterna inmovilidad. Unos



ligeros golpes dados en la puerta hicieron que se alzasen los dos trastornados rostros, y el sacerdote, que acababa de cenar, entró nuevamente. Estaba rojo, sofocado por los comienzos de la digestión, pues había echado mucho coñac en el café para luchar contra la fatiga de las pasadas noches y la de la noche de vela que comenzaba.

Parecía triste; en su rostro se veía esa falsa tris-

teza del eclesiástico para quien la muerte es una manera de ganarse la vida. Hizo la señal de la cruz, y, acercándose con su gesto profesional,

—Aquí estoy, pobres hijos míos—murmuró—, dispuesto á ayudaros á pasar estas tristes horas.

Pero sor Eulalia levantóse súbitamente:

—Gracias, padre mío; mi hermano y yo deseamos quedar solos con ella. Son estos los últimos instantes que la veremos, y deseamos estar los tres solos, como en otra época, como cuando... cuando... cuando éramos niños y nuestra po... pobre madre...

No pudo acabar; tantas eran sus lágrimas, de tal modo oprimíala el dolor.

El sacerdote se inclinó, más alegre, pensando en su cama.

—Como gustéis, hijos míos—dijo.

Se arrodilló, se santiguó, rezó, se levantó y salió despacito, murmurando:

—¡Era una santa!

La difunta y sus hijos quedaron solos. Un oculto reloj producía en la sombra un ruido regular; y por la abierta ventana los suaves perfumes del heno y de la madera penetraban con un lánguido claror de luna. De la campiña no llegaba ningún soni-

do más que el de las notas volantes de los sapos y á veces el ronquido de un insecto nocturno que penetraba como una bala y chocaba en la pared. Una infinita paz, una divina melancolía y una silenciosa serenidad rodeaban á aquella difunta, pareciendo huir con ella y echarse fuera de allí apaciguando la propia Naturaleza.

De pronto, el magistrado, de rodillas siempre y con la cabeza oculta entre las ropas del lecho, con voz lejana, desgarradora, lanzada á través de las mantas y las sábanas, gritó:

—¡Madre, madre, madre!

Y la hermana, echándose contra el suelo, dando en el entarimado con su frente de fanática, convulsionada, retorcida, vibrante, como en una crisis de epilepsia, gimió:

—¡Jesús, Jesús, madre, Jesús!

Y sacudidos por un huracán de dolor, ambos jadeaban, gemían amargamente.

Mucho tiempo después se levantaron y quedaron mirando el querido cadáver. Y los recuerdos, esos recuerdos lejanos, ayer tan dulces y hoy tan crueles, presentábanse en su imaginación con todos esos pequeños detalles olvidados, esos pequeños

detalles íntimos y familiares que hacen vivir de nuevo al ser desaparecido. Recordaban circunstancias, palabras, sonrisas, entonaciones de voz de la que ya no volvería á hablarles. Tornábanla á ver feliz y tranquila, repetíanse las frases que en otro tiempo les dirigiera con un ligero movimiento de la mano que ella empleaba á veces, como para llevar el compás, cuando pronunciaba un discurso importante.

Y la amaban como nunca la habían amado. Y comprendían, midiendo su desesperación, hasta qué punto iban ahora á verse abandonados.

Luego, poco á poco, la fuerza de la crisis fué disminuyendo como las lluviosas calmas siguen á las borrascas en el agitado Océano, y pusieronse á llorar de un modo más suave.

Era su sostén, su guía, toda su juventud, toda la alegre parte de su existencia lo que desaparecía; era su lazo con la vida, la madre, la mamá, la carne creadora, el punto de unión con los abuelos que no tenían ya.

Ahora quedaban solitarios, aislados; ya no podrían mirar tras sí.

La monja dijo á su hermano:

—Ya sabes que mamá tenía grande afición á leer

sus viejas cartas; todas están ahí, en ese cajón. ¿No haríamos bien en leerlas á nuestra vez, reviviendo toda su vida en esta noche que hemos de pasar junto á ella? Sería como un camino del Calvario, como un conocimiento que haríamos con su madre, con nuestros viejos parientes desconocidos, cuyas cartas se encuentran ahí, y de quienes tan á menudo nos hablaba. ¿Te acuerdas?

Y tomaron del cajón unos diez legajos de papeles amarillentos, cuidadosamente sujetos y colocados unos contra otros. Depositaron encima de la cama estas reliquias, y escogiendo una de ellas, sobre la cual estaba escrita la palabra «Padre», abriéronla y leyeron.

Eran esas viejas epístolas que se encuentran en los antiguos muebles familiares, esas epístolas que tienen el olor de otro siglo. La primera rezaba: «Querida mía»; otra: «Mi hermosa hijita»; y otras: «Mi querida niña»; y otras por fin: «Mi querida hija». Y de pronto la monja púsose á leer en voz alta, á leer nuevamente á la muerta su historia, todos sus dulces recuerdos. Y el magistrado, con un

codo apoyado en la cama, prestábale atención, fijos los ojos en su madre. Y el cadáver inmóvil parecía feliz.

Interrumpiéndose, Sor Eulalia dijo de pronto:



—Será menester meterlas en su tumba, hacerle un sudario de todo esto y amortajarla con él.

Y cogiendo otro legajo, sobre el cual nada había escrito, principió á leer como antes.

«Querida mía: te amo hasta la locura. Desde ayer sufro como un condenado, achicharrado por tu recuerdo. Siento tus labios bajo los míos, tus ojos bajo mis ojos, tu carne bajo mi carne. ¡Te amo, te amo! Me has enloquecido. Mis brazos se abren, jadeo impulsado por un ansia inmensa de poseerte nuevamente. He conservado en mi boca el sabor de tus besos...»

El magistrado se había puesto de pie; la monja se interrumpió; arrancóle la carta, buscó la firma. No la llevaba el papel; sólo se leían estas palabras: «El que te adora»; el nombre era: «Enrique». Su padre se llamaba Renato. Entonces el hijo, con rápidas manos, revolió el paquete de cartas, tomó otra, y leyó:

«No puedo vivir sin tus caricias...»

Y en pie, severo como en su tribunal, miró impassible á la muerta. La monja, erguida como una estatua, con algunas olvidadas lágrimas en los extremos de los ojos, contemplando á su hermano, esperaba. Él atravesó entonces el aposento andando despacio, llegó á la ventana y, con la mirada perdida en la noche, meditó.

Cuando volvió la cabeza, Sor Eulalia, ya secos



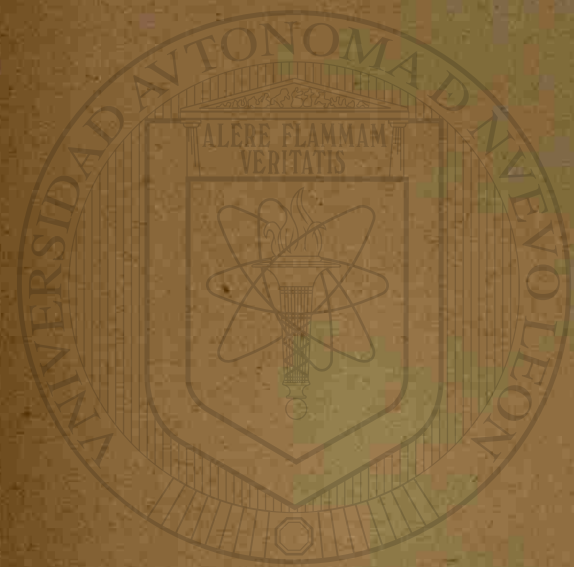
los ojos, permanecía en pie, junto al lecho, baja la cara.

Él avanzó, recogió vivamente las cartas y las fué

echando revueltas en el cajón; en seguida corrió los cortinajes de la cama.

Y cuando el día hizo palidecer las bujías que ardían sobre la mesa, el hijo abandonó lentamente su sillón, y sin mirar ni una vez más á la madre, que había, condenándola, separado de ellos, dijo lentamente:

—Ahora, hermana mía, salgamos de aquí.



SUEÑOS

LA comida, una comida de amigos, de viejos amigos, había terminado. Eran cinco: un escritor, un médico y tres celibataros ricos, sin profesión.

Habíase hablado de todo, y el aburrimiento llegaba, ese aburrimiento que precede y decide las despedidas después de los festines. Uno de los co-

mensales, que miraba desde hacía cinco minutos, sin decir nada, hacia el bulevar, atestado de gente, salpicado de mecheros de gas y lleno de ruido, dijo de pronto:

—Cuando no se hace nada desde por la mañana hasta por la noche, ¡qué largos son los días!

—Y las noches también —añadió su vecino—. Yo no duermo; los placeres me fatigan; las conversaciones no cambian; nunca encuentro una idea nueva, y experimento, antes de hablar con éste ó con el otro, un furioso deseo de no decir nada ni oír nada. No sé qué hacer de mis noches.

Y el tercer desocupado agregó:

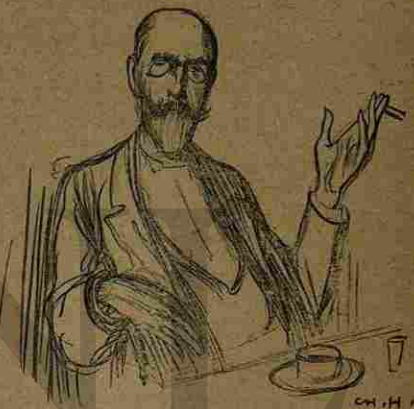
—Pagaría bien un medio para pasar todos los días, aunque no fuese más que dos horas agradables.

Entonces el escritor, que acababa de coger su gabán, se aproximó.

—El hombre —dijo— que descubriera un vicio nuevo y le ofreciese á sus semejantes, aun cuando este vicio abreviara la vida en la mitad, prestaría á los humanos un servicio más señalado que el que encontrase el medio de asegurar la eterna salud y la juventud eterna.

El médico se echó á reír, y masticando un cigarro,

—Sí—manifestó—; pero el descubrir no es cosa tan fácil. Y sin embargo, se ha rebuscado y trabajado bien la materia desde que el mundo existe. Los primeros hombres llegaron de un impulso á la perfección en el género. Apenas si les igualamos.



Uno de los tres desocupados murmuró:

—¡Es lástima!

Y agregó, al cabo de un minuto:

—¡Si se pudiera, al menos, dormir, dormir bien, sin tener calor ni frío, dormir con ese aniquilamiento de los días de gran fatiga, dormir sin soñar!...

—¿Por qué sin soñar?—preguntó el vecino.

El otro respondió:

—Porque los sueños no siempre son agradables y sí extraños siempre, inverosímiles y disparatados,

y, al dormir, ni siquiera podemos saborear á nuestro antojo los mejores. Sería necesario soñar despierto.

—¿Quién le impide á usted que lo haga?—interrogó el escritor.

El médico tiró el cigarro.

—Querido, para soñar despierto se necesita un gran poder y un grande esfuerzo de voluntad: y de todo esto, resulta una enorme fatiga. Ahora bien; el verdadero sueño, ese paseo de nuestro pensamiento á través de encantadoras visiones, es, seguramente, lo que en el mundo hay de más delicioso; pero es menester que venga de un modo natural, que no sea trabajosamente provocado y que le acompañe un bienestar absoluto del cuerpo. Ese sueño yo puedo ofrecérsele á ustedes, á condición de que me prometan no abusar de él.

El escritor encogióse de hombros.

—¡Ah! sí, ya sé, el haschich, el opio, la confitura verde, los paraísos artificiales. He leído á Baudelaire; y hasta he saboreado la famosa droga, que me puso muy enfermo.

El doctor se había sentado.

—No—dijo—; es el éter, nada más que el éter; y

añado que ustedes los literatos debieran usarle en ocasiones.

Los tres hombres ricos se aproximaron. Y preguntó uno de ellos:

—Explíquenos usted los efectos del éter.

El médico agregó:

—Dejaremos á un lado las palabras ampulosas, ¿no es verdad? No he de tratar ahora de moral ni de medicina, sino de placeres. A diario se entregan ustedes á excesos que devoran su vida. Quiero indicarles una sensación nueva, asequible tan sólo para hombres inteligentes, hasta puede decirse inteligentísimos, peligrosa como todo lo que sobreexcita nuestros órganos, pero exquisita. Añadiré que necesitarán ustedes cierta preparación, es decir, cierta costumbre, para experimentar en toda su plenitud los singulares efectos del éter.

•Son distintos de los efectos del haschich, de los efectos del opio y de la morfina, y cesan en cuanto se interrumpe la absorción del medicamento, mientras que los demás productores de sueños continúan su acción durante horas.

•Voy á tratar de analizar con la mayor claridad posible lo que se siente. Pero la cosa no es fácil;

tan delicadas son estas sensaciones, que casi, casi no pueden describirse.

»Una violenta neuralgia que padezco me impulsó á recurrir al éter, del cual abusé tal vez algo luego.

»Tenía en la cabeza y en el cuello vivos dolores y un insoportable calor en la piel, una febril inquietud. Tomé entonces un frasco de éter y, tumbándome, púseme á aspirar lentamente.

»Al cabo de unos minutos creí oír un murmullo vago, que se convirtió muy pronto en una especie de zumbido, y me pareció que todo el interior de mi cuerpo tornábase ligero, ligero como el aire, que se vaporizaba.

»Luego me acometió una especie de pesadez de alma, de bienestar soñoliento, á pesar de los dolores, que persistían, pero cesando, no obstante, de ser penosos. Era aquél uno de esos sufrimientos que se consiente en soportar, y no los desgarramientos espantosos contra los cuales protesta todo nuestro cuerpo torturado.

»Pronto la extraña y encantadora sensación de vacío que tenía en el pecho se extendió, alcanzó los miembros, que también se tornaron ligeros poco

á poco, tan ligeros como si la carne y los huesos hubiéranse derretido y hubiese quedado sólo la piel, la piel necesaria para dejarme percibir la dulzura de vivir, de encontrarme tumbado en aquel bienestar. Me dí cuenta entonces de que ya no sufría. El dolor se había ido, derretido también, se había evaporado. Y oí voces, cuatro voces, dos diálogos, sin comprender palabras. Tan pronto no eran más que sonidos indistintos, como llegaba á mí un trozo de frase. Pero reconocí que eran sencillamente los zumbidos acentuados de mis oídos. No dormía; velaba; comprendía, sentía, razonaba con una claridad, una profundidad y un poder extraordinarios, y una alegría del espíritu, una embriaguez extraña se desprendía de aquel decuplamiento de mis facultades mentales.

»No era aquel un sueño como el que acomete con el haschich, no eran las visiones ligeramente enfermizas del opio; era una prodigiosa agudeza de raciocinio, un nuevo modo de ver, de juzgar, de apreciar las cosas de la vida, y con la certeza y la conciencia de que este modo de ver era el justo.

»Y la vieja imagen de la Escritura surgió súbitamente en mi pensamiento. Parecíame que había

probado el fruto del árbol de la ciencia, que todos los misterios se desvelaban; de tal manera encontrábame bajo el imperio de una lógica nueva, ex-



traña, irrefutable. Y argumentaciones, razonamientos y pruebas asaltábanme en tropel, siendo al instante destruidas por una prueba, un razonamiento

ó una argumentación más fuerte. Mi cabeza se había convertido en el campo de lucha de las ideas. Era yo un ser superior, armado de una inteligencia invencible, y saboreaba un delicioso goce comprobando mi poder...

«Esto duró mucho tiempo, mucho tiempo. Continuaba aspirando mi frasco de éter. De pronto observé que estaba vacío. Y sentí una espantosa pena.»

Los cuatro hombres suplicaron á un tiempo:

—¡Doctor, en seguida la receta para un litro de éter!

Pero el médico se puso el sombrero y respondióles:

—¡Oh! Eso no; háganse ustedes envenenar por otros.

Y se marchó.

Señoras y caballeros, si gustan ustedes...





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCION GENERAL DE



CONFESIONES DE UNA MUJER

RUÉGAME usted, mi amigo, que le comunique los recuerdos más vivos de mi existencia. Soy muy anciana, no tengo parientes, no tengo hijos; puedo, pues, libremente confesarme á usted. Prométame tan sólo no revelar nunca mi nombre.

He sido muy amada, usted lo sabe; con frecuencia amé yo también. Era muy hermosa; puedo decirlo hoy que nada resta de aquella hermosura. El amor era para mí la vida del alma, como el aire es la vida del cuerpo. Hubiese preferido la muerte á una vida sin ternura, sin un pensamiento siempre fijo en mí. Las mujeres pretenden con frecuencia no amar más que una vez con todo el poder de su corazón; en ocasiones me ha ocurrido amar tan violentamente, que creía imposible el final de aquellos

transportes. Y, sin embargo, acababan siempre de un modo natural, como una lumbre falta de leña.

Le contaré á usted la primera de mis aventuras, en la que yo fui bien inocente, pero que determinó las demás.

La horrible venganza de ese farmacéutico de Pecq me ha recordado el espantoso drama al cual asistí bien á pesar mío.

Estaba yo casada hacía un año con un hombre rico, el conde de Ker..., un bretón de vieja cepa á quien, por supuesto, no profesaba ningún cariño. El amor, el verdadero amor, necesita, yo así lo creo al menos, libertad y obstáculos á la vez. El amor impuesto, sancionado por la ley, bendecido por el sacerdote, ¿es amor? Un beso legal no vale nunca lo que un beso robado.

Mi marido era de elevada estatura, elegantísimo y un perfecto gran señor por sus modales. Pero carecía de inteligencia. Hablaba de un modo terminante, emitía opiniones que cortaban como un cuchillo. Sentíase su cerebro lleno de pensamientos hechos, puestos en él por sus padres, que á su vez los habían recibido de sus antecesores. No titubeaba nunca; daba acerca de todo una opinión inme-

diata y limitada, sin embarazo de ningún género y sin comprender que pudieran existir otros modos de ver. Sentíase que aquella cabeza estaba cerrada, que en ella no circulaban ideas, ideas de esas que renuevan y sanean un espíritu, como el viento que atraviesa una casa en la cual se abren puertas y balcones.

El castillo que habitábamos se encontraba en una campiña desierta. Era un enorme edificio triste, rodeado de grandes árboles y cuyas copas hacían pensar en las viejas barbas de los ancianos. El parque, un verdadero bosque, hallábase rodeado de un foso profundo llamado el «Salto del lobo»; y en su extremidad, al lado de aquel páramo, teníamos dos grandes estanques llenos de cañas y de flotantes hierbas. Entre ellos, á orillas de un arroyo que les unía, mi marido había hecho construir una cabañita para tirar sobre los patos silvestres.

Teníamos, además de nuestros criados ordinarios, un guarda, especie de bruto fidelísimo á mi esposo, y una doncella, una amiga casi, tan adicta á mí, que hubiera muerto por prestarme un servicio. La había yo traído de España cinco años antes. Era una muchacha abandonada. Hubiérase la tomado por



una gitanilla á causa de su piel negra, sus sombríos ojos y sus cabellos profundos como un bosque y siempre erizados en torno de la frente. Contaba entonces diez y seis años, pero aparentaba tener veinte ó más.

Principiaba el otoño. Cazábase mucho, unas veces en las posesiones de los vecinos, otras en las

nuestras; y reparé en un joven, el barón de C..., cuyas visitas al castillo hacíanse singularmente frecuentes. Luego cesó de venir y no volví á pensar en él; pero observé que mi esposo cambiaba de modales para conmigo.

Parecía taciturno, preocupado, no me abrazaba; y, aun cuando no entrase mucho en mi gabinete, que yo había exigido estuviese algo apartado del suyo para vivir un poco sola, á veces oía, de noche, un paso furtivo que llegaba hasta mi puerta y se alejaba después de unos minutos.

Como mi ventana estaba en el entresuelo, creí en ocasiones oír andar asimismo en la sombra, en derredor del castillo. Dijeselo á mi esposo, quien me miró fijamente unos segundos; luego respondió:

— No hay que preocuparse; será el guarda.

Pues bien; una noche, á la conclusión de la cena, el conde, que contra su costumbre estaba muy alegre, solapadamente alegre, me preguntó:

— ¿Le gustaría á usted pasar tres horas en acecho para matar un zorro que todas las noches viene á comerse mis gallinas?

Aquello me sorprendió: titubeaba; mas, como es-

gún soplo la acariciaba; pero movimientos apenas sensibles producíanse en el líquido. A veces un punto se removía en su superficie, y de allí salían círculos ligeros, semejantes á arrugas luminosas que se agrandaban, se agrandaban...

Cuando llegamos á la choza donde habíamos de emboscarnos, mi marido me hizo pasar delante; luego cargó lentamente el arma, produciéndome el sonido de los gatillos un efecto extraño. Él me sintió temblar, y me preguntó:

—¿Es, acaso, que ya le basta á usted con esta prueba? Váyase, pues.—Yo le contesté, muy sorprendida: «Nada de eso; no vine para marcharme. ¡Cuidado que está usted raro esta noche!» Él murmuró: «Como usted guste». Y permanecimos inmóviles.

Al cabo de media hora proximamente, como nada turbaba la pesada y clara tranquilidad de aquella noche de otoño, díjele en voz baja:

—¿Está usted seguro de que pasa por aquí?

El conde tuvo entonces una sacudida, como si yo le hubiera mordido; y acercando su rostro á mi rostro,

—Estoy seguro de ello —me contestó—. ¿Ha oído usted?



Y volvió á reinar el silencio.

Creo que empezaba á quedarme dormida cuando mi esposo me oprimió el brazo; y su voz, silbante, alterada, dijo: «¿Le ve usted allí abajo, al pie de los árboles?» En vano forcé la vista; no distinguí nada. Y lentamente el conde se echó la escopeta á la cara, mirándome con fijeza á los ojos. Yo misma estaba pronta á disparar, cuando de repente, á treinta pasos de nosotros, surgió en mitad de la luz un hom-

bre que avanzaba con rapidez, inclinado el cuerpo, como si huyera.

Tan estupefacta quedé, que dejé oír un grito violento; mas, antes que hubiese podido volverme, una llama pasó por delante de mis ojos, una detonación me aturdió, y vi al hombre rodar por el suelo como un lobo que recibe un balazo.

Lancé agudos clamores, espantada, enloquecida; entonces, una mano furiosa, la del conde, me asió por la garganta. Fuí arrojada al suelo y en seguida levantada por sus robustos brazos. Corrió, llevándome en el aire, hacia el cuerpo tendido en la hierba, y me tiró encima de él violentamente, como si hubiese querido romperme el cráneo.

Me sentí trastornada; iba á matarme; y ya alzaba sobre mi frente su talón, cuando á su vez fué cogido y derribado, sin que yo me diese cuenta de lo que ocurría.

Erguíme bruscamente y vi, de rodillas sobre su pecho á Paquita, mi doncella, que, haciendo presa en él como un gato furioso, crispada, enloquecida, le arrancaba la barba, el bigote y la piel del semblante.

Luego, como asaltada de pronto por otra idea,

levantóse y, arrojándose sobre el cadáver, le estrechó entre sus brazos, besándole en los ojos, en la boca, abriendo con sus labios los labios muertos, buscando en ellos un hálito, la profunda caricia de los amantes.

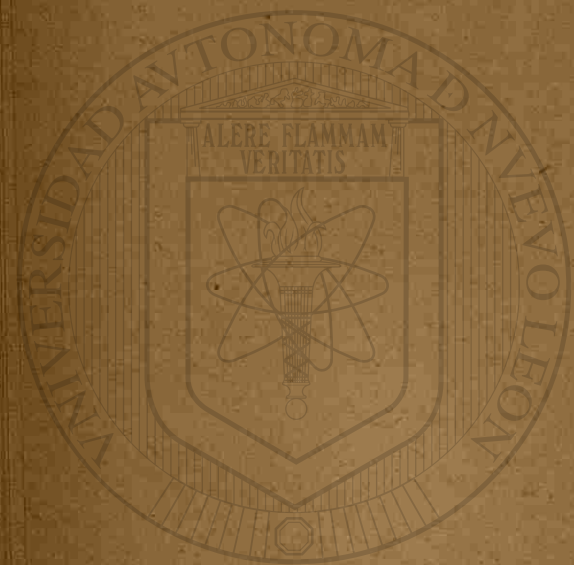
Mi marido, ya levantado, miraba. Comprendió y, cayendo á mis pies,

—¡Oh! ¡Perdón, querida mía!—exclamó—. Sospeché de ti, y he muerto al amante de esta muchacha; mi guarda me ha engañado.

Yo estaba mirando los extraños besos de aquel muerto y aquella viva, y los sollozos de ella y sus sobresaltos de amor desesperado.

Y comprendí en aquel instante que con el tiempo sería infiel á mi marido.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CLAROR DE LUNA

LA señora Julia Roubère esperaba á su hermana mayor, la señora Enriqueta Letoré, que regresaba de un viaje á Suiza.

La familia Letoré se había marchado hacia cosa de cinco semanas. Enriqueta había dejado á su marido volver solo á su posesión de Calvados, donde le llamaban sus intereses, é iba á París á pasar unos días en casa de su hermana.

Anocheía. En el pequeño salón burgués, obscuro por el crepúsculo, la señora de Roubère leía, distraída, dejando de mirar el libro al menor ruido.

Por fin sonó el timbre y se presentó su hermana, envuelta en un amplio vestido de viaje. Y en seguida, sin reconocerse casi, abrazáronse con violencia, descansando para volver á empezar al punto.

Hablaron luego, interrogándose acerca de su sa-

lud, su familia y otras mil cosas, charlando, pronunciando frases rápidas, entrecortadas, saltando alternativamente mientras Enriqueta despojábase del sombrero.

Era ya de noche. La señora de Roubère llamó para que trajeran un quinqué, y en cuanto la luz estuvo allí miró á su hermana, pronta á abrazarla nuevamente. Pero quedó cohibida, asustada, sin hablar. La señora de Letoré tenía dos grandes mechones de cabellos blancos. Todo el resto de su cabeza era de un negro sombrío y reluciente; pero allí, sólo allí, á los dos lados, extendíanse como dos ríos de plata que iban pronto á perderse en la masa sombría del peinado. Tenía, sin embargo, veinticuatro años apenas, y aquel cambio se había operado desde su marcha á Suiza. Inmóvil, la señora de Roubère, mirábala estupefacta, pronta á llorar, como si una desgracia misteriosa y terrible hubiese acontecido á su hermana, y la preguntó:

—¿Qué te sucede, Enriqueta?

Esbozando una triste sonrisa, una sonrisa de enferma, la otra respondióle:

—Nada, te lo aseguro. ¿Miras mis canas?

Pero la señora de Roubère la asió impetuosa-

mente por los hombros y, clavando en ella una mirada investigadora, repitió:

—¿Qué te sucede? ¡Dime qué te sucede! Y te advierto que veré si me engañas.

Permanecían la una frente á la otra, y Enriqueta, que palidecía como si fuese á desmayarse, tenía lágrimas en las extremidades de sus ojos bajos.

La hermana volvió á repetir:

—¿Qué te sucede? ¿Qué tienes? ¡Respóndeme!

Entonces, con voz ahogada, la otra murmuró:

—Tengo... tengo un amante.

Y ocultando la cara en el hombro de su hermana menor, rompió en sállozos profundos.

Luego, cuando se calmó un poco, cuando la agitación de su pecho disminuyó, púsose á hablar de pronto, como para echar fuera de sí aquel secreto y depositar aquel dolor en un corazón amigo.

Y cogiéndose de las manos, que se oprímian, las dos hermanas fueron á sentarse en un canapé en el fondo sombrío del salón, y la más joven, pasando su brazo por bajo del de la otra, recostándola sobre su corazón, dispúsose á escuchar.

—¡Oh! sé que no tengo excusa; yo misma no me comprendo, y desde aquel día estoy loca. ¡Cuidado, hijita, cuidado! ¡Si supieras cuán débiles somos,



cuán velozmente cedemos, con qué prontitud se cae!... Basta cualquier cosa, ¡tan poco, tan poco!... Un enternecimiento, una de esas melancolías súbi-

tas que cruzan el alma, una de esas necesidades de abrir los brazos, de acariciar y estrechar contra el pecho que en determinados instantes sentimos todas.

»Ya conoces á mi marido y sabes hasta qué punto le amo; pero él es sesudo y razonable, y no comprende las tiernas vibraciones de un corazón de mujer. Es siempre, siempre el mismo, siempre bueno, risueño, complaciente, siempre perfecto. ¡Oh!, ¡cuánto celebraría yo en ocasiones que me cogiera entre sus brazos y me estrechase contra su pecho con aquellos besos lentos y dulces que confunden dos seres, que son como mudas confidencias! ¡Cuánto celebraría que tuviese abandonos, debilidades también, y necesidad de mí, de mis caricias, de mis lágrimas!

»Todo esto es estúpido; pero así somos nosotras. ¿Qué podemos contra ello?

»Y sin embargo nunca la idea de engañarle me hubiera acometido. Hoy, es cosa hecha, sin amor, sin razón, sin nada; porque la luna brillaba una noche sobre el lago de Lucerna.

»Desde hacía un mes que viajábamos juntos, mi marido, con su tranquila indiferencia, paralizaba

mis entusiasmos, daba al traste con mis exaltaciones. Cuando bajábamos las montañas á la luz del sol naciente, al galope de los caballos de la diligencia, y divisando, entre las nieblas de la mañana, extensos valles, bosques, ríos y pueblos, yo me ponía á palmotear, entusiasmada, y le decía: «¡Qué hermoso es esto, amigo mío! ¿Por qué no me abrazas?», él me respondía con una sonrisa fría y benévola, encogiéndose ligeramente de hombros: «El que un paisaje guste, no es una razón para abrazarse.»

»Y esto me helaba el corazón. Paréceme que cuando se ama se debieran tener deseos de amarse más ante los espectáculos que deleitan.

»Ello es que yo sentía en mí poéticos impulsos que él no dejaba crecer. ¿Qué te diría? Estaba casi, casi como una caldera llena de vapor y cerrada herméticamente.

»Una noche (llevábamos cuatro días en un hotel de Fluelen), Roberto, un poco indispuerto por la jaqueca, subió á acostarse después de cenar, y yo fui á pasearme sola á orillas del lago.

»Hacia una noche deliciosísima. La luna brillaba en el cielo; las elevadas montañas, con sus nieves,



parecían cubiertas de plata, y el morado líquido del lago tenía pequeños temblores relucientes. El aire era suave, tenía una de esas tibiezas penetrantes que nos hacen desfallecer, que nos enternecen sin motivo. ¡Pero cuán sensible y vibrante es el alma en esos momentos! ¡Con cuánta rapidez y con qué fuerza se estremece!

»Tomé asiento sobre la hierba y miré aquel gran lago melancólico y encantador; y tenía lugar en mí una cosa extraña: acometíame una insaciable necesidad de amor, sentíame rebelarme contra la lú-

gubre insulsez de mi vida. ¡Cómo! ¿No iría nunca del brazo de un hombre amado á lo largo de un paisaje iluminado por la luna? ¿No sentiría nunca descender en mí esos besos profundos, deliciosos y enloquecedores que se cambian en las dulces noches que Dios parece haber hecho para las ternuras? ¿No sería febrilmente oprimida por brazos extraviados, entre las claras sombras de una noche de estío?

»Y me puse á llorar como una loca.

»Oí ruido á mi espalda. Un hombre estaba en pie detrás de mí y mirábame atentamente. Cuando volví la cabeza reconocíome y avanzó:

»—¿Llora usted, señora? — me dijo.

»Era un joven abogado que viajaba con su madre y á quien habíamos encontrado muchas veces. Sus ojos me habían seguido con frecuencia.

»Tan trastornada estaba, que no supe qué responder ni qué pensar. Me levanté y confeséme enferma.

»Él se puso á andar á mi lado de un modo natural y respetuoso y me habló de nuestro viaje. Todo lo que yo había sentido, él lo traducía; todo lo que me hacía estremecer, él lo comprendía como yo.

mejor que yo. Y de repente recitóme versos, versos de Musset. Yo me ahogaba, presa de una emoción indescriptible. Parecíame que las mismas montañas, el lago y la luz de la luna entonaban cantos inefablemente dulces...

»Y ocurrió la cosa no sé cómo, no sé por qué, en una especie de alucinación...

»Cuanto á él... no le volví á ver hasta el día siguiente, en el momento de marchar.

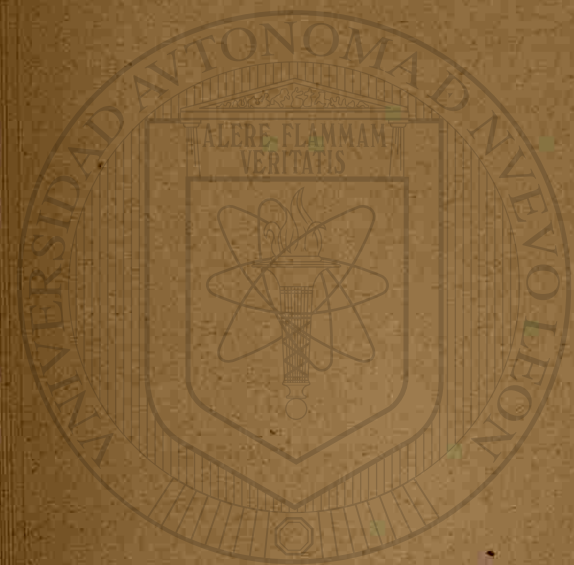
»¡Me dió su tarjeta!...»

Y la señora de Letoré cayó desfallecida en brazos de su hermana, dejando oír hondos gemidos, gritos casi.

Entonces la señora de Roubère, recogida, grave, dijo suavemente:

—Mira, hermana mía, en ocasiones no es al hombre á quien amamos, sino al amor. Y aquella noche, tu verdadero amante fué el claror de luna.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE



UNA PASION

El mar estaba brillante y tranquilo, agitándose apenas la marea, y, desde el muelle, toda la ciudad del Havre veía entrar los navíos.

Divisábaseles á lo lejos, numerosos; los unos, los grandes vapores, con un penacho de humo, los otros, los veleros, arrastrados por remolcadores casi invisibles, que erguían hacia el cielo sus mástiles desnudos, como árboles deshojados.

Acudían de todas partes hacia la estrecha boca del puerto, que se tragaba aquellos monstruos; y gemían, gritaban, silbaban, despidiendo columnas de vapor, como un sofocado aliento.

Dos jóvenes oficiales se paseaban por el muelle, atestado de gente, saludando, recogiendo saludos, deteniéndose á veces para hablar.

De repente uno de ellos, el más alto, Pablo de

Henricel, oprimió el brazo de su compañero Juan Renoldi; luego, en voz baja, «¡Toma!—le dijo—. Ahí tienes á la señora de Poinçot. Mirala bien; te aseguro que te guiña el ojo.»

La aludida marchaba del brazo de su marido, un



rico armador. Era una mujer de cuarenta años próximamente, aún muy hermosa, algo gruesa, pero que se conservaba tan fresca como cuando tenía veinte años, gracias á sus carnes. Sus amigos la lla-

maban la Diosa, á causa de sus modales altivos, sus grandes ojos negros y toda la nobleza de su persona. Había sido siempre irreprochable; nunca le había alcanzado una sospecha. Citábasela como ejemplo de mujer honorable y sencilla, y era tan digna, que ningún hombre se había atrevido á pensar en ella.

Y he aquí que desde hacía un mes Pablo Henricel afirmaba que la señora de Poinçot miraba á su amigo Renoldi con ternura; é insistía en ello, diciendo: «Puedes tener la seguridad de que no me engaño; veo claro en ese asunto; te ama; te ama apasionadamente, como mujer casta que nunca amó.

Cuarenta años es una edad terrible para las mujeres honradas, cuando tienen sentidos; tórnanse locas y hacen locuras. Está tocada, amigo mío; como un ave herida, cae, va á caer en tus brazos... Mira, mira.»

La corpulenta mujer, precedida de sus dos hijas,



de doce y quince años, había súbitamente palidecido al ver al oficial. Le miraba ardientemente, fija la vista, y no parecía distinguir nada á su alrededor, ni á sus hijos, ni á su esposo, ni la muchedumbre. Saludó á los jóvenes sin bajar su mirada, tan ardorosa que una duda penetró al fin en el cerebro del teriente Renoldi.

Su amigo murmuró: «Estaba seguro de ello. ¿Lo has visto ahora? ¡Caramba, y aún es buen bocado!»

**

Pero Juan Renoldi no quería intrigas mundanas. Poco buscador de amores, deseaba ante todo una vida tranquila y se contentaba con las amistades de ocasión que un joven siempre encuentra. Todo el acompañamiento de sentimentalismo, las atenciones y las ternuras que exige una mujer bien educada, le aburrían. La cadena, por ligera que fuese, que ata siempre en una aventura de esta índole, dábale miedo. Decía: «Al cabo de un mes estoy hasta el cogote, y véome obligado á tener paciencia durante seis meses por cortesía.» Además, una ruptura le exas-

peraba con las escenas, las alusiones y las insistencias de la mujer á quien se abandona.

Evitó el encuentro con la señora de Poinçot.

Pero una noche, en cierta comida, se encontró en la mesa sentado junto á ella; y constantemente tuvo sobre la piel, en el ojo y hasta en el alma, la ardorosa mirada de su vecina; sus manos se encontraron, y, casi involuntariamente, se estrecharon. Aquello era ya el principio de una aventura.

A pesar suyo, volvía á ver sin cesar. Sentíase amado; enterneciése, invadido por una especie de piedad vanidosa, ante la violenta pasión de aquella mujer. Dejóse, pues, adorar, y fué sencillamente galante, esperando no pasar del sentimentalismo.

Mas ella le dió una cita, para tener el gusto de verle y hablarle á solas, según le significó. Atolondrada, se dejó caer en sus brazos; y él se vió obligado á ser su amante.

**

Aquello duró seis meses. Ella le amó con amor desenfrenado, profundo. Encerrada en su fanática pasión, no pensaba en nada; habíase dado por en-

tero; su cuerpo, su alma, su reputación, su posición, su dicha, todo lo había arrojado en la llama de su corazón, como se lanzaban, en un sacrificio, todos los objetos preciosos á la hoguera.

Él estaba cansado hacía mucho tiempo, y lamentaba vivamente sus fáciles conquistas de apuesto oficial; pero estaba ligado, retenido, prisionero. A cada instante decíale ella: «Te lo he dado todo; ¿qué más quieres?» Él tenía deseos de responder: «Yo nada te pedía, y te ruego recojas lo que me dieras.» Sin temor de ser vista, de comprometerse y perderse, iba á casa de él todas las noches, más inflamada cada vez. Abalanzábase en sus brazos, estrechábale entre ellos y deshaciase en besos exaltados, que á él le fastidiaban horriblemente. Decía, con voz cansada: «A ver si eres razonable.» Ella le respondía: «¡Te amo!»; y arrodillábase á sus pies, para contemplarle en una postura de adoración.

Bajo aquella mirada obstinada, él exasperábase al fin, y quería levantarla, diciéndole: «Vamos, siéntate, y hablemos.» Ella murmuraba: «No, déjame»; y permanecía de rodillas, en éxtasis el alma.

—Le pegaré, te lo aseguro—decía el joven, hablando con su amigo—. ¡No quiero seguir, no quie-

ro! Es menester que esto acabe, ¡y que acabe en seguida! Luego agregaba: «¿Qué opinas que debo hacer?» El otro respondía: «Rompe con ella.» Y añadía Renoldi, encogiéndose de hombros: «Muy pronto lo dices. ¿Crees tú que es tan fácil romper con una mujer que martiriza con sus atenciones, que atormenta con sus miramientos, que persigue con su ternura, cuyo único cuidado es agradar y la única culpa el haberse entregado, á pesar de uno?»

Pero he aquí que cierta mañana se supo que el regimiento iba á cambiar de guarnición; Renoldi bailó de alegría. ¡Estaba salvado! ¡salvado, sin escenas, sin gritos! ¡Salvado!... Ya sólo era cuestión de tener paciencia dos meses... ¡Salvado!...

Por la noche ella entró en su casa más exaltada aún que de costumbre. A su oído había llegado la horrible nueva, y sin quitarse el sombrero, cogiéndole las manos y oprimiéndoselas nerviosamente, los ojos en los ojos, vibrante y resuelta la voz: «Vas á marcharte—le dijo—; lo sé ya.» Primero sentí el alma rota, luego comprendí lo que tenía que hacer. No vacilo. Vengo á darte la mayor prueba de amor que una mujer puede ofrecer: te sigo. Por ti abandono á mi esposo, mis hijos, mi

familia. Me pierdo, mas soy feliz; parece que me doy á ti de nuevo. Es el último y mayor sacrificio; ¡soy tuya para siempre!»

Sintió él un sudor frío en la espalda y fué presa de una rabia sorda y furiosa, de una cólera de ser débil. Sin embargo se calmó, y en tono desinteresado, con mil dulzuras en la voz, rehusó su sacrificio, trató de apaciguarla, de conducirla á la razón, de hacerla comprender su locura. Ella le escuchaba mirándole con sus negros ojos, displicente el gesto, sin responder. Cuando él hubo acabado, se limitó á decirle: «¿Serías, por ventura, un infame? ¿Serías uno de esos que seducen á una mujer para abandonarla pasado el primer capricho?»

Él se puso pálido y volvió á sus razonamientos; hizole ver las inevitables consecuencias de semejante acción: su vida quebrantada, la consideración perdida... Ella respondió obstinadamente: «¡Qué importa eso cuando se ama!»

Y de repente el oficial hizo explosión: «Pues bien—dijo—, ¡no! ¡no quiero! ¿Oyes? No quiero; te lo prohibo.» Luego, impulsado por sus hondos rencores, vació su corazón. «¡Voto al chápiro!—gritó— Hace ya mucho tiempo que me amas á pesar mío.

¡No faltaría más sino que te llevase! ¡Gracias, hija!»

Ella guardó silencio; mas su lívido rostro tuvo una lenta y dolorosa crispación, como si todos sus nervios y sus músculos se hubieran retorcido. Y se marchó sin despedirse.

Aquella misma noche tomaba un veneno. Creyó-sela perdida durante una semana. Y en la ciudad se charló, se la compadeció, excusando su falta en gracia á la violencia de su cariño; porque los sentimientos extremos, haciéndose heroicos por su impulso, conquistan el perdón de lo que tienen de condenable. Una mujer que se mata ya no es, por así decirlo, adúltera. Y en breve todo el mundo reprochó la conducta del teniente Renoldi, que se negaba á verla.

Contábase que la había abandonado, haciéndole traición, pegándola. El coronel, apiadado, dijo algo al oficial por medio de una alusión discreta. Pablo de Henricel criticó á su amigo: «¡Caramba, hombre!—le dijo—, no se deja morir á una mujer. ¡Eso está mal hecho!»

El otro, exasperado, obligó á callar á su compañero, que llegó á pronunciar la palabra *infamia*. Se

batieron. Renoldi fué herido, con general satisfacción, y guardó cama mucho tiempo.

Ella lo supo y le amó aún más, creyendo que se había batido por ella; pero, no pudiendo salir de casa, no le volvió á ver antes de marcharse el regimiento de la ciudad.

Tres meses llevaba Renoldi en Lilla cuando recibió, cierta mañana, la visita de una joven, la hermana de su antigua amante.

Después de grandes sufrimientos y una desesperación que no había podido vencer, la señora de Poinçot iba á morir. Estaba condenada, sin esperanza de salvación. Le quería ver un minuto, nada más que un minuto, antes de cerrar los ojos para siempre.

La ausencia y el tiempo habían aplacado la saciedad y la cólera del joven; se enterneció, lloró y marchó al Havre.

Ella parecía agonizar. Dejóseles solos; y Renoldi fué presa, sobre el lecho de aquella moribunda á quien había asesinado á pesar suyo, de una espantosa pena. Sollozó y la abrazó, besándola con labios dulces y apasionados, con besos que nunca había tenido para ella, balbuceando: «No, no, no morirás;

te curarás y nos amaremos... nos amaremos... hasta el último instante.»

Ella murmuró: «¿De veras? ¿Me quieres?» Y él, en su desolación, juró, prometió esperar á que se hubiese curado, y estuvo largo rato, en su piedad, besando las enflaquecidas manos de la pobre mujer, cuyo corazón latía desordenadamente.

Veinticuatro horas después regresaba á su regimiento.

Y seis semanas más tarde ella se le reunía, envejecida en grado sumo, desconocida, y más enamorada que nunca.

Enloquecido, volvió á tomarla á su lado. Luego, como vivían juntos á la manera de las gentes legalmente unidas, el mismo coronel á quien había indignado el abandono de antes, se rebeló contra aquella situación ilegítima, incompatible con el buen ejemplo que deben los oficiales en su regimiento. Advirtió de ello á su subordinado con grandes insistencias, y Renoldi presentó su dimisión, que fué aceptada.

Fuéronse á vivir á una «villa» situada á orillas del Mediterráneo, el clásico mar de los enamorados.

Y así transcurrieron tres años más. Renoldi, doblgado bajo el yugo, estaba vencido, acostumbrado á aquella ternura perseverante. Ella tenía entonces los cabellos blancos.

Considerábase el joven como un hombre rematado, inutilizado. Toda esperanza, toda carrera, toda satisfacción, toda alegría, estábanle vedadas en lo sucesivo.

Así las cosas, una mañana le fué entregada una tarjeta que decía: «José Poinçot, armador. El Havre.»

¡El marido! El marido, que hasta entonces no había dicho nada, comprendiendo que no se debe luchar contra la obstinación de las mujeres. ¿Qué quería?

Esperaba en el jardín; habíase negado á penetrar en la morada. Saludó cortésmente, no quiso sentarse, ni sobre un banco de la avenida, y comenzó á hablar con claridad y lentitud.

—Caballero—dijo—, no vine á dirigir á usted el menor reproche; sé demasiado cómo las cosas han ocurrido. Sufrí... sufrimos ambos... una especie de... de fatalidad. Nunca les hubiera molestado á ustedes en su retiro si la situación no hubiese cambiado. Tengo dos hijas, caballero. Una de ellas, la

mayor, ama á un joven, y es correspondida. Pero los parientes del muchacho se oponen al matrimonio, dando por pretexto la situación de la... madre de familia. No tengo ni cólera ni rencor; pero adoro á mis hijas, caballero. Y he venido á reclamar á usted... mi mujer; espero que hoy consentirá en volver á mi casa... á su casa. Cuanto á mí, aparentaré olvidar por... por mis hijas.

Renoldi recibió en el corazón un golpe violento, y sintióse inundado de un delirio de alegría, como el condenado que recibe su perdón.

Balbuocé:

—Sí...; ciertamente, caballero...; yo mismo... créame usted...; sin duda...; es justo... muy justo.

Y tenía ganas de coger las manos de aquel hombre, de estrecharle entre sus brazos, de besarle en las mejillas.

Añadió:

—Pero entre usted. En el salón estará mejor que aquí; voy en su busca.

Esta vez, el señor Poinçot no resistió ya, y tomó asiento.

Renoldi subió la escalera en pocos saltos; luego, delante de la puerta del gabinete de su querida se

calmó, y díjola, penetrando, gravemente: «Abajo te llaman; trátase de una comunicación acerca de tus hijas.» Ella se irguió. «¿De mis hijas?—dijo—¡Cómo! ¿Qué hablas? ¿No han muerto acaso?»



—No—replicóla el joven—. Pero existe una grave situación que sólo tú podrías resolver.

Ella no escuchó más y bajó rápidamente.

Renoldi esperó mucho tiempo, mucho tiempo. Después, como á sus oídos llegaron voces irritadas, decidióse á bajar al salón.

La señora de Poinçot estaba en pie, exasperada,

pronta á salir, mientras que el esposo la retenía por el vestido, repitiendo:

—¡Pero comprenda usted que pierde á nuestras hijas, á sus hijas, á nuestras hijas!

Ella respondía obstinadamente: «¡No volveré á su casa de usted!» Renoldi lo comprendió todo, se acercó desfalleciente, y balbuceó: «¡Cómo! ¿Se niega?» La mujer volvióse hacia él y, no tuteándole delante del esposo legítimo por una especie de pudor,

—¿Sabe usted—le dijo—lo que me pide? ¡Quiere que vuelva á su casa!

Y se burlaba, con una especie de desdén por aquel hombre casi arrodillado y que se deshacía en súplicas.

Entonces Renoldi, con la determinación del desesperado que echa mano del último recurso, púsose á hablar á su vez, defendió á las pobres niñas, al esposo, se defendió á sí mismo. Y cuando se interrumpía, buscando un argumento nuevo, el señor Poinçot, no sabiendo ya qué decir, murmuró, tuteándola en un retorno de vieja costumbre instintiva: «¡Vamos, Delfina, piensa en las muchachas!»

Entonces ella envolvióles á los dos en una mira-

da de soberano desprecio, y en seguida, echando á correr hacia la escalera, les gritó:

—¡Sois unos miserables!

Cuando quedaron solos, ambos hombres miráronse un momento tan abatidos, tan agotados el uno como el otro; y el señor Poinçot recogió su sombrero, caído junto á él, quitó con la mano el polvo de sus rodillas, y á continuación, con un desesperado gesto, mientras Renoldi acompañábale hasta la puerta, díjole, después de saludarle:

—Somos bien desdichados, caballero.

Luego se alejó con tardo paso.



CORRESPONDENCIA

La señora de X... á la señora de Z...

Etretat, viernes.

Mi querida tía: Poco á poco me acerco á usted. Estaré en esa el 2 de Septiembre, víspera de la apertura de la caza, á la cual no faltaré; quiero mortificar á esos hombres. Es usted demasiado buena, adorada tía, y les permite el día ese, cuando está sola con ellos, que coman sin cambiar de ropa y hasta sin afeitarse, bajo pretexto de fatiga.

Así que celebran infinito que yo no esté ahí. Pero estaré y pasaré revista, como un general, á la hora de comer, y al que encuentre un poco descuidado, nada más que un poco, le enviaré á la cocina con la servidumbre.

Los hombres de hoy día tienen tan pocos mira-

da de soberano desprecio, y en seguida, echando á correr hacia la escalera, les gritó:

—¡Sois unos miserables!

Cuando quedaron solos, ambos hombres miráronse un momento tan abatidos, tan agotados el uno como el otro; y el señor Poinçot recogió su sombrero, caído junto á él, quitó con la mano el polvo de sus rodillas, y á continuación, con un desesperado gesto, mientras Renoldi acompañábale hasta la puerta, díjole, después de saludarle:

—Somos bien desdichados, caballero.

Luego se alejó con tardo paso.



CORRESPONDENCIA

La señora de X... á la señora de Z...

Etretat, viernes.

Mi querida tía: Poco á poco me acerco á usted. Estaré en esa el 2 de Septiembre, víspera de la apertura de la caza, á la cual no faltaré; quiero mortificar á esos hombres. Es usted demasiado buena, adorada tía, y les permite el día ese, cuando está sola con ellos, que coman sin cambiar de ropa y hasta sin afeitarse, bajo pretexto de fatiga.

Así que celebran infinito que yo no esté ahí. Pero estaré y pasaré revista, como un general, á la hora de comer, y al que encuentre un poco descuidado, nada más que un poco, le enviaré á la cocina con la servidumbre.

Los hombres de hoy día tienen tan pocos mira-

mientos y poseen tan mal la ciencia de bien vivir, que es menester mostrarse severa con ellos. Estamos verdaderamente en el reinado de la ordinariéz. Cuando disputan se provocan con insultos de mozo de cordel, y en presencia de nosotras se conducen muchísimo menos bien que nuestros criados. En los baños de mar es donde hay que verles. Encuéntrense allí en compactos batallones y puede juzgárseles en masa. ¡Oh! ¡Qué seres tan groseros son!

Figúrese usted que en el tren uno de ellos, un señor que ofrecía á primera vista buen aspecto, gracias á su traje, se quitó en mi presencia las botas para reemplazarlas por unas zapatillas. Otro, un viejo que debe ser un palurdo enriquecido (son los más mal educados), y que iba sentado frente á mí, puso con delicadeza ambos pies sobre el asiento, casi encima de mis ropas. Eso está bien visto.

En los balnearios es un desencadenamiento de grosería. Debo agregar una cosa: mi indignación obedece tal vez á que no tengo la costumbre de tratar comúnmente á las personas que aquí se ven, pues su género me chocaría, sin duda, menos, si le observase con más frecuencia.

En el despacho de la fonda fui casi derribada por

un joven que tomaba su llave por encima de mi cabeza. Otro me dió un tropezón tan fuerte, sin decir «¡dispense usted!» ni descubrirse, al salir de un



baile del Casino, que me quedó dolorido el pecho. He ahí cómo son todos. Mirémosles abordar á las mujeres en la terraza; apenas si las saludan. Llevan sencillamente la mano al sombrero. Por otra parte, como todos están calvos, más vale que así lo hagan.

Pero hay una cosa que me exaspera y me choca sobre todo, y es la libertad que se toman de hablar

en público, sin ninguna índole de precauciones, de las aventuras más escabrosas. Cuando dos hombres están juntos, se refieren, con las más crudas palabras y las reflexiones más abominables, historias verdaderamente horribles, sin inquietarse en modo alguno aunque les oiga una mujer. Ayer mismo, en la playa, me vi en la necesidad de marchar de donde estaba para no ser por más tiempo la confidente involuntaria de un sucedido picante, contado en términos tan violentos, que me sentía tan humillada como enfurecida de haber tenido que oír aquello. La más elemental ciencia de la vida, ¿no debía enseñarles á hablar bajo de esas cosas cerca de nosotras?

Etretat es, al propio tiempo, el país de los chismes, y, además, la patria de las comadres. De cinco á siete se las ve vagar en busca de maledicencias, que llevan de grupo en grupo. Como usted, querida tía, tenía dicho, el chismorreó es un síntoma de raza en las gentes ruines y en los espíritus pequeños. Es también el consuelo de las mujeres que ya no son amadas ni cortejadas. Bástame mirar á las que se designa como más charlatanas para persuadirme de que no se equivoca usted.

El otro día asistí á una velada musical en el Casino, dada por una artista notable, la señora Masón, que canta deliciosamente. Tuve ocasión de aplaudir también al admirable Coquelín, así como á dos encantadores alumnos del *Vaudeville*, M... y Meilet. Y con tal motivo pude ver juntos á todos los veraneantes que este año han venido á Etretat. No hay muchas personas distinguidas.

Al siguiente día fui á almorzar á Yport. Reparé allí en un hombre barbudo que salía de una gran casa construída en forma de ciudadela. Era el pintor Juan Pablo Laurens. Según parece, no tiene bastante con enumerar sus personajes; quiere enumerarse él mismo.

Luego me encontré sentada, en la playa, junto á un hombre todavía joven, de aire apacible y fino, de aspecto reposado, que leía versos. Y los leía con atención tal, con tanta pasión, mejor dicho, que ni siquiera me miró. Esto me chocó algo, y pregunté á nuestro bañista, sin aparentar grande interés, el nombre de aquel caballero. Interiormente reíame un poco de aquel lector de rimas; parecía algo atrasado, para ser un hombre «Es—me decía interiormente—alguna cándida criatura.» Pues bien,

querida tía; ahora estoy loca por el desconocido. Figúrate que se llama Sully Prudhomme. Volveré á sentarme junto á él, para mirarle detenidamente. Su cara, sobre todo, tiene un gran carácter de tranquilidad y de finura. Habiéndose presentado alguien preguntando por él oí su voz, que es suave, casi tímida. Este sí que no ha de decir groserías en público, ni tropezará con las mujeres sin excusarse. Debe ser un delicado, pero un delicado casi enfermizo, un vibrante. Este invierno procuraré que me lo presenten.

No sé nada más, querida tía, y la dejo á usted á toda prisa por no perder la hora del correo. Bésol á usted las manos y las mejillas.

Su fiel sobrina,

BERTA DE X...

P.-S.—Debo no obstante agregar, en favor de la cortesía francesa, que nuestros compatriotas son en viaje modelos de atención, si se les compara con los abominables ingleses, que parecen haber sido educados por mozos de cuadra, pues tanto se cuidan de no molestarse y de molestar á sus vecinos.

*
*
*

La señora de Z... á la señora de X...

Les Fresnes, sábado.

Mi querida nena: Me dices muchas cosas razonables; pero eso no impide que no tengas razón. Como á ti, en otro tiempo indignóme mucho la descortesía de los hombres, que me parecía faltábanme á cada instante; mas, envejeciendo y pensando en todo, y perdiendo mi coquetería, y observando, sin preocuparme para nada de mí, me he convencido de que, si los hombres no son siempre corteses, las mujeres, en cambio, son siempre de una grosería incalificable.

Creemos nosotras que todo nos está permitido, estimando, á la vez, que todo se nos debe, y cometemos voluntariamente actos desprovistos de esa elemental ciencia de la vida de que tú hablas con pasión.

Encuentro hoy, por el contrario, que los hombres tienen muchos más miramientos para con nosotras que nosotras para con ellos. Por otra parte, querida, los hombres deben ser, y son, lo que les hacemos ser. En una sociedad en que las mujeres

fuesen verdaderas grandes señoras, todos los hombres serían verdaderos hidalgos.

Vamos á ver; observa y reflexiona.

Dos mujeres se encuentran en la calle. ¡Qué actitud! ¡Qué miradas tan ofensivas! ¡Qué desprecio en los ojos! ¡Qué movimiento de cabeza de arriba abajo para examinar y condenar! Y si la acera es estrecha, ¿crees que una de ellas cederá el paso y pedirá se le dispense? ¡De ningún modo! Cuando dos hombres se tropiezan en una calleja angosta, ambos se saludan y desaparecen al propio tiempo; mientras que nosotras nos precipitamos vientre contra vientre, nariz contra nariz, mirándonos con insolencia.

Dos mujeres que se conocen encuéntranse en una escalera delante de la puerta de una amiga á quien la una acaba de ver y que la otra va á visitar. Y se ponen á hablar obstruyendo el paso. Si alguien sube detrás de ellas, hombre ó mujer, ¿crees que se molestarán en lo más mínimo? ¡De ningún modo!

El pasado invierno esperé, reloj en mano, veintidós minutos á la puerta de un salón. Y detrás de mí dos caballeros aguardaban también, sin parecer

tan prontos á enfadarse como yo lo estaba. Y es que desde hacía tiempo hallábanse acostumbrados á nuestras inconscientes insolencias.

El otro día, antes de salir de París, iba yo á comer, con tu marido precisamente, á una fonda de los Campos Eliseos para tomar el fresco. Todas las mesas estaban ocupadas. El mozo nos rogó que esperásemos.

Divisé entonces en el salón á una anciana señora de noble aspecto que acababa de pagar su cuenta y disponíase á salir. Me vió, miróme de pies á cabeza, y no se movió. Durante más de un cuarto de hora permaneció allí, inmóvil, poniéndose los guantes, recorriendo con las miradas todas las mesas, considerando con quietud á los que esperaban como yo. Pues bien; dos jóvenes que acababan de comer, habiendo reparado en mí, llamaron á toda prisa para pagar y me ofrecieron su sitio, llegando hasta esperar en pie la vuelta del camarero.

Ya ves cómo es á nosotras á quienes debiera enseñarse la cortesía; y que la tarea sería tan ruda que ni el mismo Hércules podría con ella.

Me hablas de Etretat y de las gentes que chismorean en esa linda playa. Es un país acabado, per-



dido para mí, pero donde me divertí mucho en otro tiempo.

Éramos allí unos pocos, gente de la buena sociedad y artistas, fraternizando. No se chismorreaba entonces.

Y, como no teníamos el insípido Casino donde se presume, se cuchichea y se baila estúpidamente, donde se fastidia la gente hasta la profusión, buscábamos la manera de pasar alegremente las veladas. Y ¿adivinas qué imaginó entonces uno de nuestros maridos? Pues ir á bailar todas las noches á una de las granjas de las cercanías.

Partíamos en tropel con un piano de manubrio, que ordinariamente hacía funcionar el pintor Le Poittevin, cubierta la cabeza con un gorro de algodón. Dos hombres llevaban linternas. Ibamos en procesión, riendo y charlando como locas.

Despertábase al dueño de la granja, á las sirvientes, á los criados. Nos hacíamos preparar sopas de cebolla (¡horror!), y bailábamos bajo los manzanos, á los acordes de la caja de música. Los gallos, despertándose, cantaban en la profundidad de los edificios; los caballos se agitaban sobre la paja de los establos. El fresco aire de la campiña nos acariciaba la piel, trayéndonos el aroma de las hierbas y el de las mieses segadas.

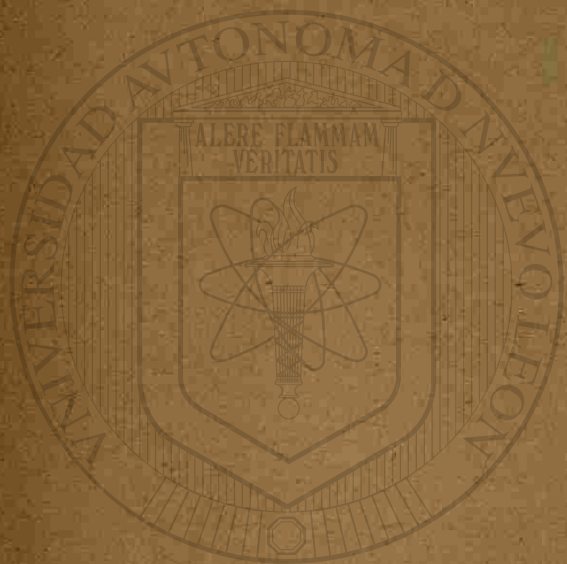
¡Qué lejos, qué lejos queda esto! ¡Han pasado treinta años desde entonces!

No quiero, amada sobrina, que vengas para la apertura de la caza. ¿Por qué matar la alegría de nuestros amigos imponiéndoles tocados mundanos en ese día de placer campestre y violento?

Un abrazo de tu vieja tía,

GENOVEVA DE Z...





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE



BURLA

—¿Qué tiene usted que decir de las mujeres?
—Tengo que decir que no hay prestidigitadores más sutiles que ellas para jugar con nosotros á cada paso, con ó sin razón, á veces por el solo placer de jugar. Y lo hacen con una sencillez invisible, con una audacia sorprendente, con una invencible finura. Lo hacen desde por la mañana hasta por la noche, y todas, las más honradas, las más sensatas, las más rectas.

»Añádase que en ocasiones se ven obligadas á hacerlo. Constantemente, el hombre tiene testarudeces de imbécil y deseos de tirano. Un marido, en su hogar, impone á cada momento ridículas voluntades. Está lleno de manías; su mujer le halaga engañándole. Hácele creer que una cosa vale tan-

to, porque chillaría si aquella costase más. Y sale diestramente de apuros por medios tan fáciles y malignos, que nos dejan estupefactos cuando por casualidad los llegamos á descubrir. Y nos decimos, llenos de sorpresa: ¿Pero cómo no nos habremos percatado antes?»

*
*
*

El que así hablaba era un antiguo ministro del Imperio, el conde de L..., muy taimado, según él decía, y un espíritu superior.

Escuchábanle varios jóvenes.

Prosiguió:

—Una humilde burguesa me engañó en cierta ocasión de un modo cómico y magistral.

»Voy á referirles el suceso para que aprendan.

»Era yo entonces ministro de Negocios Extranjeros y, todas las mañanas, tenía la costumbre de dar un largo paseo á pie por los Campos Elíseos. Corría el mes de Mayo; yo caminaba respirando el agradable aroma de las hojas primeras.

»Muy pronto me di cuenta de que todas las mañanas encontraba á una adorable mujercita, una de esas sorprendentes y graciosas criaturas que llevan

encima el sello de París. ¿Linda? Sí y no. ¿Bien formada? No; mejor aún. El talle era en extremo delgado, los hombros demasiado angostos, el pecho en extremo abultado; pero prefiero esas exquisitas muñecas de redonda carne á la enorme armazón de la Venus de Milo.

»Por otra parte, andan de un modo incomparable, y el solo temblor de su cuerpo hace correr el estremecimiento del deseo por nuestras medulas. Parecía mirarme al pasar.

Pero estas mujeres todo lo aparentan, y nunca se sabe...

»Una mañana me la encontré sentada en un banco y con un libro abierto en la mano. Apresuréme á sentarme junto á ella. Cinco minutos después éramos amigos. Entonces, todos los días, después del saludo sonriente: «Buenos días, señora», «Felices, caballero» se conversó. Ella me hizo saber que estaba casada con un empleado, que la vida era tris-



te, que los placeres eran raros y las preocupaciones frecuentes, y otras mil cosas.

»Yo le dije quién era, por casualidad y por vanidad tal vez; ella fingió bien la sorpresa.

»Al siguiente día fué á verme al Ministerio; y tan á menudo me visitó en él desde entonces, que los ugières, conociéndola ya, decíanse en voz baja unos á otros, cuando la veían acercarse, el apodo conque la habían bautizado: «la señora León.» Este es mi nombre de pila.

»Durante tres meses la vi todas las mañanas sin cansarme de ella un segundo; de tal modo sabía variar y aderezar su ternura. Pero un día observé que tenía los ojos irritados y brillantes por un llanto contenido, que, perdida en secretas preocupaciones, le costaba trabajo hablar.

»La rogué, la supliqué me pusiese al corriente de la inquietud de su corazón; y acabó por murmurar estremeciéndose:

»—Estoy... estoy encinta.

»Y se puso á sollozar.

»¡Oh! hice un horrible gesto, y debí palidecer, como acontece al oír noticias semejantes. No podrían ustedes imaginarse lo desagradable que es el

golpe que se recibe cuando escúchase el anuncio de estas paternidades inesperadas. Pero ya lo sabrán pronto ó tarde. A mi vez tartajeé:



»—Pero... pero... tú estás casada; ¿no es verdad?

»Ella respondió:

»—Sí; mas mi marido se encuentra en Italia desde

hace dos meses y no regresará en mucho tiempo.

»Yo quería, costara lo que costase, eludir mi responsabilidad. Dije:

»—Es necesario ir á reunirse á él inmediatamente.

»Ella se ruborizó hasta las orejas, y bajando la vista,

»—Sí...—replicó—; pero...

»No se atrevió ó no quiso acabar.

»Yo había comprendido y le entregué discretamente lo necesario para el viaje.

*
*
*

»Ocho días después me dirigía una carta desde Génova. Y de Florencia recibí otra á la semana siguiente. Luego tuve otra de Liborna, de Roma, de Nápoles. Me decía:

«Marcha la cosa, querido amor mío, pero estoy horrible. No quiero que me vuelvas á ver hasta que todo haya terminado; no me amarías ya si hoy me mirases. Mi marido no ha sospechado nada. Como su misión le retendrá todavía mucho tiempo en este país, no regresaré á Francia sino después de mi libramiento.»

»Y, al cabo de ocho meses próximamente, recibí de Venecia estas solas palabras:

«Es un niño.»

»Poco tiempo después ella entró bruscamente una mañana en mi despacho, más fresca y más linda que nunca, y se dejó caer sobre mi pecho.

»Y nuestra antigua ternura recomenzó.

»Dejé el Ministerio; fué á mi hotel de la calle de Grenelle. Con frecuencia me hablaba del niño, mas yo no la escuchaba; aquello me tenía sin cuidado. De cuando en cuando le daba una suma regular, diciéndola sencillamente:

»—Coloca eso á su nombre.

»Transcurrieron dos años más; ella insistía en darme noticias del pequeñuelo, «de León». A veces lloraba.

»—No le quieres—decía—. Ni aun deseas verle. ¡Si supieras lo que me haces sufrir...!

»Un día me mareó tanto, que le prometí ir al siguiente á los Campos Eliseos á la hora en que le sacaban de paseo.

»Mas, en el momento de salir, cierto temor me detuvo. El hombre es débil y bestia; ¿quién sabía lo que iba á ocurrir en mi corazón? ¿Y si empezaba á

cobrar amor á aquel pequeño ser, nacido gracias á mí, á mi hijo?

»Tenía el sombrero puesto y los guantes en la mano. Tiré los guantes encima de mi mesa, y dejé el sombrero sobre una silla, diciéndome:

»— No; decididamente, no voy; la prudencia ante todo.

»Se abrió la puerta de mi despacho. Mi hermano apareció. Tendióme una misiva anónima, recibida aquella mañana, y que decía lo siguiente:

«Advierta usted al conde de L..., su hermano, que la mujercita de la calle de Cassete se burla desvergonzadamente de él. Que tome informes acerca de ella.»

»Nunca había contado nada á nadie respecto á aquella vieja intriga. Quedé estupefacto y referí á mi hermano la historia desde el principio al fin, agregando después:

»Por lo que á mí hace, no me quiero ocupar de nada; pero tú tendrás la amabilidad de informarte en nombre mío.

»Mi hermano se marchó, y yo quedé allí, diciéndome:

»—¿En qué me puede engañar? ¿Tiene otros

amantes? Y ¡qué me importa! Es joven, franca y linda; no le pido más. Parece amarme y, en resu-



midas cuentas, me cuesta poco cara. Francamente, no me explico la cosa.

»Mi hermano volvió en seguida. En la Prefectura de policía le habían dado informes terminantes

acerca del marido. «Empleado en el Ministerio del Interior, correcto, ordenado, sesudo, pero casado con una mujer cuyos gastos parecían algo exagerados, dada su modesta posición.» Y nada más.

»Por otra parte, habiendo mi hermano buscado su domicilio, al enterarse en él de que había salido la inquilina, había hecho charlar, pagándole bien, á la portera.

»—La señora D...— le dijo ésta—es una buena mujer, y su esposo un hombre excelente: nada presumidos, no ricos, pero generosos.

»Mi hermano preguntó, por decir algo:

»—¿Qué edad cuenta ahora su hijo?

»—¡Si no tienen ninguno, caballero!

»—¡Cómo! ¿Y el pequeño León?

»—Señor mío, usted se confunde.

»—Pero ¿y el que tuvo durante su viaje á Italia, un viaje que hizo dos años atrás?

»—La señora no ha estado nunca en Italia, caballero; en los cinco años que llevan en esta casa nunca salió de París.

»Mi hermano, sorprendido, había nuevamente interrogado, ahondado, profundizado en sus investigaciones. No había niño ni había habido viaje.

»Yo quedé prodigiosamente admirado, pero sin comprender el sentido final de aquella comedia.

»—Quiero—dije—saber á qué atenerme. La voy á rogar que venga mañana aquí. Tú la recibirás en mi lugar; si se ha burlado de mí, le entregarás de mi parte estos diez mil francos y no volveré á verla. Si he de ser franco, principiaba ya á cansarme.

* * *

»¿Lo creerían ustedes? El día antes me desolaba tener un hijo de aquella mujer, y estaba ahora irritado, avergonzado y disgustado no teniéndolo ya. Me encontraba libre, exento de toda obligación, de toda inquietud, y sentíame furioso.

»Al siguiente día mi hermano la esperó en mi gabinete. Entró en él vivamente, como de costumbre, corriendo á él con los brazos abiertos, y se detuvo de pronto al verle.

»Saludó, se excusó.

»—Dispense usted, señora, que ocupe aquí el lugar de mi hermano; mas tengo encargo suyo de recabar de usted algunas explicaciones, que á él le hubiera sido penoso obtener por sí mismo.

»Y en seguida, mirándola fijamente, agregó:

- »—Sabemos que no tiene usted ningún hijo de él.
- »Pasado el primer momento de estupor, ella había ido recobrando su sangre fría, se había sentado y miraba sonriendo á aquel juez. Respondió sencillamente:
- »—No; no tengo ningún hijo.
- »—Sabemos también que no ha estado usted en Italia.
- »Al oír esto no pudo contenerse y se echó á reír.
- »—No; no he estado en Italia.
- »Estupefacto, mi hermano añadió:
- »—El conde me ha dado el encargo de entregar á usted este dinero y decirle que todo ha terminado.
- »Ella se puso seria otra vez, guardóse tranquilamente el dinero en el bolsillo y preguntó con naturalidad:
- »—Según eso..., ¿no volveré á ver al conde?
- »—No, señora.
- »Pareció contrariada, y añadió en tono tranquilo:
- »—Mucho lo siento; le amaba.
- »Viendo que tan resueltamente había tomado su partido, mi hermano, sonriendo á su vez, la preguntó:

- »—A ver; dígame usted ahora por qué inventó esa larga y complicada comedia del viaje y el niño.
- »Ella miró á mi hermano atontada, cual si le hubiese dirigido una pregunta estúpida, y respondió:
- »—¡Vaya una malicia! ¿Cree usted que una pobre burguesilla insignificante como yo iba á haber tenido relaciones durante tres años con el conde de L..., un ministro, un gran señor, un hombre á la moda, rico y seductor, si él no le hubiese dado algo que guardar? Ahora, todo ha concluído. Lo siento. La cosa no podía ser eterna. No por eso hice poco en tres años. Dele usted muchos recuerdos de mi parte.
- »Se levantó. Mi hermano la dijo aún:
- »—Pero... ¿y el niño? ¿Tenía usted uno para enseñarle?
- »—Ciertamente, el hijo de mi hermana. Me lo hubiera prestado. Y apostaría á que ella es la que les ha avisado á ustedes.
- »—Bueno. ¿Y todas las cartas de Italia?
- »Ella volvió á sentarse para reír más cómodamente.
- »—¡Oh! ¡Las cartas! ¡Eso es todo un poema! En fin, no en balde el señor conde era ministro de Negocios Extranjeros.

»—¡Cómo! ¡Aún hay más!

»—Lo que haya ó deje de haber, me lo reservo.
No me gusta comprometer á nadie.

»Y saludando con una sonrisa burlona, salió sin
más emoción, como actriz cuyo papel ha concluído.»

Y el conde de L... añadió á guisa de moraleja:

—¡Fiense ustedes ahora de esa casta de pájaros!



BIBLIOTECA DE NUEVO LEÓN
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
"ALFONSO CASTELLANOS"
Año 1625 MONTERREY, MEXICO

IVELINA SAMORIS

LA condesa de Samoris.
—¿Esa señora vestida de negro que se distingue allá abajo?

—La misma: lleva luto por su hija, á quien mató.

—¡Cómo! ¡Qué me cuenta usted!

—Una historia sencillísima, sin crimen y sin violencias.

—Entonces, ¿qué hubo?

—Casi nada. Dícese que muchas cortesanas nacieron para ser mujeres honradas, y muchas



»—¡Cómo! ¡Aún hay más!

»—Lo que haya ó deje de haber, me lo reservo.
No me gusta comprometer á nadie.

»Y saludando con una sonrisa burlona, salió sin
más emoción, como actriz cuyo papel ha concluído.»

Y el conde de L... añadió á guisa de moraleja:

—¡Fiense ustedes ahora de esa casta de pájaros!



BIBLIOTECA DE NUEVO LEÓN
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
"ALFONSO CASTELLANOS"
Año 1625 MONTERREY, MEXICO

IVELINA SAMORIS

LA condesa de Samoris.
—¿Esa señora vestida de negro que se distingue allá abajo?

—La misma: lleva luto por su hija, á quien mató.

—¡Cómo! ¡Qué me cuenta usted!

—Una historia sencillísima, sin crimen y sin violencias.

—Entonces, ¿qué hubo?

—Casi nada. Dícese que muchas cortesanas nacieron para ser mujeres honradas, y muchas



mujeres honradas para ser otras tantas cortesanas; ¿no es verdad? Pues bien; la señora de Samoris, que nació cortesana, tenía una hija que nació para ser una honrada mujer. Y sólo eso hay.

— Pues no le comprendo á usted.

— Trataré de explicarme.

»La señora de Samoris es una de esas extranjeras más ó menos auténticas que á centenares llueven sobre París todos los años. Condesa húngara ó válaca, ó no sé qué, apareció un invierno en un piso de los Campos Elíseos, ese barrio de las aventureras, abriendo sus salones á todo el mundo.

»Yo fui allá. Me dirá usted que á qué. No podría contestarle. Fui como vamos todos, porque se juega, porque las mujeres son todas de fácil adquisición y los hombres unos tunantes. Ya conoce usted esa sociedad de filibusteros con diversas condecoraciones, todos nobles, todos cargados de títulos, todos desconocidos en las embajadas, á excepción de los espías. Todos hablan del honor con cualquier pretexto, citan á sus antepasados, cuentan su vida, charlatanes, mentirosos, rateros, peligrosos como sus cartas, embusteros como sus nombres; la aristocracia de la cárcel, en una palabra.

»Yo adoro á estas gentes. Son interesantes para estudiados, interesantes para conocidos, divertidos en sus conversaciones, espirituales á veces, nunca banales como funcionarios públicos. Sus mujeres son siempre lindas, teniendo un pequeño sabor de tunantería extranjera y tal vez la mitad del misterio de su vida pasada en un correccional. Generalmente poseen soberbios ojos y cabellos inverosímiles. Las adoro también.

»La señora de Samoris es el tipo de estas aventureras, elegante, madura y hermosa aún, encantadora y felina; siéntesela viciosa hasta la medula. Gozábase muchísimo en su salón; se jugaba, se bailaba, se cenaba...; en fin, hacíase todo lo que constituye los placeres de la vida mundana.

»Tenía una hija, alta, magnífica, siempre alegre, siempre pronta á divertirse, risueña siempre y muy aficionada al baile. Una verdadera hija de aventurera. Pero una inocente, una ignorante, una ingenua, que no veía nada, no sabía nada, no comprendía nada y no adivinaba nada de cuanto ocurría en la casa paterna.»

—¿Cómo lo sabe usted?

—¿Que cómo lo sé? Figúrese usted la historia

más extraña. Un día oigo llamar á la puerta de mi aposento, y mi ayuda de cámara entra y me dice que el señor José Bonenthal desea hablarme. Dije en seguida:

»—¿Quién es ese caballero?

»—No le conozco, señor; tal vez sea un criado.

»Era un criado, en efecto, que deseaba entrar á mi servicio.

»—¿De dónde sale usted?

»—De casa de la señora condesa de Samoris.

»—¡Ah! ¡Es que yo vivo de manera muy diferente que esa mujer!

»—Lo sé de sobra, señor; y por eso deseo entrar á su servicio; no quiero tratar más con esa clase de gente; se pasa por su lado, pero no se permanece junto á ellas.

»Precisamente me hacía falta un hombre y tomé aquel.

»Un mes más tarde la señorita Ivelina Samoris moría misteriosamente; y he aquí todos los detalles de esa muerte, que yo sé de labios de José, quien á su vez los había recibido de la doncella de la condesa:

»La noche de un baile, dos recién llegados habla-

ban detrás de una puerta. La señorita Ivelina, que acababa de bailar, se recostó en esta puerta á fin de que le diese un poco el aire. No la vieron aproximarse aquellos dos hombres; y decían:

»—¿Pero quién es el padre de la muchacha?

»—Un ruso, según cuentan; el conde Ruvalof. Ya no ve á la madre.

»—¿Y cuál es hoy el príncipe oficial?

»—Aquel inglés que está en pie junto á la ventana; la señora de Samoris siente una verdadera adoración por él. Pero sus adoraciones no duran nunca más de un mes ó seis semanas. Por otra parte, ya ve usted



que los amigos son muchos; todos son llamados... y casi todos elegidos. Eso cuesta algo caro... mas... ¡bah!

»—¿De dónde le viene ese nombre de Samoris?

»—Del único hombre tal vez á quien amó; era un banquero israelita de Berlín que se llamaba Samuel Morris.

»—Bien. Mil gracias. Ahora que estoy ya informado, veo claramente lo que aquí ocurre. Y no dejaré de ir siempre al grano.

»¿Qué tempestad estalló en aquella cabeza de joven, dotada de todos los instintos de una honrada mujer? ¿Qué desesperación trastornó aquel alma sencilla? ¿Qué torturas mataron aquella alegría incesante, aquella seductora risa, aquella radiante dicha de vivir? ¿Qué combate tuvo lugar en aquel corazón tan joven hasta el momento en que el último hubo partido? He aquí lo que José no podía decirme. Ello fué que aquella misma noche Ivelina entró bruscamente en el aposento de su madre, que se iba á acostar, hizo salir á la doncella, que no fué más allá de la puerta del aposento, y de pie, pálida, con los ojos agrandados, dijo:

»—Mamá, escucha lo que hace poco oí en el salón.

»Y refirió palabra por palabra lo que apuntado queda.

»Estupefacta, la condesa no supo al pronto qué responder. Luego lo negó todo con energía, inventó una historia, juró, puso á Dios por testigo.

»La joven retiróse trastornada, pero no convencida. Espió.

»Recuerdo perfectísimamente el extraño cambio que en ella se produjera. Sin cesar se la veía grave y triste, y clavaba en nosotros sus grandes ojos como para leer en lo profundo de nuestras almas. No sabíamos qué pensar de aquello, y se pretendía que buscaba un marido, bien definitivo ó bien pasajero.

»Una noche no le cupo ya duda: sorprendió á su madre. Entonces, fríamente, como hombre de negocios que establece las condiciones de un contrato, dijo:

»—He aquí, mamá, lo que he decidido: Nos retiraremos las dos á una casita con jardín, ó bien á una morada campestre, y allí viviremos sin ruido, como podamos. Sólo en alhajas tienes una fortuna. Si te puedes casar con un hombre honrado, mejor que mejor; y mejor aún si yo también encuentro un

esposo digno. Si no consientes en eso, me mataré.

»La condesa mandó á su hija á la cama y le prohibió repetir aquella lección, que sentaba mal en su boca.

»Ivelina añadió:

»—Tienes un mes para reflexionar. Si dentro de un mes no hemos cambiado de existencia, me mataré, pues ninguna otra solución honrosa le veo á mi vida.

»Y dicho esto se marchó.

»Al cabo de un mes, bailábase y se cenaba como siempre en el hotel de la señora de Samoris.

»Ivelina pretendió entonces tener un fuerte dolor de muelas, é hizo comprar en casa de un farmacéutico vecino algunas gotas de cloroformo. Al siguiente día repitió; ella misma, siempre que salía de casa, adquiría insignificantes dosis del narcótico. Así llenó una botella.

»Y una mañana encontrósela en su cama, fría ya, con una careta de algodón sobre el rostro.

«Su ataúd fué cubierto de flores y la iglesia colgada de blanco. Hubo mucha gente en la fúnebre ceremonia.

»Pues bien; de veras, si yo hubiera sabido—pero

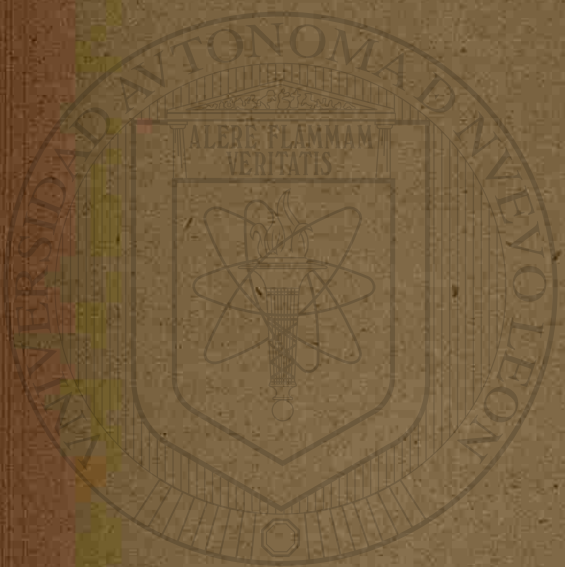
nunca se sabe—, tal vez me hubiese casado con aquella muchacha. Era hermosísima.»

—¿Y qué ha sido de la madre?

—¡Oh! Ha llorado mucho. Ahora no hace más que ocho días que vuelve de nuevo á recibir á los íntimos.

—¿Y qué se dice para explicar esa muerte?

—Se ha hablado de una estufa perfeccionada, cuyo mecanismo se había estropeado. Como ya en otro tiempo hubo accidentes de esta índole, los cuales dieron, por cierto, mucho que hablar, la cosa no se ha encontrado inverosímil.



EL AMIGO JOSÉ

TODO el invierno habíanse tratado íntimamente en París. Después de dejar de verse, cual siempre ocurre, al salir del colegio, los dos amigos se habían encontrado nuevamente una tarde en sociedad, ya viejos y canosos, soltero el uno y el otro casado ya.

El señor de Méroul pasaba seis meses en París y seis en su castillito de Tourbeville. Habiéndose casado con la hija un castellano de los alrededores, había llevado una vida buena y sosegada en la indolencia del hombre que no tiene ninguna ocupación. De temperamento tranquilo y cerebro limitado, sin audacias de inteligencia, sin rebeldías independientes, transcurría para él todo el tiempo recordando dulcemente el pasado, deplorando las costumbres y las instituciones de ahora y repitien-

do á cada instante á su mujer, que elevaba los ojos al cielo y en ocasiones también las manos en señal de asentimiento enérgico:

—¿Bajo qué gobierno vivimos, Dios mío?

La señora de Mérroul se parecía intelectualmente á su marido como una hermana á su hermano. Sabía, por tradición, que se ha de respetar sobre todo al Papa y al Rey.

Y les amaba y respetábales desde el fondo del corazón con exaltación poética, con fidelidad hereditaria, con ternura de mujer bien nacida. Era buena hasta los repliegues del alma. No había tenido hijos, y lamentábalo sin cesar.

Cuando el señor de Mérroul encontró en un baile á José Mouradour, su antiguo camarada, experimentó una alegría profunda y sencilla, porque se habían querido mucho en su juventud.

Después de las exclamaciones de sorpresa ocasionadas por los cambios que la edad había producido en su cuerpo y en su rostro, habíanse informado recíprocamente acerca de sus existencias.

José Mouradour, un meridional, habíase hecho consejero general en su país. De francos modales, hablaba vivamente y sin vacilaciones, emitiendo su

parecer como quien desconoce los miramientos. Era republicano, pertenecía á esa raza de republicanos bonachones para quienes la llaneza es una ley y que llevan la independencia de palabra hasta la brutalidad.

Presentóse en la morada de su amigo, é inmediatamente fué amado por su cordialidad nada exigente, á pesar de sus avan-

zadas opiniones. La señora de Mérroul exclamaba:

—¡Qué desdicha! ¡Un hombre tan encantador!

El señor de Mérroul decía dirigiéndose á su amigo, en tono sentido y confidencial:

—No puedes figurarte el daño que hacéis á nuestro país.

Amábale, sin embargo; porque nada es más sólido que las amistades infantiles reanudadas en la edad madura. José Mouradour se burlaba de la mujer y del marido; llamábales «amables tortugas», y



á veces se deshacía en sonoras exclamaciones contra las gentes atrasadas, contra los prejuicios y las tradiciones.

Cuando dejaba correr así el torrente de su elocuencia democrática, el matrimonio, contrariado, se callaba, por conveniencia y consideración; luego el esposo trataba de cambiar de asunto, para evitar las discusiones. No se veía á José Mouradour más que en la intimidad.

Llegó el estío. La mayor alegría de los Mérroul consistía en recibir á sus amigos en su posesión de Tourbeville. Era aquélla una alegría íntima y sana, una alegría de buenas gentes y de propietarios campesinos. Salían hasta la vecina estación á recibir á los invitados, y los llevaban en un coche, no escaseando las alabanzas sobre su país, sobre la vegetación, sobre el estado de los caminos en la provincia, sobre la limpieza de las casas de los labriegos, sobre la gordura de los ganados, sobre todo lo que se distinguía en el horizonte.

Hacían observar que su caballo trotaba de un modo admirable, para ser un animal empleado, gran parte del año, en los trabajos campestres; y esperaban con ansiedad la opinión del recién llegado

sobre su dominio, sensibles á la menor palabra, agradecidos á la menor intención favorable.

José Mouradour fué invitado, y anunció su viaje.

La mujer y el marido habían acudido á la estación, encantados de poder hacer los honores de su casa.

En cuanto les echó la vista encima, José Mouradour saltó de su coche con una vivacidad que aumentó su satisfacción. Estrechóles la mano, los felicitó, llenábales de cumplidos.

A lo largo de la carretera fué encantador; admiróse de la altura de los árboles, del espesor de los sembrados, de la rapidez de su cabalgadura.

Cuando echó pie á tierra, en el vestíbulo del castillo, el señor de Mérroul le dijo con cierta amistosa solemnidad:

—Estás en tu casa.

José Mouradour respondió:

—Gracias, querido, ya lo sabía. Por otra parte, yo no gasto ceremonias con los amigos. No comprendo la hospitalidad de otra manera.

Luego subió á su aposento, para disfrazarse de aldeano, según dijo, y volvió á bajar vestido de azul, con sombrero de anchas alas y botas amarillas, en

un abandono completo de parisiense en el campo. Parecía también haberse vuelto más ordinario, más jovial, más familiar; dijérase que había tomado con aquel traje campestre una despreocupación y una desenvoltura que juzgaba de acuerdo con las circunstancias. Su nuevo aire chocó algo á los señores de Mérout, que continuaban siempre serios y dignos, hasta en sus tierras, como si la partícula que precedía á su nombre les hubiese obligado á usar de ciertas ceremonias, aun en la intimidad.

Después del desayuno fueron á visitar las granjas. Y el parisiense confundió á los respetuosos labriegos con su llaneza de expresión.

Por la noche cenaba en la casa el cura, el viejo y corpulento cura, convidado de todos los domingos, y á quien se había invitado aquel día, excepcionalmente, en honor del recién llegado.

Al reparar en él, José Mouradour hizo un gesto, y después le miró con admiración, como si se hubiese tratado de un raro ser de una casta especial que nunca había visto tan de cerca. Refirió, en el transcurso de la comida, anécdotas libres, propias de la intimidad, pero que los Mérout no creían convenientes en presencia de un eclesiástico. No decía

nunca «señor abate», sino «señor» á secas, y puso en grandes aprietos al sacerdote con consideraciones filosóficas acerca de las diversas supersticiones



reinantes en la superficie del globo. Decía: «Su Dios de usted, señor, es de aquellos que hay que respetar, pero también de los que han de discutirse. El mío se llama Razón; fué en todo tiempo el enemigo del de ustedes.»

Los Mérout, desesperados, se esforzaban para

cambiar de conversación. El cura marchóse muy pronto.

Entonces el marido dijo suavemente:

—Tal vez hayas ido algo lejos con ese sacerdote.

Pero José exclamó en seguida:

—¡Esta es buena! ¿Me iba yo á molestar por un ensotariado? Pues, mira, pensaba decirte que me dieras el gusto de no imponerme ese buen hombre durante las comidas. Trátadle vosotros cuanto queráis, los domingos y días laborables, mas no se lo sirváis á los amigos, ¡recórcholis!

—Pero, querido, su carácter sagrado...

José Mouradour le interrumpió:

—Sí, ya sé que es necesario tratarles como si fueran doncellitas. ¡Lo sé, lo sé! Mas, cuando esas gentes respeten mis creencias, entonces respetaré yo las suyas.

Y no pasó más aquel día.

Cuando la señora de Mérout entró en su salón, divisó encima de la mesa tres periódicos que la hicieron retroceder: *El Voltaire*, *La República Francesa* y *La Justicia*.

En seguida José Mouradour, siempre vestido de

azul, apareció en el umbral, leyendo con atención *El Intransigente*. Y exclamó:

—Viene aquí un hermoso artículo de Rochefort. Este mozo es admirable.

Leyó aquel trabajo en voz alta, subrayando los conceptos enérgicos, tan entusiasmado que no vió que entraba su amigo.

El señor de Mérout tenía en la mano *El Galo* para él y *El Clarín* para su señora.

La ardiente prosa del magistral escritor que derribara el imperio, declamada con violencia, cantada con el acento del Mediodía, resonaba en el pacífico salón, sacudía los viejos cortinajes de rectos pliegues, parecía descargar sobre la pared, sobre los grandes sillones de tapicería, sobre los graves muebles colocados desde hacía un siglo en los mismos lugares, una granizada de palabras chillonas, desvergonzadas, irónicas y ruidosas.

El hombre y la mujer, de pie el uno, sentada la otra, escuchaban con estupor, tan escandalizados, que no hacían un gesto.

Mouradour lanzó la frase final como se despide un cohete, y en seguida declaró con triunfante tono:

—¿Eh? ¿No es bueno esto?

De pronto reparó en los dos periódicos que llevaba su amigo, y quedó lleno de sorpresa. Luego avanzó hacia él á grandes zancadas, preguntando con tono furibundo:

—¿Qué vas á hacer de esos papeles?

El señor de Mérout respondió titubeando:

—Pues son... son mis... mis periódicos.

—¡Tus periódicos!... ¡A ver eso! ¿Te burlas de mí? Vas á hacerme el favor de leer los míos, que te despabilarán las ideas; cuanto á los tuyos... he aquí lo que hago yo de ellos...

Y, antes de que su amigo, lleno de asombro, pudiera defenderse, había cogido las dos hojas y las tiraba por el balcón. Luego depositó gravemente *La Justicia* en manos de la señora de Mérout, dió *El Voltaire* al marido y se arrellanó en un sillón para acabar de leer *El Intransigente*.

El hombre y la mujer, por delicadeza, aparentaron leer un poco; luego dejaron las hojas republicanas, que tocaban con la punta de los dedos como si hubieran estado llenas de veneno.

Entonces volvió él á echarse á reir, y declaró inmediatamente:

—Ocho días de esta alimentación, y os convierto á mis ideas.

En efecto, al cabo de ocho días gobernaba la casa. Había cerrado la puerta al cura, á quien la señora de Mérout visitaba en secreto; había prohibido la entrada en el castillo de *El Clarín* y *El Galo*, que un criado iba misteriosamente á buscar al correo, escondiéndolos, al entrar, bajo el canapé; ordenábalo todo á su guisa, siempre encantador, bonachón siempre, tirano, jovial y todopoderoso.

Mientras tanto, otros amigos, gente piadosa y legitimista, habían de llegar. Los castellanos juzgaron imposible un encuentro y, no sabiendo qué hacer, anunciaron un día á José Mouradour que se veían obligados á ausentarse algunos días, con motivo de un pequeño asunto, y le rogaron



se quedase allí solo. El no se inmutó y les dijo:

—Muy bien; me es igual; os esperaré hasta que volváis. Ya os lo he dicho; entre amigos no debe haber ceremonias. Hacéis bien en ir á despachar vuestros asuntos, ¡qué diantre! No me formalizaré por eso; muy al contrario, ello me pone en buena armonía con vosotros. Marchaos, amigos míos; os espero.

El señor y la señora de Mérout fuéronse al día siguiente.

Aún los aguarda.



EL HUÉRFANO

LA señorita Source había adoptado á aquel muchacho en otro tiempo en circunstancias bien tristes. Contaba entonces treinta y seis años y su deformidad (cuando pequeñita había resbalado de las rodillas de su niñera y caído en la chimenea, y todo su rostro, espantosamente quemado, había quedado horrible), su deformidad habíala decidido á no casarse, no queriendo que nadie la tomara en matrimonio por su dinero.

Una vecina que había enviudado hallándose encinta, murió al dar á luz, no dejando ni un céntimo á su hijo. La señorita Source recogió á la criatura, buscóla una nodriza, la educó, la envió al colegio, y á los catorce años llevósela á su lado, con el fin de tener en su vacía casa alguien que la amase,

se quedase allí solo. El no se inmutó y les dijo:

—Muy bien; me es igual; os esperaré hasta que volváis. Ya os lo he dicho; entre amigos no debe haber ceremonias. Hacéis bien en ir á despachar vuestros asuntos, ¡qué diantre! No me formalizaré por eso; muy al contrario, ello me pone en buena armonía con vosotros. Marchaos, amigos míos; os espero.

El señor y la señora de Mérout fuéronse al día siguiente.

Aún los aguarda.



EL HUÉRFANO

LA señorita Source había adoptado á aquel muchacho en otro tiempo en circunstancias bien tristes. Contaba entonces treinta y seis años y su deformidad (cuando pequeñita había resbalado de las rodillas de su niñera y caído en la chimenea, y todo su rostro, espantosamente quemado, había quedado horrible), su deformidad habíala decidido á no casarse, no queriendo que nadie la tomara en matrimonio por su dinero.

Una vecina que había enviudado hallándose encinta, murió al dar á luz, no dejando ni un céntimo á su hijo. La señorita Source recogió á la criatura, buscóla una nodriza, la educó, la envió al colegio, y á los catorce años llevósela á su lado, con el fin de tener en su vacía casa alguien que la amase,

que cuidara de ella, que le hiciese llevadera la vejez.

Habitaba una pequeña posesión campestre á cuatro leguas de Rennes, en la cual vivió desde entonces sin criada. Habiendo aumentado sus gastos en más del doble desde que llegara el huérfano, sus tres mil francos de renta no podían bastar para mantener á tres personas.

Guisaba y hacía ella misma las faenas de la casa, enviando á los recados al chico, que además tenía á su cargo el cultivo del jardín. El huérfano era dulce, tímido, callado y cariñoso. Y experimentaba la pobre mujer una alegría profunda, una alegría nueva, diciendo que él la abrazaba sin parecer sorprendido ó asustado ante su fealdad. Llamábala tía y la trataba como á una madre.

Por la noche los dos tomaban asiento al amor de la lumbre, y ella le obsequiaba con mil chucherías. Calentaba vino y tostaba una rebanada de pan, y hacían una cenita deliciosa antes de irse á la cama. En ocasiones le tomaba sobre sus rodillas y le cubría de caricias, murmurando á su oído palabras tiernamente apasionadas. Llamábale «su florecita, su querubín, su ángel adorado, su alhajita». Él se



dejaba acariciar, ocultando el semblante en el hombro de la anciana.

Aun cuando contase entonces quince años, seguía siendo delgadito y bajo, y tenía como siempre enfermizo aspecto.

A veces la señorita Source llevábale á la ciudad á ver á dos parientes que tenía, dos primas casadas, su única familia, que vivían en las afueras. Censurábanle aquellas mujeres por haber adoptado

al muchacho, á causa de la herencia; pero la recibían no obstante con afabilidad, esperando su parte, un tercio sin duda, si se dividía lo que dejase por igual.

Era feliz, muy feliz, y pasaba todo el día ocupada en atender al muchacho. Le compró libros á fin de que cultivase su ingenio; él se entregó á la lectura con pasión.

Por la noche no le tomaba ya en sus rodillas para acariciarle, como en otro tiempo; mas él iba á sentarse en su silla baja, en un extremo de la chimenea, y clavaba los ojos en el volumen. El quinqué, colocado al borde mismo de la mesita, encima de su cabeza, iluminaba sus rizados cabellos y un trozo de la piel de la frente; él no se movía, no alzaba los ojos, no hacía ni un gesto, y leía, internado, desaparecido enteramente en la aventura del libro.

Ella, sentada frente al muchacho, contemplábale con mirada ardiente y fija, asombrada con su atención, celosa, faltándole muy poco, en ocasiones, para llorar.

Decíale á cada momento: «Te fatigarás, tesoro mío», esperando que alzaría la cabeza y dejaría

el libro para abrazarla; pero él ni siquiera respondía; no había oído; no había comprendido; no sabía nada más que lo que veía en aquellas páginas.

Durante dos años devoró volúmenes en número incalculable. Su carácter cambió.

Muchas veces seguidas pidió á la señorita Source dinero, que ella le entregó al principio. Mas como nunca se saciaba, acabó por negárselo, pues nuestra solterona tenía orden y energía, y sabía ser razonable cuando era menester.

A fuerza de súplicas obtuvo de ella una noche una crecida cantidad; pero, como otra vez la pidiese dinero, pocos días después, mostróse inflexible; y, en efecto, no llegó á ceder.

Él pareció tomar su partido.

Volvió á mostrarse tranquilo como en otro tiempo; tornó á gustarle pasar horas enteras sentado sin moverse, baja la vista, sumergido en sus ideas. No hablaba ni siquiera á la señorita Source, respondiendo apenas á lo que le preguntaba, y con frases cortas y precisas.

Era amable para ella, á pesar de todo, y colmábala de atenciones: mas no la abrazaba nunca.

Ahora, por la noche, cuando los dos se encontra-

ban frente á frente en ambos extremos de la chimenea, inmóviles y silenciosos, ella asustábase á veces. Quería despertarle, decirle algo, cualquier cosa, para salir de aquel silencio, tan horrible como las tinieblas de un bosque. Pero él parecía no oírla, y ella estremecíase entonces con un terror de pobre mujer débil, cuando le había hablado cinco ó seis veces seguidas sin obtener de sus labios ni una sola palabra.

¿Qué tenía? ¿Qué ocurría en aquella cabeza cerrada? Cuando había pasado así dos ó tres horas frente á él, sentía volverse loca, pronta á huir, á escapar al campo, para evitar aquella muda y eterna compañía, y también un peligro vago cuya existencia no sospechaba, pero que sentía.

A veces, cuando estaba sola, lloraba.

¿Qué tenía aquel hombre? Si ella mostraba un deseo, al instante él lo satisfacía. Si necesitaba alguna cosa de la ciudad, á la ciudad iba él inmediatamente. No tenía por qué estar quejosa de él; todo lo contrario. Y, esto no obstante...

Pasó un año más, un año durante el cual á la solterona le pareció que una nueva modificación había-se opefado en el cerebro misterioso del joven. Dió-

se cuenta de ello, lo sintió, lo adivinó. ¿Cómo? ¡No importa el cómo! Estaba segura de no haberse engañado; mas no hubiera podido decir en qué los pensamientos desconocidos de aquel extraño ser habían podido cambiar.

Parecióle que había vivido hasta entonces cual hombre vaciloso que de repente toma una decisión. Acometióle esta idea un día que sus ojos tropezaron con la mirada de él, una mirada fija, singular, que no conocía.

A partir de entonces, él la contemplaba á cada momento; y ella tenía deseos de ocultarse para evitar aquella mirada fría, clavada en su persona.

Noches enteras pasábase contemplándola, y no apartaba de ella los ojos sino cuando la solterona, no pudiendo resistir más, le decía:

—¡No me mires así, hijo mío!

Él bajaba entonces la cabeza.

—Pero, en cuanto volvía la espalda, sentía la pobre mujer que de nuevo la estaba contemplando;



donde quiera que fuese, allí la perseguía la obstinada mirada del joven.

En ocasiones, cuando se paseaba en su pequeño jardín, divisábale de pronto acuclado en un macizo, cual si se hubiera emboscado allí; ó bien, si se instalaba delante de la casa á arreglar medias, mientras el joven arreglaba un cuadrito de legumbres, notaba que él la miraba sin cesar en su trabajo, solapada y continuamente.

En vano le preguntaba:

—¿Qué tienes, hijo mío? Hace tres años que no eres lo que antes eras. No te reconozco. Dime qué tienes, qué piensas, te lo suplico.

Él respondía invariablemente, con tono tranquilo y fatigado:

—¡Pero si no tengo nada, tía!

Y si ella insistía, suplicante: «Vaya, hijo mío, respóndeme, respóndeme cuando te dirija la palabra. Si tú supieras la pena que me causas, me responderías siempre y no me mirarías de ese modo. ¿Tienes algún pesar? Cuéntamele, te consolaré...», él se marchaba murmurando:

—Te aseguro que no me ocurre nada.

No había crecido mucho, y seguía teniendo el as-

pecto de un niño, aun cuando sus rasgos fisonómicos fueran los de un hombre. Sin embargo, mostrábanse duros é inacabados. Parecía incompleto, mal nacido, esbozado únicamente é inquietador como un misterio. Era un ser cerrado, impenetrable, en quien parecía tener lugar constantemente un trabajo mental activo y peligroso.

La señorita Source sentía bien todo esto y no dormía de angustia. Espantosos terrores y horribles pesadillas la asaltaban. Encerrábase en su aposento, atrancando la puerta, torturada por el espanto.

¿De qué tenía miedo?

No lo sabía.

Miedo de todo; de la noche, de las paredes, de las formas que la luna proyecta á través de las blancas cortinas, y miedo de él sobre todo.

¿Por qué?

¿Qué tenía que temer? ¿Lo sabía ella?...[®]

¡El caso era que no podía vivir de aquel modo! Estaba segura de que una desgracia, una desgracia horrible, la amenazaba.

Salió de casa en secreto una mañana y fué á la ciudad á casa de sus parientes. Refirióles la cosa

con jadeante voz. Las dos mujeres pensaron que iba á volverse loca y trataron de tranquilizarla.

Ella decía:

— ¡Si supierais cómo me mira desde por la mañana hasta por la noche! ¡No aparta de mí sus ojos! Momentos hay en que tengo intención de pedir socorro, de llamar á los vecinos, tanto miedo me acomete. Pero, ¿qué les iba á decir? No hace más que mirarme.

Las dos primas preguntaban:

— ¿Es á veces brutal con usted? ¿La responde á usted duramente?

Ella proseguía:

— No, nunca; hace todo lo que yo quiero; trabaja bien, es ordenado; mas no puedo menos de sentir miedo. Tiene algo en la cabeza, estoy segura de ello, muy segura. Y no quiero vivir sola con él en el campo.

Las primas, asustadas, hicieronla observar que aquello admiraría á las gentes, que no se comprendería aquello, y le aconsejaron acallase sus temores y renunciara á sus propósitos, sin disuadirla, no obstante, de ir á vivir en la ciudad, esperando conquistar la herencia entera.

Hasta la prometieron ayudarle á vender su casa y á encontrar otra cerca de la suya.

La señorita Source regresó á su domicilio. Pero tenía el cerebro tan trastornado, que se estremecía



al menor ruido y sus manos poníanse á temblar á la menor emoción.

Dos veces más volvió á tomar consejo de sus parientes, bien resuelta á no continuar de ningún modo en su aislada vivienda. Descubrió, por fin, en el

arrabal un pabelloncito que le convenía, y le compró en secreto.

La firma del contrato tuvo lugar el martes por la mañana, y la señorita Source empleó el resto del día en hacer sus preparativos de traslado.

A las ocho de la noche tomó la diligencia que pasaba á un kilómetro de distancia de su casa, é hizo parar en el sitio donde el conductor la dejaba ordinariamente. El hombre la gritó, voceando á los caballos:

— ¡Adiós, señorita Source; buenas noches!

Ella respondió, alejándose:

— Buenas noches, tío José.

Al siguiente día, á las siete y media de la mañana, el peatón que lleva las cartas al pueblo divisó en el camino de travesía, no lejos de la carretera, un gran charco de sangre fresca aún. Y se dijo: «¡Bah!; será que alguien la habrá echado por la nariz.» Pero encontró diez pasos más allá un pañuelo de bolsillo también manchado de sangre. Lo recogió. La tela era fina. Y el peatón, sorprendido, se acercó á la zanja, donde creyó distinguir un objeto extraño.

La señorita Source estaba tendida sobre la hierba del fondo, abierta la garganta por una cuchillada.

Una hora después los gendarmes, el juez de instrucción y muchas autoridades hacían suposiciones en torno del cuerpo.

El huérfano fué detenido. Desde la muerte de la que le había adoptado lloraba todo el día, sumergido, al menos al parecer, en la más honda de las penas.

Demostró que había estado toda la velada, hasta las once, en un café. Diez personas le habían visto, y habían permanecido allí hasta su marcha.

Y el cochero de la diligencia declaró haber dejado en el camino á la asesinada entre nueve y diez. El crimen no podía haber tenido lugar sino en el trayecto comprendido entre la carretera y la casa, y lo más tarde á esta última hora.

El detenido fué puesto en la calle.

Un testamento, ya antiguo, depositado en casa de un notario de Rennes, haciale heredero universal; posesionóse de lo suyo.

Durante mucho tiempo, las gentes del país le miraron mal, sospechando siempre. Su casa, la de la muerta, era tenida por una casa maldita. Rodeábase para no encontrarle en la calle.

Pero él se mostró tan buen muchacho, tan abier-

to, tan tratable, que dispóse poco á poco la tremenda duda. Era generoso, espléndido, y hablaba



con los humildes de cualquier cosa y tanto como ellos querían.

El notario, maese Rameau, fué uno de los primeros en hacerse amigo suyo, seducido por su jovial locuacidad. Declaró una noche, en una comida en casa del recaudador de contribuciones:

—Un hombre que habla con tanta facilidad y está siempre de tan buen humor, no puede tener semejante crimen en la conciencia.

Impresionados por este argumento los asistentes reflexionaron, y recordaron, en efecto, las largas conversaciones de aquel hombre, que les detenía, casi por fuerza, en el extremo de los caminos, para comunicarles sus ideas, que les obligaba á entrar en su casa cuando pasaban por delante de su jardín, que tenía mejores palabras aún que el teniente de gendarmes y la alegría tan comunicativa que, á pesar de la repugnancia que inspiraba, no había más remedio que reir estando á su lado.

Todas las puertas se abrieron para él.

Actualmente es el alcalde de su pueblo.



Sentóse, abrió un cajón, y sacando una fotografía, después de mirarla y darle un beso, la dejó encima de la mesa y empezó una carta:

Mi adorable Irene: Habrás recibido un recuerdo mío; ahora, solo en mi casa, pensando en ti...

No pasó adelante; dejando la pluma, levantóse; iba y venía...

Desde Marzo tenía una querida, no una querida como las otras, mujer de aventuras, actriz, callejera ó mundana; era una mujer á la que había pretendido y logrado con verdadero amor. Él ya no era un joven; pero distando todavía de ser viejo, miraba seriamente las cosas á través de un prisma positivo y práctico.

«Hizo balance» de su pasión, como lo hacía siempre al terminar el año, de sus amistades y de todas las variaciones y sucesos de su existencia.

Ya calmado su primer apasionamiento ardoroso, podía examinar con precisión hasta qué punto la quería y cuál pudiera ser el porvenir de aquellos amores.

Descubrió arraigado en su alma un cariño profundo, mezcla de ternura, encanto y agradecimien-

to, poderosos lazos que sujetan para toda la vida.

Un campanillazo le hizo estremecer. Dudó. ¿Abriría? Es preciso abrir á un desconocido, que al pasar llama en la noche de Año Nuevo.

Cogió una bujía, salió al recibimiento, hizo girar la llave, trajo hacia sí la puerta... y vió en el descansillo á su querida, pálida como un cadáver y apoyando una mano en la pared.

Sorprendido, preguntó:

—¿Qué te pasa?

Ella dijo:

—¿Puedo entrar?

—¡Ya lo creo!

—¿No me verá nadie?

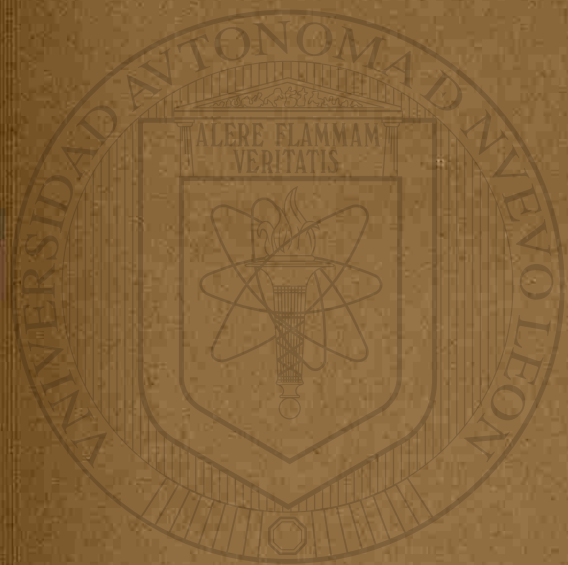
—Absolutamente nadie.

—¿Ibas á salir?

—No.

Entró—como quien tiene muy conocida la casa—





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES



AMOROSA...

DESPUÉS de comer en su casa, Jacobo de Randal dió permiso al criado para salir, y se puso á despachar su correspondencia.

Tenía costumbre de acabar así la última noche del año, solo, escribiendo; recordaba cuanto le había ocurrido en doce meses, todo lo acabado, todo lo muerto; y al surgir entre sus meditaciones la imagen de un amigo, escribía una frase afectuosa, el saludo cordial de Año Nuevo.

y desplomándose, casi desmayada, en el diván del gabinete, rompió á llorar, con la cara entre las manos.

Él, arrodillado junto á ella, procuraba suavemente descubrirla y ver sus ojos, repitiendo:

— Irene, Irene mía, ¿por qué lloras? Te lo suplico. ¡Dime por qué lloras!

La mujer balbuceó entre sollozos:

— ¡No puedo... vivir así!

No la comprendía.

— ¿Vivir así? ¿Cómo?

— No puedo vivir así... en mi casa. No quise dártelo nunca, pero es horrible... No puedo... sufro demasiado... Me atormenta... ¡Me ha maltratado!...

— ¿Tu marido?

— Sí...

— ¡Ah!...

Le sorprendió, porque no imaginaba — ¡cómo imaginarlo! — que fuera brutal con su querida el marido; un hombre de finos modales, que frecuentaba el Casino, la sala de armas, paseos y escenarios; jinete y tirador; muy conocido y estimado en sociedad, correcto y cortés; hombre de pocos alcances y de limitados conocimientos, pero con la inteligen-

cia indispensable para discurrir como todas las gentes de su mundo y respetar las preocupaciones y rutinas elegantes.

Parecía ocuparse de su mujer, como debe hacerlo un hombre acaudalado y aristócrata: atendiendo á sus caprichos, á su salud, á sus trajes, y dejándola perfectamente libre.

Desde que Randal fué presentado á Irene y ella le recibió con agrado, tuvo derecho á las deferencias que todo marido culto sabe guardar á los contertulios de su mujer. Cuando Randal pasó de ser amigo á ser amante, las deferencias del esposo aumentaron, es natural.

Y como nada le hizo sospechar que hubiese tempestades íntimas en aquel matrimonio, le sorprendía mucho esta revelación inesperada.

— ¡Te ha maltratado! No llores y dime cómo fué.

Irene contó una historia muy larga: sus desavenencias, al principio triviales, más hondas de día en día, la incompatibilidad de sus temperamentos.

Empezaron las disputas, acabando en una separación completa; el marido se mostró suspicaz, violento. Más adelante, celoso, celoso de Randal; y acababa de maltratarla.

—...No vuelvo á mi casa, no. Dime lo que debo hacer.

Jacobo se había sentado muy cerca, y le cogió las manos.

—Piénsalo mucho, y no lo hagas ciegamente; que todas las culpas caigan sobre tu marido; salva tu posición de mujer irreprochable.

Mirándole con inquietud, Irene le preguntó:

—¿Qué me aconsejas?

—Vuelve á tu casa, y sufre con resignación hasta encontrar un pretexto para separarte con todos los honores.

—¿No es algo cobarde tu consejo?

—Es prudente. No puedes arrojar por la ventana tu honra y las atenciones que debes á tu familia. ¿Qué dirían de ti si renunciaras á todo en un momento de locura!

Irene se levantó excitada, violenta:

—No puedo más. Todo acabó. ¡Se acabó, se acabó y se acabó!

Luego, apoyando ambas manos en el pecho de su amante, le miró á los ojos.

—¿Me quieres?

—Mucho.

—¿De veras?

—¡Tan de veras!

—Pues bien; viviremos juntos en tu casa.

Randal exclamó asombrado:

—¿En mi casa? ¿Conmigo? ¿Te has vuelto loca? ¿Comprometerte, deshonnarte para toda la vida? ¡No!

Ella repuso, lentamente, con seguridad, midiendo las palabras:

—Oye, Jacobo. Me ha prohibido que te vea. Yo no soy mujer de las que mienten y engañan. Si vuelvo á mi casa, no volveré jamás á la tuya. Elige.

—Si te divorciases, nos casaríamos.

—Era necesario esperar dos ó tres años... Tu cariño, ¿tiene tanta paciencia? ¿No se sublevaría en ese tiempo?

—Reflexiona. Si te quedas hoy aquí, mañana te reclamará; es tu marido: el derecho le asiste, le ampara la ley.

—No me interesa quedarme aquí; lo que yo quiero es ir contigo á cualquier parte. Si me quieres, vámonos adonde tú digas...; y si no me quieres, adiós.

Jacobo la detuvo:

—Irene, ten calma.

Ella no quería oírle; con los ojos lleno de lágrimas, repetía:

—Déjame... déjame... déjame...

La hizo sentar á la fuerza, y se arrodilló de nuevo á sus pies. Trató—acumulando reflexiones y consejos—de hacerla comprender lo irreparable de aquella resolución. Estuvo elocuente, y hasta en su mismo cariño halló argumentos convincentes.

La suplicó una y mil veces que le atendiera, que razonara como él, que no se ofuscara.

Fría, serena, cuando Jacobo calló, Irene dijo:

—Está bien; permite que me levante y que me vaya.

—No; eso no.

—Déjame. Tú me rechazas, me voy.

—Te vas, pensando que no te quiero.

—Me rechazas.

—¡Dime si tu resolución, si tu loca resolución, de la cual te arrepentirás luego, es irrevocable!

—Si... Pero ¡déjame!

—No; si estás decidida, mi casa es tu casa. Nos iremos lo antes posible á un lugar seguro; te acompañaré, te seguiré...

—No; no quiero que te sacrifiques. Comprendo... que te sacrificas.

—Espera; hice cuanto pude para convencerte; no quise contribuir á perjudicarte. Pero lo que tú hagas, yo lo acepto.

Irene volvió á sentarse, le miró á los ojos fijamente y dijo:

—Habla; explícame cómo te convenciste cuando te proponías convencerme; dime lo que has pensado.

—No he pensado nada. Te advierto que haces una locura, una terrible y dolorosa locura. Insistes, y te pido mi parte; lo de cada uno debe ser de los dos: tu locura, como todo.

—Tampoco me convences.

—Óyeme bien. No se trata ni de sacrificio ni de abnegación. Cuando comprendí que te amaba, pensé lo que debieran pensar todos los amantes en situaciones parecidas: «El hombre que pretende á una mujer, que la enamora, que la consigue, contrae un sagrado compromiso. Naturalmente, cuando se trata de una mujer como tú y no de una mujer fácil y casquivana.

»El matrimonio, que tiene mucha importancia social, un gran valor legal, á mi juicio vale poco, mo-

ralmente, por las condiciones que lo determinan.

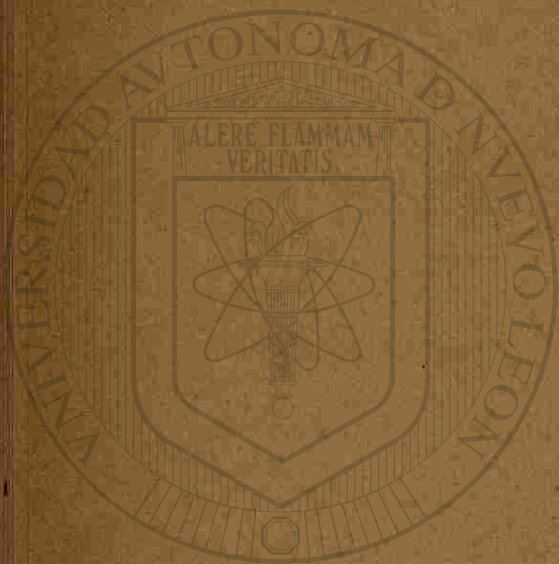
»Así, cuando una mujer sujeta por ese lazo jurídico, pero que no quiere á su esposo, que no puede quererle, cuyo corazón es libre, siente cariño por un hombre y se hace suya, ese hombre se compromete más en ese mutuo consentimiento que formalizando legalmente un matrimonio.

»Y si ella y él son personas honradas, la unión debe ser más íntima y estrecha que si la consagran todas las ceremonias.

»En tales circunstancias, la mujer se arriesga mucho. Y, porque no lo ignora, porque lo da todo, su corazón, su cuerpo, su alma, su honor, su vida; porque se ha resignado á sufrir todas las miserias y todas las derrotas; porque realiza su amor heroicamente; porque se ha resuelto á desafiar las iras de su marido, que puede matarla, y el desprecio del mundo, que puede perderla, ¡es digna de respeto! Por eso también, su amante, al pretenderla, debió pensarlo y prevenirlo todo, preferirla siempre á todo, en cualquiera circunstancia. No tengo nada que añadir. Advertí primero como un hombre prudente; ahora, ya puedo hablar como un hombre apasionado. ¡Soy tuyo!»

Radiante de alegría, Irene selló sus labios con un beso.

—Viviremos como siempre: no ha pasado nada: he fingido... Quise ver cuánto me querías... Una prueba muy arriesgada... Ya la hice... ¡Qué feliz Año Nuevo me ofreces!



DESPUÉS

CRIATURAS: ya es hora de acostarse—dijo la condesa.

Los tres, las niñas y el niño, se levantaron para dar á su abuelita un beso y las buenas noches.

Y se acercaron después al señor cura, que había comido en la casona, como todos los jueves.

El padre Maudit sentó sobre sus rodillas á los tres, y envolviéndolos entre sus brazos negros y acariciadores, los besó en la frente con extremada ternura.

Cuando ya se habían ido las criaturas, la condesa preguntó al sacerdote:

—¿Le gustan mucho los niños?

—Mucho, señora.

La noble anciana fijó en él sus ojos claros.

—Y... ¿nunca le ha pesado la soledad á que le obliga el sacerdocio?

—Algunas veces.

Hubo un silencio; después el sacerdote prosiguió:

—Pero, yo no había nacido para la vida ordinaria.

—¿Por qué lo supone?

—Lo sé de seguro: nací para cura.

La condesa le miraba y le oía con mucha curiosidad.

—Cuénteme, cuénteme de qué modo se decidió á prescindir de todo lo que alegra la vida, todo lo que nos consuela y nos fortalece. ¿Qué influencia le hizo renunciar á los goces naturales del matrimonio y de la familia? Usted no es un exaltado, ni un fanático; no es hurañero ni sombrío. ¿Qué suceso imprevisto, qué desencanto le decidió á pronunciar los votos?

El padre Maudit se acercó más al fuego, tendiendo hacia las llamas los zapatones campesinos. Callaba, dudando entre responder francamente y dar otro giro á la conversación.

Era un anciano fornido, con todo el pelo blanco.



Los aldeanos le respetaban y le querían; su bondad hizo muchos prosélitos. Conciliador, afable, risueño y generoso, era la providencia y la esperanza de los pobres. Como San Martín, hubiera partido en dos el manto, para dar abrigo al desnudo. Reía y lloraba por cualquier cosa, como una mujer; este sentimentalismo era el único defecto de un hombre obligado á tratar con rudos labriegos.

La condesa de Saville, retirada en su casona para criar fuertes á sus nietos—después de la muerte de su hijo y de su nuera, en la flor de su edad—, esti-

maba mucho al sacerdote, juzgándole un hermoso corazón.

Los jueves pasaba el cura la velada con la señora y compartían una franca y noble amistad, entendiéndose con medias palabras, adivinándose muchas veces los pensamientos, porque los dos eran bondadosos y sencillos.

La condesa insistió:

—Confiésemelo usted, señor cura.

El sacerdote repetía:

—Yo no había nacido para vivir como todos viven. Lo comprendí á tiempo, afortunadamente; y, con frecuencia, he comprobado que mi presentimiento me salvó.

»Mis padres, tenderos en Verdiere y bastante ricos, pusieron toda su ambición en mi porvenir. Muy niño, me llevaron á un colegio. No todo el mundo sabe lo que puede padecer una criatura en un colegio, sólo por la separación y el aislamiento. Esa vida uniforme y severa, es muy conveniente á unos y detestable para otros. Los niños tienen á veces un corazón muy sensible, y aislándolos de sus afectos, la excesiva sensibilidad, exaltándose, puede serles perjudicial y enfermiza.

»Yo apenas jugaba: sin amigos, pasaba horas y horas, ansiando volver á mi casa; lloraba siempre al acostarme, y me fatigaba la imaginación recordando sucesos de mi familia, pequeñeces que me acercaban al hogar. Todo lo que había dejado allí ocupaba un lugar en mi memoria. Y poco á poco fuí exaltándome, hasta el punto de que las menores contrariedades eran para mí horribles disgustos.

»Me hice taciturno, callado; no tenía intimidad ni expansión alguna. Mi desquiciamiento mental se producía sorda y continuamente. Los nervios de los niños pronto se desbaratan; sería necesario hacerlos vivir en una imperturbable tranquilidad hasta su desarrollo casi completo. Pero ¿quién supone siquiera que para ciertos colegiales un castigo injusto puede ser un dolor tan grande como lo sería con el tiempo una verdadera desgracia? ¿Quién repara que ciertos niños reciben con el más insignificante suceso emociones terribles que debilitan y enferman sus almas en breve plazo?

»Esto me sucedió: las añoranzas me devoraron y mi existencia fué un martirio.

»No se lo dije á nadie; no quise decir nada; pero mi sensibilidad fué poco á poco excitándose hasta

el extremo de parecer mi corazón una llaga viva, todo le producía estremecimientos dolorosos, vibraciones terribles, y por consecuencia verdaderos estragos. ¡Felices aquellos hombres que viven acorazados en la indiferencia y armados con el estoicismo.

»Cumplí diez y seis años. Mi propensión al sufrimiento había determinado en mí una excesiva timidez. Me sentía siempre blanco de todos los ataques del azar ó de la fortuna; cualquier cosa me hacía temblar. Vivía siempre alerta, sintiendo la constante amenaza de una desdicha desconocida y esperada; no me atrevía delante de gente á decir ni hacer ninguna cosa.

»Me abrumaba la sensación real de que la vida es una incesante batalla, una lucha espantosa en la cual se reciben golpes tremendos, heridas horribles y mortales. En vez de alentar, como todos los hombres, una esperanza en el porvenir, incubaba un temor confuso y sentía deseos de ocultarme, renunciando á un combate donde mi derrota y mi aniquilamiento eran inevitables.

»Al acabar el bachillerato, me dijeron que meditará, y eligiese una carrera durante las vacaciones.

Un suceso muy sencillo me descubrió la dolencia de mi alma, y comprendí cuál era la misión de un hombre como yo: el único medio seguro para librarme del peligro que me amenazaba.

»Verdiers es un pueblo rodeado de sembrados y de bosques. En la calle central hallábase la casa de mis padres. Yo pasaba los días lejos de aquel hogar, en el que se cifraban todos mis deseos y todos los delirios de mi vida estudiantil. Paseaba por el campo, siempre solo, siempre al aire libre, para que volaran y se desvanecieran mis imaginaciones.

»Mis padres, entretenidos en su comercio, ilusionados con mi porvenir, sólo me hablaban de sus negocios y de sus proyectos y esperanzas. Era el suyo un cariño de personas prácticas; me querían más por convicción que por sentimiento. Yo me amurallaba entre mis preocupaciones, acobardado, estremecido por mi eterna inquietud.

»Una tarde, mientras regresaba precipitadamente después de una larga caminata, y deseando llegar á la hora de costumbre, vi que un perrito corría escapado hacia mí. Era una especie de sabueso rojo, flaco y con largas orejas, rozadas.

»Alcanzándome, se detuvo; yo también al verle parado; y moviendo la cola se aproximaba temeroso, agazapado, meciendo humildemente la cabeza. Le llamé, y se acercó, arrastrando la barriga, tan desolado, tan suplicante, que me hizo llorar. Avancé, retrocedió huyendo; volví á llamarle y él á darme pruebas de humildad, asustado y triste. Al fin se puso á mi alcance y lo acaricié.

»Mi contacto le animó, fué irguiéndose, me puso las manos encima y me lamió la cara. Ya no se apartó de mí.

»Aquel animal me inspiró una ternura muy grande, porque me demostraba un cariño profundo. Mi afecto era exagerado y ridículo. Llegué á imaginar que mi perro y yo éramos dos hermanos perdidos en la tierra, distanciados y diferentes de todo el mundo, sin más defensa que la que recíprocamente pudiéramos prestarnos. No se apartaba nunca de mí; dormía junto á mi lecho, yo le daba de comer bajo la mesa del comedor, á pesar de que á mis padres no les parecía bien, y me acompañaba en todos mis paseos solitarios.

»Muchas veces me paraba, sentándome sobre la hierba. Entonces mi perro, agazapándose junto á

mí, hociqueaba en mi mano para que le acariciase.

»A fines de Junio, una tarde, vimos venir la diligencia de Raveseau, al galope de sus cuatro caballos, con su caja roja y amarilla y su montera de cuero en la imperial. Estábamos en la carretera. El mayoral hacía crujir la tralla y el pesado vehículo avanzaba entre nubes de polvo.

»Cuando estuvo muy cerca, el perro, atolondrado sin duda por el ruido, y tal vez creyendo que podían atropellarme, se puso delante de mí con tanta desgracia, que la pata de un caballo le hizo rodar por el suelo. Tres veces le vi levantarse y caer; luego le pasaron por encima dos ruedas. Vi en el polvo una cosa horrible, agitándose todavía. Estaba casi partido por mitad; su vientre desgarrado sangraba. Hizo esfuerzos inútiles para levantarse. Con sus manos aún escarbaba la tierra; pero no podía sostenerse; de medio cuerpo abajo estaba inmóvil. Aullaba enloquecido por el dolor.

»Murió á los pocos minutos. No puedo expresar lo que sentí entonces; cómo ha quebrantado mi espíritu aquella desgracia. Estuve más de un mes en mi cuarto, solo, sin hablar á nadie.

»Hasta que un día, furioso mi padre al verme tan

apesadumbrado por un motivo que juzgaba fútil, exclamó:

»—Si te desconsuelas por tan poco, dime qué harás cuando tengas verdaderos disgustos, cuando se te mueran la mujer ó los hijos.

»Quedaron esculpidas en mi pobre imaginación estas palabras: *qué harás cuando tengas verdaderos disgustos, cuando se te mueran la mujer ó los hijos.*

»Y empecé á ver claro dentro de mí, comprendiendo la causa por la cual todos los contratiempos insignificantes á mis ojos adquirirían importancia de terribles descalabros: noté que mi organismo estaba predispuesto á toda clase de amarguras, agigantando con mi enfermiza sensibilidad todas las impresiones dolorosas, y me sobrecogió un espanto invencible. Sin pasiones y sin ambiciones, me decidí á sacrificar los goces posibles, evitando sufrimientos próximos. La existencia es corta; resolví consagrarla por completo al servicio del prójimo, á consolar sus penas y alegrarme con sus dichas. Pensaba yo: que no recibiendo éstas ni aquéllas directamente, serían más tolerables mis emociones.

»Aun así, ¿de qué modo me torturan y me con-

mueven las miserias! Pero lo que hubiera sido en otras circunstancias un sufrimiento intolerable, se ha transformado en conmiseración y piedad.

»Las amarguras que á cada instante deploro en los demás, cayendo sobre mi corazón directamente, me hubiera sido imposible soportarlas. Viendo morir á un hijo me hubiera muerto. Y, á pesar de todo, conservo tal horror obscuro y penetrante, que todo me intimida; cada vez que oigo al cartero, el corazón me da una sacudida, y no es posible que una carta me ofrezca jamás una tristeza. ¿De dónde ni de quién?»

El padre Maudit calló. Miraba el fuego de la chimenea, como si descubriese algo misterioso en el estremecimiento de las llamas, una evocación de toda la existencia desconocida que pudo gozar si no le desalentara el temor al sufrimiento. Después balbuceó:

—Estoy seguro de que hice bien, sí. No había nacido para el mundo.

La condesa le miraba en silencio; al fin dijo:

—Si no me quedaran los nietos, me faltaría valor para sufrir esta vida.

Y el cura se levantó sin hacer ningún comentario.

Por no molestar á los criados, que se habían dormido en la cocina, la condesa le acompañó hasta la puerta, viéndole atravesar el jardín: la sombra del sacerdote iba hundiéndose, hasta borrarse por completo entre las sombras de la noche.

Luego volvió á sentarse junto á la chimenea, pensando en muchas cosas que nunca se piensan durante la juventud.



LA CONFESIÓN

(Dibujos de Jeanniot.)

EL sol del medio día cae en amplia lluvia sobre las praderas, que se extienden, ondulantes, entre los bosquecillos de las granjas y los diversos sembrados; los centenos maduros y los trigos amarillentos; las avenas, de un verde claro, y los tréboles, de un verde sombrío, cubren, con una gran colcha rayada, inquieta y suave, el desnudo vientre de la tierra.

Lejos, en la cima de una ondulación, alineadas como soldados, una interminable fila de vacas, las unas tendidas, en pie las otras, guiñando sus ojos bajo la ardiente luz, arrancan y desmenuzan con los dientes el trébol de un montón tan vasto como un lago.

Y dos mujeres, madre é hija, avanzan, balan-

Por no molestar á los criados, que se habían dormido en la cocina, la condesa le acompañó hasta la puerta, viéndole atravesar el jardín: la sombra del sacerdote iba hundiéndose, hasta borrarse por completo entre las sombras de la noche.

Luego volvió á sentarse junto á la chimenea, pensando en muchas cosas que nunca se piensan durante la juventud.



LA CONFESIÓN

(Dibujos de Jeanniot.)

EL sol del medio día cae en amplia lluvia sobre las praderas, que se extienden, ondulantes, entre los bosquecillos de las granjas y los diversos sembrados; los centenos maduros y los trigos amarillentos; las avenas, de un verde claro, y los tréboles, de un verde sombrío, cubren, con una gran colcha rayada, inquieta y suave, el desnudo vientre de la tierra.

Lejos, en la cima de una ondulación, alineadas como soldados, una interminable fila de vacas, las unas tendidas, en pie las otras, guiñando sus ojos bajo la ardiente luz, arrancan y desmenuzan con los dientes el trébol de un montón tan vasto como un lago.

Y dos mujeres, madre é hija, avanzan, balan-

ceándose, la una delante de la otra, por un angosto sendero abierto entre los sembrados, hacia aquel regimiento de animales.

Cada una lleva dos cubos de cinc, que mantienen



á distancia de su cuerpo con ayuda de un aro de cuba; y el metal, á cada uno de sus pasos, despide una llama deslumbrante y blanca, bajo el sol que le hiere.

No hablan. Van á ordeñar las vacas. Llegan, depositan el cubo en el suelo y se acercan á los dos primeros animales, que se levantan al sentir en sus costillas el golpe de los zuecos de las mujeres. La bestia se yergue con lentitud, primero sobre sus patas delanteras y alzando luego con más trabajo su ancha grupa, que parece entorpecida por la enorme teta de carne rubia y colgante.

Y las dos Malivoire, madre é hija, de rodillas bajo el vientre de la vaca, estiran con un vivo movimiento de sus manos la hinchada carne, que hace caer, á cada opresión, un delgado chorro de leche en el cubo. La espuma, algo amarilla, sube á los bordes, y las mujeres pasan de un animal á otro hasta la conclusión de la larga hilera.

En cuanto han acabado de ordeñar una la pasan á otro sitio, dándole, para comer, un montón de verde intacto.

Luego echan á andar otra vez, más lentamente ya, entorpecidas por el peso de la leche, delante la madre, la hija detrás.

Pero ésta se detiene bruscamente, deja en el suelo su carga, se sienta y se echa á llorar con amargura.

La abuela Malivoire, no oyendo sus pasos, vuélvese y queda estupefacta.

—¿Qué tienes?—dice.

Y la hija, Celeste, una moza alta, rubia, de cabellos tostados, de mejillas quemadas y manchadas de caspa, como si en el rostro le hubiesen caído gotas de fuego mientras se peinaba un día al sol, murmuró, gimoteando nuevamente, cual gime el niño á quien se pega:

—¡No puedo llevar la leche!

La madre la miraba con aire inquieto. Repitió:

—¿Qué tienes?

Celeste agregó, sentada en el suelo entre sus dos cubos y tapándose el rostro con el delantal:

—Esto me duele demasiado. No puedo.

La madre repitió por segunda vez:

—¿Qué tienes?

Y gimió la muchacha:

—Creo que estoy encinta.

Y sollozó.

La vieja dejó á su vez los cubos de leche, tan asombrada, que no sabía qué decir. Por último balbuceó:

—¿Que... que estás encinta, haragana? ¿Es posible?

Los Malivoire eran ricos labriegos, gente apañadita, ordenada, respetada, maliciosa y pudiente.

La chica tartajeó:

—Me parece que no me engaño.

Asombrada, la madre miraba á su hija, que lloriqueaba á sus pies. Al cabo de unos segundos exclamó:

—¡Conque estás encinta! ¡Encinta! ¿Y dónde has cogido eso, mala pécora?

Y Celeste, sacudida por la emoción, murmuró:

—Me parece que fué en el carro de Pólito.

La vieja trataba de comprender, trataba de adivinar, trataba de saber quién habría podido prestar á su hija aquel mal servicio. Si era un mozo ríquejo y bien mirado, se trataría de arreglar la cosa: el mal no existiría entonces más que á medias; no era Celeste la única á quien le había ocurrido aquello; pero la contrariaba el hecho de todos modos, en vista del giro que tomaba el asunto.

Agregó:

—¿Y quién te hizo eso, zafia?

Celeste, resuelta á decirlo todo, se atrevió á murmurar:

UNIVERSIDAD DE Toluca
BIBLIOTECA UNIV. DE Toluca
ALFONSO REYES
1985 MONTREMY, MEXICO

—Creo que fué Pólito.

Entonces la tía Malivoire, enloquecida por la cólera, se arrojó sobre su hija y púsose á pegarla con tanta furia, que se le cayó el gorro.

Descargaba recios puñetazos sobre la cabeza, sobre la espalda, sobre todo el cuerpo, y Celeste, tumbada por completo entre los dos cubos, que la protegían algo, se limitaba á ocultar el rostro entre las manos bien abiertas.

Todas las vacas, sorprendidas, habían cesado de comer y, habiéndose vuelto, miraban con sus grandes ojos. La última bramó, alargado el hocico hacia las mujeres.

Después de golpear hasta cansarse, la tía Malivoire, sofocada, se detuvo; y, recobrando algo el uso de sus facultades, quiso darse la más exacta cuenta de la situación.

—¡Pólito! —dijo— ¿Es posible? ¿Cómo te dejaste coger por un cochero de diligencia? ¿Habías perdido el seso? ¡Menester será que te haya dado un filtro aquel holgazán!

Y Celeste, tumbada siempre en el suelo, murmuró de cara al polvo:

—¡No le pagaba el asiento!

La vieja normanda comprendió entonces.

*
**

Todas las semanas, el miércoles y el sábado, Celeste iba al pueblo con los productos de la granja, la volatería, la crema y los huevos.

Salía á las siete con sus dos cestos del brazo, los quesos y demás en el uno, las gallinas en el otro, é iba á esperar en la carretera la diligencia de Yvetot.

Dejaba en tierra sus mercancías y sentábase en la zanja, mientras las gallinas de corto y agudo pico y los patos de pico largo y aneho, sacando la cabeza por entre los mimbres, miraban con su ojo redondo, estúpido y lleno de asombro.

Pronto el carruaje, especie de cofre amarillo protegido por un toldo de cuero negro, llegaba allí sacudiendo su trasera, movida por el trote aparatoso de una blanca yegua.

Y Pólito, el cochero, un robusto y alegre muchacho, barrigudo aunque joven y tan tostado por el sol, curtido por el viento, mojado por las lluvias y teñido por el aguardiente que tenía el rostro y el cuello de color de ladrillo, gritaba á lo lejos, haciendo sonar su látigo:

—¡Buenos días, señorita Celeste! ¿Cómo va de salud?

Ella le tendía, uno tras otro, sus cestos, que él colocaba sobre la imperial; luego subía la moza, levantando la pierna para alcanzar el estribo, y enseñando la pantorrilla, cubierta por una media azul.

Y cada vez tenía Pólito la misma broma: «¡Caramba, no ha enflaquecido!»

Y ella se echaba á reír, encontrando graciosa la frase.

Luego él lanzaba un: «¡Arre, Capitana!» que hacía arrancar al flaco animal. Entonces, Celeste sacaba el portamonedas del fondo del bolsillo y de él diez sueldos, seis escudos por ella y cuatro por los cestos de mercancías, y se los daba á Pólito por encima del hombro.

El los cogía, diciendo al alargar la mano:

—¿Tampoco es hoy la fiesta?

Y se reía de la mejor gana, volviéndose hacia la joven para mirarla con más comodidad.

Mucho costábale á ella el dar cada vez aquel medio franco por tres kilómetros de camino. Y cuando no tenía suelto sufría más aún, no pudiendo decirse á alargar una moneda de plata.

Un día, en el momento de ir á pagar, no pudo contenerse.

—Tratándose—dijo—de una buena parroquiana



como yo, no debiera cobrarme usted más que seis sueldos.

Él se echó á reír.

—¿Seis sueldos, hermosa mía? Vale usted más que eso, seguramente que vale usted más.

Ella insistió:

—Vienen á resultarle á usted más de dos francos mensuales.

Y él gritó arreando al animal:

—Para que vea usted que soy amable, no le cobraré nada si consiente en la fiesta.

Ella preguntó con sencillez:

—¿Qué quiere decir eso?

Él se divertía tanto, que tosía á fuerza de reir.

—Una fiesta es una fiesta; ¡pardiez!, una fiesta entre moza y mozo, un dúo sin música.

Ella comprendió, ruborizóse, y dijo:

—No me conviene el trato, señor Pólito.

Pero él no se intimidó, y repetía, riendo más y más:

—Ya le convendrá á usted: ¡una fiesta entre moza y mozo!

Y, á partir de entonces, todos los días, cuando ella le iba á pagar, el cochero la preguntaba:

—¿Tampoco es hoy la fiesta?

Ella bromeaba también, y respondía:

—Tampoco, señor Pólito; pero será el sábado, se lo aseguro.

Y él gritaba riendo:

—Muy bien; ¡vaya por el sábado!

Y ella calculaba interiormente que, en los dos años que duraba la cosa, había pagado cuarenta y

ocho francos á Pólito; y cuarenta y ocho francos son una cantidad en el campo; y calculaba también que, dentro de dos años más, le habría dado cerca de cien francos de plata.

Y tanto calculó que un día, un día de primavera que estaban solos, cuando él la preguntó, según costumbre:

—¿Tampoco es hoy la fiesta?

Ella le respondió:

—Como usted guste, señor Pólito.

A él no le sorprendió la cosa y saltó dentro del coche, murmurando con satisfacción:

—Sea hoy, pues. ¡Ya sabía yo que acabaríamos por entendernos!

Y la vieja yegua blanca púsose á trotar tan suavemente que parecía bailar sin dar un paso, indiferente á la voz que le gritaba desde el fondo del coche: «¡Arre, Capitana, arre!»

Tres meses después, Celeste se dió cuenta de que estaba encinta.

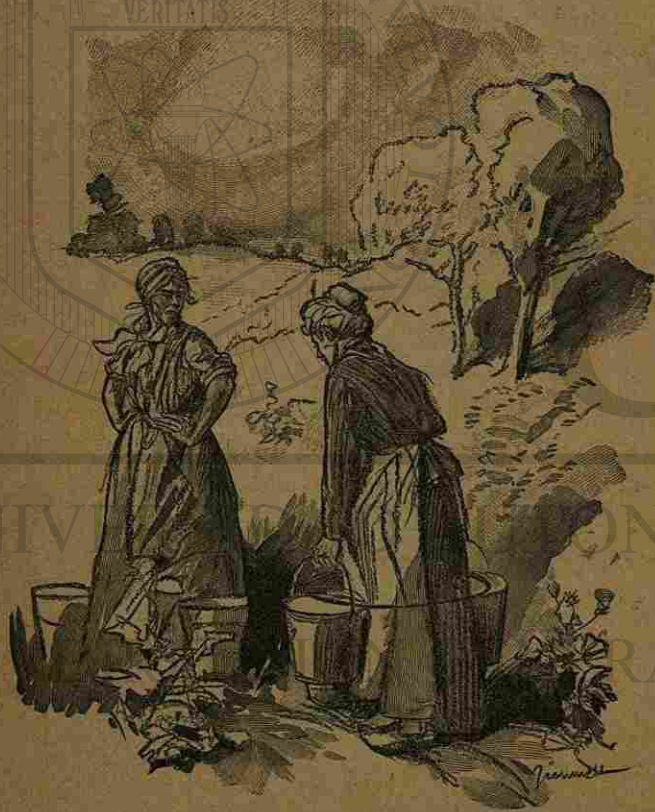
* * *

Había dicho todo esto con voz lacrimosa. Y su madre, pálida de ira, la preguntó:

—¿Cuánto ha valido eso, según tu cuenta?

Celeste dijo:

—Cuatro meses, á diez sueldos viaje... Pues ocho francos.



Al oír esto, la rabia de la campesina desencadenóse espantosamente, y, cayendo otra vez sobre la muchacha, golpeóla hasta perder el resuello. En seguida, levantándose:

—¿Y le has dicho—exclamó—que estás encinta?

—¿Qué le he de decir?

—¿Por qué no?

—¿Para que me hubiese hecho pagar? ¡No soy tan tonta!

La vieja meditó; luego, tomando otra vez los cubos,

—¡Ea!—dijo—levántate, y trata de seguirme.

Pasado un instante agregó:

—Por otra parte, no le digas nada mientras él no lo note; ¡así podrás ir de balde seis ú ocho meses!

Y, habiéndose puesto en pie, la moza, llorando aún, despeinada y cubierta de polvo, echó á andar con tardo paso tras de su madre, murmurando:

—¡Es claro que no se lo diré!





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ÍNDICE

	Págs.
El viejo Milón	5
Una noche de primavera	21
El ciego	33
El pastel	43
El Salto del Pastor	53
Cosas viejas	63
Magnetismo	73
Un bandido corso	83
Velando el cadáver	93
Sueños	105
Confesiones de una mujer	115
Claror de luna	127
Una pasión	137
Correspondencia	153
Burla	165
Ivelina Samorís	179
El amigo José	189
El huérfano	201
Amorosa	217
Después	229
La confesión	241

